
Grupo Editorial
Portal
Un
MILLONARIO
a mis pies
PRECUELA
HERMANOS CLARK
JÉSSICA MACEDO

AUTOR BESTSELLER DE AMAZON

JÉSSICA MACEDO

Un MILLONARIO a mis pies

PREQUEL

HERMANOS CLARK

Grupo Editorial Portal

© 2025 Jessica Macedo

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, ya sea física o electrónica, sin la autorización previa de la autora. La infracción de los derechos de autor es un delito tipificado en la Ley n.º 9.610/98 y sancionado por el artículo 184 del Código Penal.

Diseño gráfico de portada y contenido

Jessica Macedo

Preparación

Aline Damasceno

Traductor

Matías San Miguel

Esta es una obra de ficción. Nombres de personas, eventos y lugares que existen o existieron en algún momento de la historia. Se utilizó la historia para situar la escena. Cualquier similitud con la realidad habría sido pura coincidencia.

Índice

Uno
Dos
Tres
Cuatro
Cinco
Seis
Siete
Ocho
Nueve
Diez
Once
Doce
Trece
Catorce
Quince
Dieciséis
Diecisiete
Dieciocho
Diecinueve
Veinte
Veintiuno
Veintidós
Veintitrés
Veinticuatro
Veinticinco
Veintiséis
Veintisiete
Veintiocho
Veintinueve
Treinta
Treinta y uno
Treinta y dos

Treinta y tres
Treinta y cuatro
Treinta y cinco
Treinta y seis
Treinta y siete
Treinta y ocho
Treinta y nueve
Cuarenta
Cuarenta y uno
Cuarenta y dos
Cuarenta y tres
Cuarenta y cuatro
Cuarenta y cinco
Cuarenta y seis
Cuarenta y siete
Cuarenta y ocho
Cuarenta y nueve
Cincuenta
Cincuenta y uno
Cincuenta y dos
Cincuenta y tres
Cincuenta y cuatro
Cincuenta y cinco
Cincuenta y seis
Sobre la autora
Otras obras
Redes sociales (del editor)



LAURA

PRÓLOGO

Octubre de 1985

El hospital estaba más silencioso que nunca, o tal vez era yo quien ya no lograba prestar atención a ningún sonido que no fuera el que venía desde la habitación de mi abuela. Ella era toda la familia que me quedaba, y no iba a ser nada fácil seguir viviendo sin ella.

La puerta se abrió con un chirrido y levanté la cabeza justo a tiempo para ver salir a un enfermero. Se detuvo frente a mí.

—Señorita, su abuela quiere hablar con usted.

—¿Despertó? —Suspiré, aliviada por ese pequeño destello de esperanza.

—Sí, pero temo que no será por mucho tiempo. Ella pidió que no le diéramos la dosis de morfina para poder conversar con usted.

Tragué saliva, imaginando cuánto dolor debía de estar soportando por ese esfuerzo inútil.

Pasé junto al enfermero y entré en la habitación. Mi abuelita estaba recostada en la cama, débil, conectada a varios tubos y

aparatos. Las gotas que caían del suero hasta llegar al acceso en su brazo me parecían granos de arena en un reloj de arena, marcando el poco tiempo de vida que le quedaba.

—Laurita... —Apenas si tenía fuerzas para pronunciar mi nombre.

—No te esfuerces, abuela. —Me acerqué a ella y tomé su mano, más fría de lo que la recordaba.

Tenía los ojos llenos de lágrimas, pero luchaba desesperadamente por no dejarlas caer. Recordaba a mi abuela diciéndome que, sin importar la ocasión ni lo aterradora que pareciera, siempre era más fácil enfrentarlo todo con una sonrisa en el rostro. Pero reír en una situación como esa parecía simplemente imposible.

Desde que mis padres se habían ahogado en el río que pasaba justo detrás de nuestra casa, cuando mi mamá resbaló y él se lanzó para salvarla, mi abuela materna me acogió y cuidó de mí. Vivía con ella desde los trece años, y a medida que fue envejeciendo, nunca fui capaz de dejarla sola. Renuncié a un compromiso y a varias relaciones para cuidarla. A los veinticinco ya se me consideraba una solterona, y no había sido tía porque no tenía hermanos. Solo la dejaba para ir a trabajar, y me esforzaba al máximo para retribuirle todo el cuidado que había tenido conmigo. Sin embargo, en ese momento, todos mis esfuerzos parecían inútiles.

Mi abuela tenía presión alta, diabetes y una serie de otras enfermedades que había ido acumulando con los años, y yo ya no sabía cuál de todas era la que la estaba matando. Solo podía verla apagarse poco a poco.

—No me queda mucho tiempo, hija. —Tosió, pero terminó atragantándose; ni siquiera tenía fuerzas para eso.

—No digas eso, abuela. Vas a ponerte bien.

—No, Laurita. No me voy a recuperar. No tengo mucho tiempo, así que solo quiero que me escuches. Cuando yo ya no esté, quiero que sigas tu sueño. Vende la casa de tus padres, que ahora es tuya,

y también mis cositas. Debajo de una tabla suelta en mi cuarto hay unas joyas antiguas de la familia que deberían valer buen dinero. Me traían lindos recuerdos, pero ahora ya no tienen ninguna utilidad para mí. Vende todo y ten una buena vida lejos de aquí.

—Vivir en Estados Unidos es solo un sueño, abuela.

—Los grandes pasos de la vida empiezan con un sueño, Laurita.

Los aparatos a su lado comenzaron a emitir alarmas, y un enfermero entró para sacarme del cuarto. Después de ese momento, no volví a ver viva a mi abuela.

Mis padres tenían una casita y media docena de pertenencias que heredé. La casa de mi abuela fue vendida, y el dinero se dividió entre mí y el hermano de mi madre. En esa época yo saltaba de un trabajo a otro, y los precios no dejaban de subir. La dictadura estaba llegando a su fin, pero eso no traía perspectivas reales de mejora para el país.

A través del televisor viejo y pequeño que teníamos en la sala, conocí los Estados Unidos de América, un país en expansión y con la posibilidad de tener una vida mejor.



Uno

Mayo de 1986

Incliné la cabeza hacia atrás al sentir una estimulación más intensa, pero contuve las ganas de gemir porque estaba al teléfono con un inversionista.

—Presumo que ya recibió los informes y pudo notar que las perspectivas de expansión de *Golden Motors* son muy buenas. Sé que al comienzo de la década hubo una caída en la industria automotriz, pero el país entero está en constante crecimiento y eso solo atraerá más clientes. Además, no hacemos negocios únicamente con estadounidenses.

—Sí, estoy de acuerdo con usted. Solo necesito reunirme con algunos asesores y definir algunos números.

—Perfecto, esperaré su respuesta. —Acaricié el cabello de la mujer que estaba arrodillada entre mis piernas.

—Lo llamaré a finales de esta semana.

—De acuerdo. —Colgué y coloqué el teléfono de nuevo en su base.

Sonreí a la mujer cuyo nombre no recordaba y tiré de su cabello rubio y voluminoso, animándola a retomar donde había quedado. Sujetó mi pene con ambas manos y volvió a meterlo en su boca húmeda y caliente. Me permití gemir en voz baja mientras disfrutaba del placer.

—¿Señor Clark? —Alguien llamó a la puerta de mi oficina y solté una maldición en voz baja, fastidiado. No quería que me interrumpieran de esa forma, ya había sido suficiente con la llamada inesperada de hace un rato.

—¿Qué pasa? —Mantuve la mano en el cabello de la mujer para que no dejara de chuparme.

—Su madre está aquí y quiere hablar con usted con urgencia.

¿Qué demonios quería ahora? Bufé, molesto, por tener que interrumpir la caricia que estaba recibiendo.

—Dile que ya voy. —Tiré del cabello de la mujer para que se detuviera y subí el cierre del pantalón.

—¿Vamos a continuar después? —Se levantó, se limpió los labios con la punta de los dedos y acomodó el escote torcido de su blusa.

—Tal vez. —Abrí la puerta de la oficina y esperé a que saliera antes de dirigirme por el pasillo hasta la sala de reuniones, donde mi madre solía esperarme cuando yo estaba ocupado en mi oficina.

Abrí la puerta y la encontré con la cabeza agachada, secándose las lágrimas con un pañuelo. Tenía los ojos hinchados y el rostro devastado. No recordaba haberla visto así, al menos no en los últimos años.

—¿Qué pasó?

—Ay, Harrison, recibí una noticia terrible. —Se levantó de la silla y corrió hacia mí, enterrando el rostro en el saco de mi traje.

—¿Qué noticia? —Me puse tenso al darme cuenta de que no se trataba de uno de sus típicos dramas.

—El avión en el que iban tu padre y tu hermano... Él... Desapareció. Dicen que cayó al mar.

—¿Cómo que desapareció, mamá? —La tomé por los hombros y la separé un poco para poder mirarla de frente al hacerle esa pregunta—. ¿No se suponía que ya deberían haber llegado?

—Fui al aeropuerto para recibirlos del vuelo que venía de Londres y fue ahí que recibí esa horrible noticia. Nadie en la aerolínea sabe dónde está el avión. Dicen... Creen que se estrellaron en el Atlántico y están muertos.

¡No podía ser! Solté los hombros de mi madre y di unos pasos hacia atrás, tambaleándome, mientras negaba con la cabeza.

—Seguro Harold está haciendo una de las suyas. Ya van a aparecer por ahí diciendo que fue una broma. Usted sabe bien que siempre fue un bromista. Me cuesta creer que papá haya aceptado participar en algo así.

A diferencia de mí, que siempre fui serio y centrado en los estudios y los negocios, mi hermano gemelo llevaba la vida de una manera mucho más relajada y divertida. Mientras yo convertía el negocio familiar en la concesionaria de autos más lujosa de Miami, él actuaba en obras de Broadway. Recordaba que antes del viaje estaba furioso por haber perdido una audición importante para un gran papel, porque papá lo obligó a acompañarlo para cerrar un acuerdo clave en uno de los negocios de la familia.

Quizás había presentido lo peor y luchado como pudo para quedarse.

—Harold tenía que haber ido a hacer esa maldita obra.

—Hijo, no había forma de saberlo.

—Tal vez si yo...

—Harrison, tú no tienes la culpa de nada. —Mi madre me abrazó, volviendo a llorar.

De hecho, no era culpable de nada, pero la culpa me carcomía igual. Había pocas cosas que yo amara más que mi propio dinero, y una de ellas, quizás la principal, era mi hermano gemelo. Pensar que podía estar muerto arrancaba una parte de mí que ni siquiera sabía que existía. Me resultaba impensable vivir una vida en la que mi hermano no estuviera presente, por más discusiones que tuviéramos a veces.

—Seguramente el avión solo se desvió de la ruta. Esas cosas pasan, pronto van a llegar a casa y nos vamos a reír de este susto.

—Ya pasaron horas desde la hora prevista de aterrizaje. —Mi madre intentaba secarse las lágrimas con el dorso de la mano, pero no dejaban de caer.

Di un paso tambaleante hacia atrás y me dejé caer en una de las sillas de la sala de reuniones, completamente atrapado en la primera etapa del duelo: la negación.



Dos

En esa época, viajar en avión era un lujo reservado para las clases más acomodadas del país. Yo, que llevaba una vida sencilla en el interior de Minas Gerais, jamás habría conocido algo así si no hubiera sido por un acto de locura.

Seis meses después de la muerte de mi abuela, estaba siguiendo su consejo y viajando detrás de un sueño. Había conocido a unos tipos en Belo Horizonte, donde vivía el hermano de mi madre, y ellos me prometieron que me llevarían de forma segura hasta Florida, por una ruta diferente a la de la frontera con México, más segura y con menos vigilancia. Entrar ilegalmente a Estados Unidos estaba lejos de ser la mejor opción, pero yo era una mujer pobre, sin familia ni trabajo estable. Difícilmente podría lograrlo de otra forma. El dinero obtenido por la venta de las pertenencias de mis padres y las joyas de mi abuela solo alcanzaría para pagarle a los coyotes y sobrevivir algunos días allá. Después de eso, iba a necesitar conseguir un empleo. Aquella era mi única oportunidad, porque ya no tenía adónde volver.

Llegué a Nassau, la antigua isla de los piratas, en un día soleado, con cielo azul y un ambiente festivo. Tal como estaba acordado, un hombre vestido como guía turístico, con uniforme verde y naranja, me esperaba en la sala de desembarque. No podía estar más emocionada. En unos pocos días estaría en Estados Unidos, viviendo mi sueño, o al menos eso era lo que creía.

Llegamos al muelle todavía por la mañana. El lugar estaba lleno de turistas. Mujeres hermosas, con sombreros enormes y muy coloridos, bajaban de transatlánticos más grandes que cualquier edificio que yo hubiera visto en mis viajes a Belo Horizonte. Escuchaba el sonido de las gaviotas sobrevolando el lugar y a personas hablando en inglés y en español. Idiomas que me había esforzado por aprender y que hablaba lo suficiente como para comunicarme.

—Tú vas a quedarte ahí —dijo el guía, señalando un poste de madera.

—¿Sola? —Tragué saliva, abrazando con fuerza mi pequeña maleta contra el cuerpo.

—Sí. En breve, otros vendrán a recogerte en un coche.

Apenas tuve tiempo de decir algo, porque el hombre se dio la vuelta y salió corriendo hacia el auto con el que me había traído hasta allí.

Aunque tenía algo de miedo, estaba ilusionada. Hasta ese momento, todo había salido como los hombres con los que había hecho el trato me habían dicho. Sin embargo, después de unas horas de espera, un coche se detuvo frente a mí. Era oscuro y parecía viejo. El hombre que lo conducía bajó la ventanilla y me hizo una señal con la mano para que me acercara.

—¿Eres Laura Cristina Vieira? —preguntó con un acento arrastrado. Si no conociera tan bien mi propio nombre, quizás me habría tomado un buen rato entender que estaba hablándome a mí.

Asentí y él salió del coche, levantó el asiento para que pudiera sentarme en el asiento trasero. Jalé mi pequeña maleta conmigo y

me acomodé en ese espacio estrecho.

De pronto, todo el clima soleado y alegre que había sentido al llegar se convirtió en una escena claustrofóbica de suspenso. Aún quedaba una parte del transporte por pagar, un dinero que había dejado con mi tío en Brasil. Él no estaba de acuerdo con que me aventurara a otro país de esa forma, pero de alguna manera, al final, terminó accediendo. Tal vez, incluso desde el más allá, mi abuela seguía moviendo los hilos. Cuando me dijeron que el trayecto podía ser algo peligroso, no tenía idea de cuánto.

Desde el asiento trasero del coche, trataba de controlar los nervios sin tener ni la menor idea de adónde me estaban llevando. No temblar ni sudar frío era una tarea muy difícil. Condujeron por varios minutos mientras yo permanecía encogida en el asiento trasero. El hombre del asiento delantero me observaba como si me estuviera analizando. De repente, todo me pareció una pésima idea, pero ya era demasiado tarde para echarme atrás.

Llegamos a una calle en un barrio periférico y me sacaron a la fuerza del coche, aunque intenté quedarme dentro.

—¿Qué están haciendo? ¿No iban a llevarme a Miami? —Apreté los dientes con furia, pero de inmediato me arrepentí. Pelear con esos hombres, en un lugar donde no conocía a nadie ni sabía dónde estaba, no era una buena idea.

—Vas a quedarte aquí, señorita. Cruzaremos mañana de madrugada —dijo uno de ellos en un español arrastrado que apenas logré entender.

No tuve tiempo de hacer otra pregunta, porque él me sujetó del hombro y me fue arrastrando hacia el interior de la casa. Lujo era algo que no había experimentado en los últimos años, pero la casa a la que me llevaron iba mucho más allá de la simpleza. Daba miedo. Solo al pisar la primera habitación, el estómago se me revolvió por el olor penetrante. El lugar no debía limpiarse desde hacía años.

Me arrastraron prácticamente hasta un cuartito con cuatro camas. Dos de ellas estaban ocupadas por otras mujeres, tan asustadas como yo.

—Quédate aquí y no hagas ruido. —Me empujó y tropecé hacia adelante, casi cayendo de rodillas.

Una de las mujeres se quedó mirándome fijamente, mientras que la otra se atrevió a acercarse. Tenía el cabello y los ojos oscuros, la piel con un tono rojizo casi indígena, y parecía tener una edad parecida a la mía.

—Me llamo Valeria, ¿y tú?

—La-Laura. —Estaba tan asustada que apenas podía hablar.

—¿De dónde eres, Laura? —Sonrió con amabilidad y me hizo un gesto para que me sentara a su lado en la cama.

—Brasil. Vengo de Brasil.

—¡Qué bien! Yo soy de Venezuela, y Mercedes, de Bolivia.

Supuse que Mercedes era la otra mujer que estaba con nosotras en la habitación, ya que no dijo nada durante la conversación.

—Imagino que estás aquí por lo mismo que nosotras, buscando una vida mejor en Estados Unidos.

Asentí con la cabeza, recordando todo lo que había dejado atrás por seguir ese sueño. Un sueño que ahora parecía estar convirtiéndose en pesadilla mientras me mantenían encerrada en ese cuartito, contra mi voluntad, sin saber cuándo ni cómo llegaríamos a Estados Unidos.



Tres

Dos días después de la desaparición, encontraron la caja negra del avión en el mar. Por más que hasta ese momento hubiera estado negando la realidad, ya no podía seguir haciéndolo. Mi hermano y mi padre estaban perdidos en algún lugar del océano, muertos.

Mi madre pasó las últimas veinticuatro horas planeando el funeral de ambos. Quería toda la pompa que creía que merecían, pero al final, terminaríamos enterrando dos ataúdes vacíos.

Quizás lo que más me dolía, más allá de la muerte en sí, era saber que no podría ir al cementerio a hablar con mi hermano cuando lo extrañara, porque él no estaría realmente allí.

Escuché que golpeaban la puerta y levanté la cabeza de los papeles con los que había intentado distraerme durante el día.

—¿Quién es?

La persona no respondió. Abrió la puerta con lentitud y entró sin pedir permiso. Era una de las mujeres del *showroom*. Eran tantas que prácticamente ya no recordaba sus nombres. Lo más irónico era

que tenía la imagen de todas ellas desnudas en mi mente, porque casi siempre terminaba acostándome con alguna.

—¿Qué quieres aquí? —Apreté los dientes, con una expresión claramente hostil. Mi hermano gemelo y mi padre habían muerto en un accidente aéreo y yo ni siquiera tendría el derecho de enterrar sus cuerpos de verdad.

—Pensé que tal vez querías compañía —respondió, sosteniéndose los pechos desde abajo, empujándolos hacia arriba para llamar mi atención. Pero la ignoré por completo.

Probablemente, en un día cualquiera, habría aceptado su compañía. Ella acabaría chupándomela o montada sobre mi escritorio. Pero ese no era un día cualquiera.

—¡Lárgate de aquí! —Señalé la puerta.

—¿Qué pasa? ¿Hice algo mal?

—Solo vete.

Sin entender nada, cerró la puerta y me dejó solo otra vez.

Miré un portarretratos sobre el escritorio. Una foto de nosotros dos cuando éramos adolescentes, riéndonos como idiotas después de haber pescado nuestro primer pez en un lago de Kansas. El pez era casi del tamaño de un perro y tuvimos que unir fuerzas para atraparlo. Me sorprendí sonriendo al recordar cuánto nos habíamos divertido ese día. Por más distintos que intentáramos ser, siempre terminábamos igual de unidos.

Abrí el cajón de los documentos, guardé los informes y saqué mi billetera y la llave del Corvette de otro cajón. Aunque trabajaba con coches de las marcas más lujosas del mundo, ese seguía siendo mi favorito.

Tenía la costumbre de quedarme hasta tarde en la concesionaria, a veces para revisar todo personalmente y asegurarme de que el mejor producto llegara a manos de mis clientes, que eran extremadamente exigentes. Pero ese día

necesitaba quedarme solo, reflexionar sobre algunas cosas y aceptar que mi hermano nunca volvería a casa.



Cuatro

Me desperté con un grito confuso en español y no entendí lo que el hombre quiso decir, solo escuché el estruendo que hizo al abrir la puerta.

—¿Qué está pasando?

—Es hora de irnos al barco —respondió Valeria, juntando las pocas cosas que tenía.

—¡Apúrate, niña! —Mercedes pasó empujándome y fue directo hacia la puerta, donde nos esperaba el hombre.

Tenía miedo, más miedo que cuando había llegado allí. No era tan ingenua como para pensar que la situación ya no podía empeorar. Algo dentro de mí me decía que debía tener mucho cuidado, quizás era mi abuela intentando advertirme, guiando mis pasos en medio de aquel camino tan peligroso.

Tomé mi pequeña maleta y seguí en fila india detrás de Valeria y Mercedes. En el trayecto hacia la furgoneta, nos unimos a dos

hombres y otra mujer. Por lo que entendí, Valeria, Mercedes y yo haríamos el resto del trayecto hasta Miami con ellos tres.

A mi lado, una vez que nos acomodamos en la furgoneta, Valeria sacó un rosario del bolsillo y comenzó a rezar en voz baja. Me acerqué a ella y, mentalmente, fui siguiendo las cuentas mientras rezaba avemarías. Al hacerlo, me acordé de mi abuela y de cuánto me decía que era importante tener fe. *La fe nos hace más fuertes.*

Estaba muy oscuro, era de madrugada, y no podía ver ni oír nada del exterior. Solo supe que habíamos llegado cuando la furgoneta se detuvo y los coyotes nos ordenaron bajar.

—Todo va a salir bien —dijo Valeria, tomándome de la mano en un gesto amigable.

—Sí, así será.

Tenía que salir bien. Había renunciado a todo: a la casa de mis padres, a cada recurso que tenía, para estar ahí. No podía dar marcha atrás. Sin embargo, tampoco quería morir en el intento. Extrañaba mucho a mi abuela, pero aún no era el momento de reunirme con ella.

Bajé de la furgoneta y seguimos en la oscuridad, guiados solo por la linterna de uno de los tipos que iba adelante, hasta llegar a un pequeño bote de madera, como los que había visto en películas o documentales. No había suficiente luz como para estar segura, pero a simple vista me pareció muy precario. Mientras que el viaje a las Bahamas había sido un lujo, el de Miami parecía compensarlo siendo todo lo contrario.

—Vamos, ¡suban ya! —Uno de los hombres empujó a Mercedes, que tropezó hacia adelante. No cayó porque Valeria logró sostenerla.

—¡Cuidado! —le grité al tipo.

—Esto no es un resort, princesa. Cada minuto cuenta.

—Vamos, Laura, no vale la pena discutir con estos tipos —me dijo Valeria mientras me tomaba del brazo. Bajamos por una

escalerita de madera que parecía a punto de romperse con el próximo paso.

La madera crujía y se tambaleaba bajo el peso de mis pies. No sabía si estar aliviada o más preocupada por bajar delante de los hombres, porque la escalera apenas aguantaba mis cincuenta kilos. Si se rompía con ellos encima, en ese lugar oscuro no tendríamos a dónde huir.

Pero la escalera no era lo único que me angustiaba. El fuerte olor a pescado me revolvía el estómago y me hacía doler la cabeza. Era imposible pasar horas allí dentro, con ese hedor a pescado podrido, sin terminar vomitando.

Tal como imaginaba, el espacio era estrecho: una especie de pequeño compartimento en la bodega. Podía sentir a las otras personas rozándome, sus respiraciones mezclándose en el poco aire disponible. Cuando salí de casa, sabía que entrar a Estados Unidos sería difícil, pero someterme a algo así era simplemente inimaginable. El miedo me invadió, sentí un arrepentimiento enorme, y lo peor era saber que ya no podía volver atrás.

—Valeria, ¿me prestas tu rosario?

—Tengo dos —respondió mientras tanteaba en la oscuridad hasta encontrar mi mano y me lo entregó—. Quédate con este.

—¡Muchas gracias! —Logré sonreír a pesar de todo.

—Que Nuestra Señora proteja nuestro camino.

—Amén. —Apreté el rosario contra el pecho y una vez más me acordé de mi abuela diciéndome lo importante que era tener fe. En ese momento, me esforzaba por creer que llegaría sana y salva, aunque ese fuera solo el primer tramo del viaje, ya que no tenía a dónde ir ni sabía qué iba a hacer.

—Manténganse callados. No hagan ningún ruido. Si nos detiene alguna patrulla, vamos a tirar pescado aquí y ustedes tendrán que esconderse debajo. Si alguien es visto, arruinará toda la operación —dijo uno de ellos, cerrando la puerta sin esperar respuesta, apagando así la única luz que teníamos: la de la luna.

Me acerqué a Valeria, buscando sentirme menos sola, y empecé a rezar con ella. La venezolana en español, yo en portugués. Pero la ayuda que necesitábamos entendería cualquier idioma.

Sentí que el bote comenzaba a moverse y me ladeé hasta recuperar el equilibrio. No nos habían dicho cuánto tiempo estaríamos allí, de pie, en ese lugar oscuro, frío y con olor a pescado. Pero no creía que fueran solo unos minutos.



Cinco

Pasé por la sala y vi a mi madre al teléfono. No me pregunté con quién hablaba, ni siquiera me importó. Vestida de negro, parecía desempeñar bien el papel de viuda, aunque quienes los conocían de cerca sabían que su matrimonio con mi padre no iba bien desde hacía mucho tiempo.

Me dirigí a mi habitación, pero en el camino pasé frente a la puerta del cuarto de Harold. Estaba entreabierta y terminé entrando, como si algo me atrajera hacia adentro. Todo estaba exactamente como él lo había dejado, como si el cuarto estuviera esperándolo para que volviera a casa.

Me acerqué a una de sus estanterías, tomé uno de sus discos de vinilo favoritos y lo puse en el tocadiscos, uno de los más recientes de Aerosmith. Era curioso cómo, a veces, dejaba de lado los clásicos aclamados que tanto había estudiado en la universidad para simplemente escuchar buen rock.

Me senté en su cama, junto a una camisa que había dejado sobre la colcha y que alguna de las empleadas aún no había

guardado en el armario. Tal vez mi madre no se lo había permitido. En una de las mesas de noche estaba la foto con su prometida, una mujer asiática que había conocido en Broadway. Iban a casarse la próxima primavera, para total decepción de mi madre, que ya desaprobaba muchas de las decisiones que él había tomado en su vida. Sin duda, si alguno de nosotros iba a casarse alguna vez, ese era Harold. Yo no tenía la menor intención de hacerlo. Era un ferviente defensor de probar un poco de todas en lugar de pasar el resto de la vida con una sola. Después de todo, con el historial de nuestros padres, el resto de la vida era demasiado tiempo para soportar a otra persona.

—¿Harrison, estás aquí? —Mi madre apareció en la puerta y pareció sorprendida al verme sentado en la cama de mi hermano.

—Ya me voy —respondí, devolviendo el portarretratos a su lugar mientras me ponía de pie y me acomodaba el saco.

—Puedes quedarte. —Entró justo cuando apagué el tocadiscos y guardé el vinilo en la estantería.

Ese cuarto estaba lleno de cosas que Harold adoraba, pero que ya no iba a poder disfrutar nunca más.

—Sé que lo extrañas. Tu hermano va a hacer mucha falta, tanto para mí como para ti.

—Sin él aquí, siento que perdí una parte de mí mismo —confesé, frente a la única persona que creí capaz de entender ese vacío.

—Tienes que seguir adelante, Harrison. Los negocios de la familia y tu concesionaria siguen dependiendo de ti.

—Lo sé —dije, retomando una postura firme. Sería imposible mantener el lujo en el que vivíamos, esa mansión, los empleados y una larga lista de privilegios si simplemente bajaba los brazos—. Me voy a bañar. —Pasé junto a ella para ir a mi habitación.

—Hazlo, y baja a cenar.

—Está bien.

No me quedé a escuchar nada más. Cuando mi madre intentara abrir la boca, yo ya estaría dentro de la bañera, con la puerta cerrada.

Esperaba que, con el tiempo, el dolor inmenso que sentía por la pérdida de mi hermano y también de mi padre se transformara y, en su lugar, quedara solo la nostalgia.



Seis

Estaba atenta al sonido del motor del barco, que funcionaba como una especie de ancla para mantenerme despierta, a pesar del cansancio. Tenía miedo de dormirme y que algo aún peor me sucediera. Al menos, mi olfato ya se había acostumbrado al olor a pescado y ya no me sentía tan asqueada.

Cuando el motor se detuvo, me pregunté qué podía estar por pasar. Rezaba para que no fuera la policía estadounidense ni algo peor. Mordí mi labio, tensa, y entrelacé mi brazo con el de Valeria, asegurándome de que, pasara lo que pasara, permaneceríamos juntas. Apenas la conocía, pero dada la situación, era lo más parecido a una aliada que podía tener.

—Vamos a cambiar de barco —avisó el coyote al abrir la escotilla donde estábamos.

Contuve el aliento al sentir una bocanada de aire fresco llenar el lugar.

—¿Por qué? —preguntó Mercedes.

—Este barco no puede acercarse a la costa sin llamar la atención. Irán en un bote y remarán hasta la playa.

¿Un bote? Tragué saliva, sin saber si eso era mejor o peor que quedarme en aquel cajón que apestaba a pescado.

—¡Rápido! —gritó el coyote, haciéndome dar un salto del susto.

Lanzaron la escalerilla de nuevo y, uno por uno, subimos hasta la cubierta del barco. Con la ayuda de unas cuantas linternas, descendimos al bote que estaba al costado. Solo uno de los coyotes vino con nosotras; los otros dos se quedaron en el barco. Me lanzaron encima un remo de madera, pesado, y tuve que sujetar mi maleta entre las piernas antes de empezar a remar, siguiendo el ritmo de los demás que ya estaban posicionados en los bordes. No tenía idea de hacia dónde debíamos remar, simplemente seguí el flujo de las otras personas, sabiendo que corríamos el riesgo de perdernos en el mar abierto. Por suerte, el coyote parecía conocer bien la dirección, para eso se suponía que servía el precio tan alto que nos habían cobrado.

Divisé algunas luces en la playa, por fin. Todavía estaba muy lejos de estar a salvo, pero al menos ver que íbamos hacia el lugar correcto me provocó un alivio extraño y me hizo remar con más ganas, a pesar del cansancio, la sed y el hambre. En ese punto de la travesía, cualquier dolor en los brazos o en el estómago era secundario. Las olas parecían ayudarnos y, cuando levantaban el bote, lo empujaban en dirección a la arena.

En poco tiempo pudimos bajar a la playa, y sentí que las piernas me fallaban. Me desplomé hacia adelante, sintiendo la arena mojada entre los dedos. Finalmente estaba en suelo estadounidense.

—¿Laura, estás bien? —preguntó Valeria, preocupada, al ponerme la mano en el hombro.

—Sí. —Me levanté limpiando la arena de mis manos contra el costado del pantalón.

A lo lejos, ya podían verse los primeros rayos del sol cambiando el tono del cielo. Pronto amanecería.

—¡Caminen! —El coyote sacó un arma y apuntó hacia nosotras. Justo cuando pensé que el infierno había terminado, me di cuenta de que todavía estábamos muy lejos del final. Nunca había visto un arma de fuego tan de cerca. Mi abuela solía decir que antes de morir, mi abuelo tenía una escopeta vieja, pero nunca la vi. Y si lo hubiera hecho, dudo que él la hubiera usado para apuntarnos como estaba pasando ahora.

Dimos unos pasos por el camino que él nos indicó con la punta del arma. Era pequeña, pero parecía lo bastante potente como para volarnos la cabeza a cualquiera. Sentía un sabor amargo en la boca y el corazón me latía a mil. Jamás imaginé que iba a llegar tan lejos para, literalmente, morir en la orilla.

Entonces escuché un disparo que desgarró el silencio de la noche e hizo que el corazón se me saliera del pecho. Sumida en lo que parecía la escena más aterradora de una película de gánsteres, giré la cabeza y vi a los dos hombres que habían venido con nosotras lanzándose sobre el coyote. Peleaban con él por el arma. Pero fue el grito de Valeria lo que me hizo volver la vista hacia ella: estaba arrodillada junto a Mercedes, que había caído.

—¿Qué pasó?

—La bala le dio a ella —respondió Valeria mientras se apartaba. Pude ver entonces la mancha de sangre que se extendía por la camisa de la boliviana.

—¡Mercedes! —La sacudí por los hombros—. ¡Mercedes!

—No responde —sollozó Valeria. Estaba tan en shock como yo ante lo que acababa de ocurrir.

Miré hacia atrás y vi que los dos hombres habían dejado al coyote inconsciente. Salieron corriendo. No sabía si él estaba muerto o si en algún momento se despertaría, furioso por el ataque.

—Valeria, tenemos que salir de aquí. —La tomé del hombro.

—¿Y Mercedes? —Sus lágrimas brillaban en medio de la oscuridad.

—Está muerta. Tenemos que irnos antes de que el coyote despierte y nos haga lo mismo. ¡Vamos! —Me eché la maleta al hombro y tiré de Valeria hasta que se vio obligada a soltar el cuerpo de nuestra compañera y seguirme.

Corrimos por la playa hasta llegar a una avenida grande y no paramos hasta haber cruzado varias calles y no tener más aliento. Encontramos un banco de madera frente a una tienda, formando una pequeña placita, y nos sentamos allí. Por un momento, la adrenalina y el instinto de supervivencia lograron contener el pánico.

—Mercedes... —Valeria empezó a temblar y yo bajé la cabeza.

Por más que luchara contra eso, me era imposible borrar esa imagen de mi mente. Las únicas personas muertas que había visto en mi vida eran mis padres y mi abuela, y había sido en sus respectivos velorios. Nunca había presenciado una muerte, y eso era profundamente perturbador.

—No podíamos hacer nada por ella —intenté consolar a Valeria, aunque en el fondo esas palabras las decía en voz alta para convencerme a mí misma. Para poder aceptar que habíamos dejado el cuerpo de una persona atrás, en la arena.

—No. No podíamos. Ni imaginaba que la situación fuera a salirse de control de esa forma —dijo Valeria, pasándose las manos por el cabello grasiento.

—Al menos nos libramos del coyote —añadí, con miedo de que ese no fuera el momento para destacar algo positivo en medio del infierno que habíamos vivido durante las últimas cuarenta y ocho horas—. Estoy en Estados Unidos —suspiré. Quería sonreír, juro que sí, pero esa victoria tenía un sabor extraño a derrota. En ese momento, sentía que había perdido más de lo que había ganado—. No tengo idea de qué hacer ahora —admití, masajeandome las rodillas en una excusa para bajar la mirada.

—¿No tienes adónde ir?

Negué con la cabeza, manteniéndola baja.

—Mi plan solo llegaba hasta aquí. Voy a buscar una pensión para quedarme unos días. O algún hotel bien barato, mientras busco trabajo.

—¿Qué te parece si vienes conmigo?

—¿Ir contigo? —Fruncí el ceño, extrañada por la propuesta.

—Tengo una tía que emigró hace algunos años. Me voy a quedar en su casa. Vive en un barrio que se llama Little Havana. Si se lo pido, tal vez te deje quedarte un tiempo hasta que encuentres otro lugar.

—¡Muchas gracias! —Sonreí con sinceridad. Después de todo lo que había vivido en esta travesía, ese gesto despertó en mí una gratitud que no sabía cómo poner en palabras—. No sé cómo agradecértelo.

—Todavía no me agradezcas. No sé cómo vamos a llegar hasta allá ni si mi tía te dejará quedarte.

—Tal vez haya un autobús o algún transporte que nos lleve.

—Probablemente sí, pero ¿cómo vamos a pagarlo si no tenemos dinero?

—Bueno, tengo unos dólares que traje de Brasil. Los guardé en un bolsillo interno que cosí dentro de mi ropa, por si alguien intentaba robarme. Espero que alcance para llegar hasta tu tía, porque es todo lo que tengo para sobrevivir hasta conseguir trabajo.

—Tiene que alcanzar —dijo Valeria con una sonrisa—. Qué bueno que nos encontramos.

—Sí. —Saqué del bolsillo el rosario que ella me había dado y le devolví la sonrisa.



Preguntamos a algunas personas en la calle con rasgos latinos, que trabajaban en los locales que empezaban a abrir, cómo llegar al barrio donde vivía la tía de Valeria. No era cerca, tendríamos que tomar más de un transporte, pero finalmente logramos llegar. Valeria había memorizado la dirección, y después de terminar frente a algunas casas que no se parecían en nada a la foto que decía haber recibido por carta, empezamos a desanimarnos. Hasta que, por casualidad, pasamos frente a la casa correcta. Tal vez las numeraciones allí fueran más confusas de lo que pensábamos al principio.

La casa era pequeña. La construcción donde viví con mi abuela, y la de mis padres, de pronto me parecieron grandes. Confieso que no era lo que esperaba, considerando que ella vivía en Estados Unidos desde hacía años. Imaginé que tendría un poco más de comodidad.

Me quedé en la vereda y Valeria se acercó. Ya era de día y dio dos golpecitos en la puerta antes de dar un paso atrás, esperando ser recibida. Pasaron unos minutos sin respuesta, así que volvió a golpear.

—¡Ya voy! —gritó una voz desde adentro.

Valeria me miró y sonrió.

Un momento después, una mujer abrió la puerta. Debía de tener unos cuarenta o cincuenta años, con el cabello envuelto en rulos.

—¡Valeria! —Corrió a abrazar a su sobrina apenas la vio—. Por fin llegaste. Estaba tan preocupada desde que recibí la carta de tu madre diciendo que venías. ¿Cómo fue el viaje con los coyotes?

—Terrible —respondió Valeria, negando con la cabeza, probablemente para alejar los recuerdos horribles que habíamos acumulado en tan poco tiempo.

—¿Los coyotes te hicieron algo? ¿Te detuvo la policía?

—Nada de eso, solo otras cosas que pasaron... pero lo importante es que llegué y estoy bien. O al menos intentando

estarlo.

—Sí, eso es lo más importante —dijo, besándole la frente antes de apartarse—. Ven, entra. Imagino que tienes hambre.

—Estoy muerta de hambre. Pero antes quiero presentarte a una amiga. —Valeria hizo un gesto para que me acercara, porque hasta ese momento, su tía no había notado mi presencia—. Ella es Laura, una brasileña que cruzó conmigo. Nos ayudamos mutuamente para llegar hasta aquí y necesita un lugar donde quedarse, al menos por unos días.

La tía me examinó de pies a cabeza, como si analizara cada detalle de mí, y al final solo asintió.

—Veremos cómo acomodarla aquí, hasta que encuentre otro lugar.

—¡Gracias, tía! —Valeria sonrió con entusiasmo y la abrazó.

—Gracias. Te estaré eternamente agradecida.

—No hay de qué. Si eres amiga de mi sobrina, siempre serás bienvenida en mi casa. ¡Entren!

La seguimos hasta el interior de una sala pequeña, pero acogedora, con un sofá, un televisor viejo y un pequeño altar con la imagen de la Virgen.

—Pueden dejar sus cosas allí. —Señaló un rincón, y dejamos nuestras maletas—. ¿Quieren algo más además de un plato de comida?

—Agua y una ducha —respondí con una sonrisa tímida. Imaginaba que el olor a pescado aún estaba impregnado en mi piel y sería difícil quitármelo.

—Vamos a solucionarlo.

La amabilidad de la tía de Valeria hizo que, por primera vez en mucho tiempo, no me sintiera tan lejos de casa.



Siete

Hay momentos en la vida por los que nunca queremos pasar, que ni siquiera imaginamos vivir. Uno de esos era enterrar los ataúdes vacíos que representaban a mi padre y a mi hermano gemelo. Sus cuerpos estaban perdidos en el mar y nunca serían encontrados. Toda esa puesta en escena me resultaba completamente absurda.

Mi madre lloraba encima del ataúd de un hombre al que ya no amaba desde hacía años. ¿Sería yo el único que encontraba ridículo todo eso? Tal vez esa imagen de viuda derrotada no funcionaba conmigo, pero yo no era la persona a la que ella intentaba convencer, sino a las decenas de personas que habían asistido al velorio.

Querían que diera un discurso, pero me negué. Permanecí sentado en un banco de la iglesia, observándolo todo. Ni mi padre ni mi hermano estaban allí, así que no tenía sentido decir nada si ellos no iban a escucharlo. Algunos decían que yo era demasiado frío, pero esa era una imagen que llevaba años cultivando, sin

importarme lo que pensaran, si era verdad o no. Estaba en ese circo porque sentía que tenía que estar, pero no iba a participar en él.

—¡Harrison, lo siento tanto! —Una mujer se lanzó a mis brazos, pero simplemente la aparté. Su rostro no me resultaba familiar; o no la conocía o su paso por mi vida había sido tan irrelevante que no me había dejado marca alguna. Fuera quien fuera, no quería tenerla cerca.

—Con permiso. —Intenté pasar, pero ella se quedó frente a mí.

—Me llamo Bethany, mi madre y la tuya son amigas desde la universidad. Vinimos a darte el pésame. Sé cuánto estás sufriendo ahora.

—¿Alguna vez tuviste un hermano gemelo que fuera casi como una extensión de ti toda la vida, y de un día para otro te enteraste de que no va a volver a casa, que no va a escribirte ni a llamarte nunca más? Como si hubiera dejado de existir, pero una parte de ti hubiera desaparecido para siempre.

—No —respondió, tragando saliva, con los ojos azules muy abiertos.

—Entonces no tienes ni la más mínima idea de cómo me siento. —La empujé a un lado y me abrí paso.

—Harrison... —susurró mi nombre, pero yo ya me había perdido entre la gente que se agolpaba para hablar con mi madre.

Salí de la capilla y me senté en un viejo banco de madera, medio podrido por el tiempo. Miré hacia el cielo y me pregunté qué diría él en una situación como esa. El sentido del humor claramente le había tocado a él durante el embarazo; yo siempre fui pésimo para hacer chistes.

Quizás habría dicho el cliché de siempre: vamos, hermano, sigue adelante, la vida continúa. Y sí, la vida continuaba. Yo todavía estaba aquí, vivo, respirando, lo que echaba por tierra su teoría de que, al final, éramos dos mitades distintas del mismo ser y tantas otras locuras que decía cuando éramos adolescentes.

¿Y si todavía anda por ahí? Reí al pensar que morir de ese modo, sin dejarme ver su cuerpo, sin la certeza absoluta e irrefutable de su muerte, era la mejor manera de que Harold se fuera. Era su forma de dejar todo flotando en el aire, como todas sus teorías. Yo nunca sabría la verdad, porque nunca podría afirmarla con seguridad.

¡Maldito Harold! Y lo peor era que no sabía si eso me alegraba en parte o me enojaba todavía más.

También iba a extrañar a mi padre. Me enseñó muchas cosas y me regaló momentos valiosos. Gran parte del hombre que soy se la debo a él. Quizá estaría lamentando más su muerte si no se hubiera ido junto con Harold. Perder a mi padre era, en cierto modo, más fácil; uno sabe que las personas mayores que uno tienden a irse primero. Pero yo esperaba que mi hermano gemelo estuviera a mi lado para siempre...

—¡Harrison! —Mi madre apareció frente a mí, interrumpiendo mis pensamientos—. Por fin te encontré. Vamos a llevar los ataúdes para el entierro. ¿No vas a cargar uno de ellos?

—No. Me voy a quedar aquí.

—Pero, hijo...

Giré la cabeza y la miré con seriedad, lo que hizo que desistiera de cualquier cosa que estuviera a punto de decirme.

Me dio la espalda y se fue, dejándome allí solo.

Necesitaba despedirme de mi hermano a mi manera.



Ocho

No había lujo ni comodidad en la casa de la tía de Valeria, pero me sentía acogida. Paola se había mudado a Estados Unidos hacía más de una década y había entrado al país de forma ilegal, igual que Valeria y yo.

Trabajaba como cuidadora de personas mayores y había conseguido aquella pequeña casa en un barrio compuesto casi en su totalidad por inmigrantes. Era una vida sencilla, parecida a la que yo llevaba en Brasil, pero, según ella, mejor que la que había tenido en Venezuela.

—Muchas gracias por todo —dije, sonriendo mientras tomaba un poco del té que había preparado para nosotras—. Hoy mismo voy a empezar a buscar trabajo y un lugar donde quedarme.

—No te preocupes —respondió con amabilidad y gentileza—. Mientras no te moleste seguir durmiendo en el sofá, eres bienvenida el tiempo que necesites.

—¡Gracias! —Metí la mano en el bolsillo y saqué la mayor parte de los dólares que había traído conmigo, ocultos en la ropa.

—Esto es por la hospitalidad —le entregué a doña Paola—. Traje poco dinero, pero voy a conseguir más y ayudaré en lo que pueda en la casa.

Me miró varias veces a mí y a los billetes arrugados antes de tomarlos finalmente.

—Te lo agradezco. Muy pronto vas a conseguir trabajo. Voy a ayudarte.

—Gracias, Paola.

—Ya hablé con el jefe del lugar donde trabajo y Valeria va a empezar dentro de unos días en casa de una señora en Miami Beach. Tal vez haya otra vacante que puedas ocupar. Si no, seguro encuentras algo en algún restaurante. ¿Hablas inglés?

—Lo suficiente. Y también hablo español, como ustedes.

—Una chica bonita que habla inglés seguramente va a conseguir algo rápido.

—Eso espero —suspiré antes de terminar el té.

Por más traumática y aterradora que hubiera sido mi travesía para llegar hasta allí, había algo bueno en todo eso: había conocido a Valeria y estaba con ella y con su tía. Sin duda, si no fuera por ellas, mi llegada a Estados Unidos habría sido aún más traumática que el viaje en sí. No estaba sola, y tenía un techo sobre mi cabeza.



Más de veinticuatro horas después de mi llegada, había conseguido una ficha telefónica y encontré un teléfono público desde el cual pude llamar a mi tío. En su casa había un teléfono que él había logrado instalar con mucho esfuerzo.

—¡Hola! —respondieron después de algunos tonos.

—Tío, soy yo, Laura.

—¡Ay, niña, por fin! Estaba tan preocupado. ¿Ya llegaste? ¿Estás bien?

—Sí, tío, estoy en Miami.

—Menos mal. Los hombres de los que me hablaste, los que iban a llamarme para pedir el resto del dinero, todavía no se han comunicado.

—Ellos no saben que llegué viva. No tienen idea de dónde estoy.

—¿Cómo dices?

—No te preocupes, tío. Es una historia larga, otro día te la cuento. Compré fichas solo para unos minutos, la llamada para allá es muy cara. Solo quería que supieras que estoy bien. Voy a mandarte cartas, al menos una por semana. En cuanto al dinero, guárdalo por si lo necesito para alguna emergencia. Esta ciudad es enorme, no van a encontrarme. Creo que ni siquiera lo intentarían, porque no saben quién de nosotras sobrevivió.

—¿Qué quieres decir, Laura...?

No logró terminar la frase. La llamada se cortó por falta de crédito. Me sentí aliviada de haber podido al menos decirle que estaba bien. Aunque viviera en otra ciudad y nunca hubiéramos sido muy cercanos, él era la única familia que tenía.



Lamentablemente, la única vacante disponible en la empresa de cuidados para ancianos donde trabajaba doña Paola fue ocupada por Valeria, así que salí a buscar trabajo en bares o cafeterías. Tenía algo de experiencia trabajando en ese sector en Brasil, y pensaba que eso podría ayudarme. Sin embargo, después de pasar todo el día caminando por la ciudad soleada, yendo de bar en bar y de

restaurante en restaurante, volví a la casa de Paola sin ninguna perspectiva.

Era solo el primer día de búsqueda y no había recorrido todos los bares posibles, pero aun así, resultaba desalentador. Tenía un pequeño puñado de dólares que apenas me alcanzaría para comer hasta el fin de semana.

—¿Qué pasa? —preguntó Valeria al pararse frente a mí cuando regresó a casa.

—Nada —respondí, con la cabeza baja—. No conseguí trabajo todavía, pero voy a seguir buscando. Mañana, estoy segura de que voy a volver con mejores noticias.

—¿Y si te dijera que tengo algo?

—¿Qué quieres decir? —Fruncí el ceño.

—Hoy, mientras cuidaba a la señora Martha, escuché a su hija hablando por teléfono con una amiga, diciendo que necesitaban una nueva empleada para limpieza. Me metí en la conversación y le dije que tenía una amiga que buscaba trabajo, que era joven y hablaba inglés. Es en una de esas mansiones en la isla de los famosos. Son casas enormes, seguro con muchos cuartos para limpiar. No va a ser un trabajo fácil, pero podrías quedarte allí hasta conseguir algo mejor.

—¡Muchísimas gracias, Valeria! —Me levanté y le di el abrazo más fuerte que pude.

—¡Oye, oye, tranquila! —me dijo, dándome un golpecito en el brazo, esperando que me alejara—. Aún no celebres. Solo conseguí una dirección y una entrevista. Vas a tener que ir mañana a hablar con la dueña de la casa.

—Aun así, no sé cómo agradecértelo.

—Anda, consigue el trabajo. —Su sonrisa era tan contagiosa que, antes de darme cuenta, ya estaba saltando de alegría.



Nueve

Apagué el motor del Corvette después de estacionarlo frente a la concesionaria y metí la llave en el bolsillo. Tenía que firmar algunos documentos esa mañana, y por la tarde debía ir a una de las empresas de mi padre para resolver asuntos que él había dejado pendientes. Entre todos sus pequeños negocios, el más importante era un bufete de abogados donde figuraba como socio nominal. Como nunca tuve el menor interés en convertirme en abogado, no pensaba continuar con ese negocio. Lo mejor era venderle su parte a alguno de los otros socios. La concesionaria de autos importados que yo manejaba ya me generaba ganancias mucho mayores de las que podía gastar.

—Buenos días, señor Clark.

—Buenos días, Helena —respondí con una leve sonrisa al pasar junto a la secretaria y seguir hasta mi oficina.

—¿Se siente mejor, señor? —me preguntó, siguiéndome y deteniéndose en la puerta, observándome por encima de sus gafas de marco cuadrado.

—¿Ya preparaste los contratos y recibos de esta semana? —cambié de tema. No iba a hablar de la muerte de mi hermano con una empleada. Después de todo el espectáculo de enterrar ataúdes vacíos, había decidido guardar ese dolor solo para mí y, a veces, lograba fingir que no existía.

—Sí, señor. Está todo listo.

—¿Y dónde están? Necesito revisarlos antes de que los envíes a los clientes. Cualquier error podría complicar todo el proceso.

—Ya los revisé, señor.

—No importa. Quiero verlos igual.

—Sí, como usted diga. Voy a buscarlos.

—Está bien. —Tiré de la silla y me senté.

Helena salió de mi oficina y solté un suspiro, relajando los hombros al quedarme finalmente solo. Estaba cansado de escuchar "lo siento mucho", "te entiendo". Solo quería que la gente se olvidara del asunto y que todo volviera a ser como antes. Nada me molestaba más que esas miradas cargadas de lástima.

—Aquí tiene, señor —dijo al regresar, dejando sobre mi escritorio el sobre con los contratos y recibos mecanografiados.

—Perfecto, gracias. Puedes retirarte ahora.

—¿Puedo ayudarle en algo más? ¿Quiere que...?

—Ve a buscar un café. Expreso, sin leche.

—¿Nada más?

—No.

—Ya vuelvo.

—No te apures —respondí, quitándole la vista de encima para concentrarme en los documentos, que sí requerían mi atención.

Por muy buena mecanógrafa que fuera, a veces se le escapaba algún error que la obligaba a rehacer toda la página. Las computadoras habían llegado hacía poco y era casi imposible encontrar una secretaria competente que supiera manejarlas.

No fue una sorpresa ver que los documentos estaban impecables. Aun así, leerlos me permitió distraerme un poco y enfocar la mente en algo útil.

Cuando Helena volvió, apenas si tuve tiempo de terminar el café antes de salir hacia mi compromiso en el bufete.



Diez

Estaba ansiosa. Muy ansiosa. Conseguir ese empleo era como ver una luz al final del túnel, después de que todas mis expectativas se vinieran abajo cuando los coyotes convirtieron mi sueño en una pesadilla. Iba a tener que trabajar duro, pero nunca le tuve miedo al trabajo. Todavía era joven y estaba segura de que iba a poder con todo.

El autobús me dejó cerca del puente que conectaba con la isla. Desde ahí hasta la mansión, tendría que caminar. Seguramente, las personas que vivían allí tenían auto y no necesitaban tomar el transporte público para volver a sus casas.

Caminé unos veinte minutos hasta llegar a la dirección indicada. Me limpié el sudor de la frente con un pañuelo antes de tocar el timbre.

—¿Quién es? —preguntó una voz entrecortada al otro lado. El sonido era tan distorsionado, y aún me estaba acostumbrando al inglés, que tardé unos segundos en comprender.

—¿Quién es?

—Perdón. Soy Laura. Vine por una entrevista de trabajo como empleada de limpieza.

—Ah, sí. Puedes pasar.

El portón blanco, enorme, se abrió y caminé hacia el interior. Había un sendero entre el césped, lo bastante ancho para que pasara un auto, que conducía hasta la entrada de la casa. Me acerqué a la gran puerta de madera clara, donde una mujer ya me esperaba. Me detuve frente a ella.

—Hola, soy Laura. Mi amiga Valeria me habló de la entrevista de trabajo.

—Sí, mi patrona dijo que vendrías. Soy Mary Johnson, pero debes llamarme señora Johnson, como lo hacen todos. Trabajo como ama de llaves y me encargo de supervisar al personal. ¿Te explicaron que el trabajo es de limpieza?

Asentí con la cabeza.

—Eres inmigrante, ¿cierto?

Tragué saliva, pensando en todo lo que esa pregunta podía implicar si respondía con sinceridad. Sabía que entrar de forma ilegal a un país podía ser mal visto por quienes vivían allí, así que debía estar preparada para que algunas puertas se cerraran.

—Sí. Soy brasileña. ¿Existe alguna política contra inmigrantes? —Mordí mi labio, nerviosa.

—No, pero debes saber que cualquier problema con la policía terminará en despido inmediato.

—No me voy a meter en problemas con la policía.

—Eso espero. —Bajó el pequeño escalón frente a la puerta y se colocó a mi lado, haciendo un gesto para que la siguiera—. Vamos, voy a mostrarte la entrada del personal.

—Está bien. Gracias.

La seguí sin decir nada, solo observando. No hice ningún comentario y esperaba que eso jugara a mi favor.

Llegamos a una puerta lateral y avanzamos por un pasillo hasta llegar a una cocina enorme, donde dos mujeres estaban trabajando. No se movieron ni nos miraron, siguieron concentradas en sus tareas como si nuestra presencia no importara en lo más mínimo.

—¿Voy a limpiar aquí?

—No. Te vas a encargar de los cuartos, los baños y el resto de las habitaciones del piso superior. Es fundamental que entiendas que aquí tienes que ser invisible y, al mismo tiempo, muy honesta. Si llega a desaparecer algo, serás despedida y llamaré a la policía.

—Soy completamente honesta, señora Johnson.

—Eso es un requisito básico para este trabajo.

Volví a asentir con la cabeza.

—Debes estar aquí puntualmente a las siete de la mañana y saldrás a las cuatro de la tarde. Mientras estés en la casa, debes usar uniforme, estar limpia, con las uñas cortas y el cabello recogido. La señora Alisson Clark detesta cualquier señal de descuido. Recibirás dos dólares por hora y se te pagará semanalmente. ¿Está bien para ti?

—Sí. —Me mantuve firme, con los brazos cruzados detrás de la espalda—. ¿Entonces conseguí el trabajo?

La ama de llaves se detuvo frente a mí y me miró de pies a cabeza antes de asentir.

—Empiezas mañana. Llega puntual o no te molestes en venir.

—Estaré aquí a las siete en punto. —Mantuve el rostro serio, aunque por dentro quería saltar de alegría.

—Perfecto. Ven conmigo, voy a buscar tu uniforme.

—Gracias por la oportunidad, señora Johnson. —Tuve el impulso de abrazarla, pero recordé que los estadounidenses no eran como los brasileños.

—Gánatela.

—Lo haré. —Bajé la cabeza, algo avergonzada.

La seguí hasta lo que parecía ser un depósito de productos de limpieza. Allí sacó dos uniformes en bolsas plásticas y me los entregó.

—Eres muy delgada. Imagino que este te va a quedar bien.

—Gracias. —Lo abracé contra el pecho como si necesitara protegerlo con mi vida.

—Ahora puedes irte.

Asentí y volví por el mismo camino por donde había entrado.



—¿Cómo te fue? —preguntó Valeria apenas me vio sentada en una silla del porche. Ni siquiera esperó a llegar a la casa para saber, imaginé que estaba tan nerviosa como yo.

—Conseguí el trabajo.

—¡Ay! —corrió hacia mí gritando y me abrazó. Las dos saltamos, celebrando como si fuéramos amigas de toda la vida—. Me alegra tanto por ti.

—Gracias por la recomendación.

—Sé que queda lejos, y la casa seguramente es enorme...

—Lo importante es que conseguí trabajo —la interrumpí antes de que siguiera enumerando todas las dificultades que podría tener. Como ella misma había dicho, después encontraría otra cosa. Lo importante era que ahora iba a tener dinero para pagar un lugar donde vivir y cubrir mis necesidades básicas.

—Sí, lo lograste. Felicidades.

—Empiezo mañana a las siete.

—Vamos a buscar un despertador —dijo mientras pasaba su brazo por encima de mis hombros y me guiaba hacia adentro de la

casa.



Once

Escuché el teléfono sonar justo cuando entré en mi habitación. Pensé una decena de veces si debía atender o no, porque no estaba esperando la llamada de nadie. Pero al final, cedí a la insistencia de quien llamaba y me acerqué al mueble, levantando el auricular.

—Hola. ¿Quién habla?

—¡Carajo, qué mierda! Acabo de volver de viaje, agarro un periódico y me encuentro con la noticia de la muerte del hermano gemelo de mi mejor amigo y del papá de ustedes. ¿Por qué no me lo contaste?

—Pensé que estarías ocupado. Estabas en Alemania por negocios. Era importante...

—No es como si me fueras a llamar por un dolor de muela. Maldita sea, no puedo creer que Harold y tu papá murieron, y encima de esa manera. Es impactante.

—Sí, lo es.

—Tendrías que haberme llamado.

—Tal vez —esquivé el tema. Aunque David era mi mejor amigo, cuando recibí la noticia de la muerte de mi hermano, lo único que quería era estar solo.

—¿Cómo estás?

—Bien.

—No sirve de nada que me mientas.

—Entonces, ¿para qué preguntas?

—Con la esperanza de que fueras sincero. Por lo visto, todavía mientes para el carajo. Parece que ese gen solo le tocó a Harold.

Lo ignoré y seguí en silencio, sosteniendo el teléfono.

—Tenemos que salir, tomar algo, divertirnos con unas mujeres.

—¿Me llamas para hablar de la muerte de mi papá y de mi hermano y quieres arrastrarme a una noche de juerga?

—Estoy seguro de que Harold no querría que te quedaras lamentando su muerte y dejando de vivir.

—De verdad, no estoy de humor para escuchar esos clichés. Ya fue suficiente con el velorio y el entierro que organizó mi madre.

—En ningún momento acepté un no como respuesta.

—Por eso, a veces, cuestiono nuestra amistad.

—Te espero en una hora en el bar de siempre. Ese al que íbamos desde adolescentes y entrábamos con documentos falsos para tomar.

—¿Al suburbio a esta hora?

—¿Tienes miedo?

Puse los ojos en blanco, odiando un poco más a David en ese momento.

—Está bien. Ganaste.

—Perfecto. Nos vemos en un rato —dijo antes de cortar la llamada, y yo colgué el auricular.

Mientras me duchaba, sintiendo el agua caliente recorrerme el cuerpo, pensé que salir con David tal vez no era tan mala idea como me había parecido al principio. Al menos no iba a pasar la noche al lado de alguien diciendo todo el tiempo cuánto lo sentía o tratando de consolarme de la forma más patética posible.

Estacioné frente al bar y me acomodé la chaqueta de cuero, observando mi reflejo en el retrovisor. Tenía el cabello peinado hacia atrás y mis ojos azules se veían más vivos que nunca.

Salir con David tenía una ventaja: no necesitaba estar siempre en traje ni impecablemente arreglado, interpretando el papel que, según Harold, yo desempeñaba a la perfección: el hombre serio de negocios.

Entré al bar mientras una banda de garage tocaba rock pesado, y caminé hasta la barra de madera, donde varios hombres se apoyaban pidiendo sus tragos. Dos mujeres sentadas cerca de la puerta me saludaron con la mano y me sonrieron. Una de las mejores cosas de lugares como este, llenos de gente de una clase social mucho más baja que la mía, era que podía dejar afuera quién era en realidad.

—¡Harrison! —David levantó un vasito de tequila o vodka y me saludó antes de tomárselo de un trago.

Me detuve a su lado y él le hizo una seña al barman para que me sirviera una copa.

—¡Bebe! —Golpeó la barra. Apenas había puesto un pie en el lugar y ya parecía estar borracho.

Lo miré de reojo, y él me devolvió la mirada antes de señalar el trago que me esperaba sobre el mostrador.

Lo tomé y me lo bebí de un solo trago, sintiendo el líquido haciéndome arder la garganta mientras bajaba.

Esa noche, David no dijo que lo sentía ni que entendía lo que estaba pasando. Solo me hizo beber como si no hubiera un mañana, a pesar de que era miércoles.

En algún momento, no recordaba bien cómo, una de las mujeres que me había saludado al entrar terminó sentada sobre mis piernas. Estaba muy borracho, pero no tanto como para olvidar que tuvimos sexo en mi auto. Un final para mi noche que no era muy diferente de los que solía tener cuando salía con David. Tal vez por eso había terminado siendo mi mejor amigo. Hacía que la vida del hombre serio de negocios fuera un poco más entretenida.



Doce

Bajé del autobús con confianza. Miré el reloj de pulsera que Paola me había prestado y vi que todavía faltaban más de treinta minutos para las siete de la mañana. Iba a llegar temprano y demostrar desde el primer día de trabajo cuánto me comprometía con ese empleo.

Antes de tocar el timbre en la entrada, me aseguré de que mi cabello estuviera bien recogido en un moño y me acomodé la falda y la blusa de mi uniforme color rosa salmón. Apenas llamé, no pasó mucho tiempo hasta que autorizaron mi entrada. Caminé por el sendero que atravesaba el jardín delantero hasta la entrada de servicio que la señora Johnson me había indicado el día anterior.

Entré a la cocina y no vi a nadie. Me quedé sin saber si debía avanzar o quedarme allí. Como era mi primer día, decidí esperar a que alguien apareciera para darme indicaciones sobre por dónde comenzar. No quería parecer entrometida ni andar husmeando por ahí.

Cuando vi entrar a la criada, le dirigí una leve sonrisa, que se desvaneció al instante al notar que mantenía su expresión seria. Parecía tener alrededor de cincuenta años, y si sonriera un poco más, probablemente se vería más atractiva.

—Señorita...

—Vieira, Laura Vieira.

—Bueno, señorita Vieira. Qué bien que ya llegó. Puede comenzar por la biblioteca, el despacho y la sala de música. Luego pase a los cuartos de huéspedes y, por último, limpie las suites que ocupan el señor y la señora Clark. Hay dos habitaciones cerradas con llave; no debe entrar en ellas.

—Está bien.

Tenía una pregunta dándome vueltas en la cabeza: ¿por qué el señor y la señora Clark no dormían en la misma habitación? Pero a veces era mejor guardarse ciertas dudas para una misma. Tomé los productos de limpieza y subí la enorme escalera hasta el segundo piso de la mansión. Imaginé que la antigua casa de mis padres, la de mi abuela y la de mi tío cabrían sin problemas solo en esa zona de dormitorios. Era mucho trabajo, pero si había dejado todo atrás para empezar de nuevo en otro país, tendría que arremangarme y seguir adelante.

Siguiendo las instrucciones de la señora Johnson, busqué la biblioteca para comenzar la limpieza por allí. Imaginé que habría un par de estanterías con unos cuantos libros, pero apenas entré al salón, me quedé boquiabierta. Había por lo menos una docena de estanterías hechas de una madera rojiza y brillante. En sus repisas había libros de todo tipo: técnicos, literatura inglesa, americana y muchos otros en español. Dentro de una vitrina, vi lo que parecían ser las primeras ediciones de Frankenstein y Don Quijote.

Estaba deslumbrada. Mi abuela siempre me había incentivado a leer, pero yo solo tenía acceso a la Biblia y a novelas baratas. Cuando era adolescente, soñaba con vivir romances como los de los libros de “Sabrina”, “Julia” y “Bianca”.

Me costó resistirme a la tentación y concentrarme solo en la limpieza. Me demoré más de lo previsto quitando el polvo y pasando el trapo en el suelo. Iba a tener que recuperar el tiempo en las otras habitaciones si quería terminar a tiempo.

Después de limpiar la sala de música y el despacho, fui al primer dormitorio antes de hacer una pausa para almorzar. No tenía hambre, quizás era por la adrenalina de estar en mi primer día.

Me dirigí hacia el primer cuarto a la derecha, cuya puerta estaba sin llave. No lo pensé demasiado y entré. Estaba oscuro y ya pasaban las once de la mañana, no imaginé que pudiera haber alguien durmiendo allí.

Dejé el balde, el trapo y los demás utensilios de limpieza en la entrada de la habitación y fui directo hacia la pesada cortina. Necesitaba luz para poder limpiar el lugar. Corrí la tela de una sola vez y el sol invadió la habitación.

—¡Mierda, mamá! ¡Cierra esa mierda! —gritó alguien desde la cama. Di un salto del susto y sentí el corazón latirme con fuerza en el pecho.

—Perdón, no sabía que había alguien durmiendo. —Me encogí, temblando.

Era una pésima forma de empezar en un trabajo nuevo. La señora Johnson no me había advertido nada y terminé despertando justo al dueño de la casa.

—No es mi mamá —no fue una pregunta, así que imaginé que solo estaba hablando en voz alta.

No debía hacerlo, pero terminé mirando hacia la cama y vi que un hombre se sentaba. Se masajeaba las sienes con las puntas de los dedos y apenas abría los ojos. La impresión que tuve fue que algo lo molestaba incluso más que la luz que entraba por la ventana. Confieso que era mucho más joven de lo que había imaginado para el dueño de una casa de ese tamaño.

Solo tenía puesta la ropa interior y tenía un cuerpo marcado que era difícil no quedarse mirando. Su piel era clara, algo raro para

alguien que vivía en una ciudad tan calurosa como Miami. Señal de que seguramente evitaba el sol. Seamos sinceros: no era difícil seguir dormido hasta esa hora si se veía como él. Tendría, como mucho, entre treinta y treinta y cinco años. Nada que ver con el viejo que me había imaginado. Cuando me miró y pude ver sus ojos azules, me recordó a esos hombres que solo aparecen en las revistas.

—¡Cierra ya la cortina! —gruñó, sacándome del trance, y me apuré a cerrarla.

—Disculpe, soy nueva aquí y me mandaron a limpiar los cuartos. No imaginé que a esa hora todavía habría alguien durmiendo.

—¿A esta hora? —Frunció el ceño bajo la escasa luz que se colaba por los costados de la cortina—. ¿Qué hora es?

—Casi mediodía.

—¡Mierda! Tenía que estar en la concesionaria.

—Lo dejaré descansar, le pido mil disculpas por la molestia.

Salí despacio y cerré la puerta. Estaba temblando y con el corazón acelerado, pero temía que no fuera solo por miedo a que me despidieran en mi primer día. No es que lo hubiera visto completamente desnudo, pero verlo en ropa interior tuvo casi el mismo efecto. Por la trágica muerte de mis padres, yo tenía miedo al agua, no me atrevía a meterme en lagos, ríos ni piscinas, así que nunca había visto a un hombre ni siquiera en traje de baño. Por lo general, cerca de mí, siempre estaban vestidos.

—¿Quién eres tú?

Volví a sobresaltarme al oír una voz que surgió de la nada, antes de darme vuelta y ver a una mujer parada en medio del pasillo. Era una señora, aparentemente más grande que la señora Johnson. Tenía ojos verdes y un impecable cabello castaño rojizo. Por su edad, imaginé que debía tener un excelente peluquero para cubrirle las canas.

—Yo-yo… Soy la nueva empleada de limpieza.

—¿Por qué tienes esa cara como si hubieras visto un fantasma, niña?

—E-el señor Clark estaba dormido en la habitación.

—¿Mi hijo no fue a trabajar? —Entrecerró los ojos, sorprendida.

¿Hijo? El hecho de que no durmieran en la misma habitación cobró sentido en ese momento. *¿Será que él no tenía esposa?* No entendí por qué me hacía una pregunta tan tonta.

—¿Qué haces parada en el pasillo? —gritó la mujer—. ¡Ve a limpiar otro cuarto!

—Sí, disculpe. —Agarré mis cosas y las arrastré hasta la siguiente puerta.



Trece

El dolor de la resaca me recordó por qué evitaba salir con David. Siempre me hacía beber de más. Mi cabeza latía como si hubiera tambores retumbando dentro. Me dolían los ojos por el exceso de luz. Justo el día en que me emborracho, una empleada nueva y desorientada entra a mi cuarto y abre la maldita cortina.

Aún masajeandome las sienes, abrí el cajón del armario del baño y busqué un analgésico. Me lo metí en la boca y luego me metí en la bañera. Tenía una reunión importante en la tarde y no podía faltar. Además, nunca he sido de los que cancelan compromisos por estar con resaca.

Maldito David.

Me reí solo. Por más enojo que tuviera con mi mejor amigo por haberme dejado hecho mierda, tenía que admitir que la noche anterior me había hecho bien y me recordó que, a pesar de todo el dolor, sí era posible una vida sin Harold.

—¿Harrison? —escuché la voz de mi madre y metí la cabeza bajo el agua, aguantando la respiración.

Tenía que aprender a cerrar la puerta con llave para evitar este tipo de situaciones.

—¡Harrison!

Levanté la cabeza, sacudí el cabello como un perro mojado y miré a mi madre, que estaba parada junto a la puerta.

—Esa muchacha apenas empezó y ya está causando problemas —dijo, cruzándose de brazos mientras se apoyaba en el marco.

—No fue culpa de ella. Yo ya debería haberme levantado, simplemente se me pasó la hora.

—¿Te sientes mal?

—En cierta forma —respondí con una sonrisa forzada.

—¿Estás enfermo? ¿Quieres que llame al médico para que te revise?

—No, mamá. —Me levanté de la bañera y tomé una toalla del soporte en la pared—. No estoy enfermo, solo tengo resaca. Tomé demasiado anoche.

—¿Fuiste a alguna fiesta? No escuché a qué hora llegaste.

—Solo fui a un bar con David.

—¿En un día laborable?

—Mamá, no empieces. Ahora déjame que tengo que arreglarme para salir. —Caminé hasta el vestidor y agarré ropa interior limpia.

—Yo solo…

—¡No! —la interrumpí antes de que empezara a hablar de la muerte de Harold—. Solo salí con un amigo y tomé un poco de más. Soy un adulto y no necesito que estés sermoneándome.

Me abotoné la camisa blanca y saqué un pantalón gris junto con el saco.

—Solo me preocupo.

—No hace falta. —Elegí los zapatos y un reloj de pulsera.

—¿Vas a esperar al almuerzo?

—No. Comeré algo en la calle. Tengo una reunión con el representante de Mercedes. Tengo que cerrar la compra de unos modelos para la concesionaria. —Salí de la habitación antes de que siguiera con el interrogatorio.

Justo al salir, la nueva empleada salió del cuarto de mi madre. Entrecerré los ojos para verla mejor. Llevaba el cabello castaño recogido en un moño y también tenía los ojos castaños. Era bonita, muy bonita, mucho más que las mujeres que mi madre solía contratar. Tal vez ella prefería contratar mujeres feas para mantener el pene de mi padre lejos del personal doméstico, pero como él ya no estaba, ser fea había dejado de ser un requisito.

—Hola. —Le sonreí.

—¡Señor! —Se sobresaltó, y eso me hizo reír. Tal vez no esperaba que yo le hablara.

—Ahora ya puedes limpiar mi cuarto. —Le guiñé un ojo.

—Ah, gracias —respondió, aún encogida, con actitud retraída —. Disculpe por haberlo despertado.

—No te preocupes, ya era hora de levantarme. Me vino bien.

—De todas formas. —Tragó saliva—. Debería haber tocado antes de entrar.

—Hazlo la próxima vez.

—Sí, señor —respondió, con los brazos cruzados detrás de la espalda, manteniéndose en una postura tensa.

—Oye, tranquila. No muerdo. Bueno… solo si tú quieres.

Sus mejillas se tiñeron de rojo de inmediato, y eso me divirtió. Además de guapa, se sonrojaba con facilidad.

—¿Harrison, no ibas al trabajo?

—Ya voy, mamá —resoplé con fastidio—. Buen trabajo, señorita. —Le sonreí antes de seguir por el pasillo rumbo al garaje.



Laura

Capítulo

Catorce

—¿De qué estaban hablando? —preguntó la señora Clark apenas su hijo desapareció por el pasillo.

Todavía estaba atontada por la sonrisa de él y tardé unos segundos en darme cuenta de que su madre me estaba hablando.

—Solo le pedí disculpas, señora —respondí con la cabeza baja, mirando el piso blanco y reluciente que cubría todo el corredor.

—Ten más cuidado al entrar a los cuartos la próxima vez. O recibirás algo más que un sermón de mi hijo.

—Disculpe, señora.

—Ve a terminar la limpieza.

Asentí y agarré las cosas para entrar a su cuarto, esta vez sin correr el riesgo de verlo semidesnudo otra vez.

Cuando terminé la jornada, estaba exhausta. No veía la hora de llegar al sillón de la casa de doña Paola y dormir un rato.

Valeria y yo llegamos casi al mismo tiempo y ella me arrastró hasta el sofá, sentándose a mi lado. Acomodé un cojín sobre las piernas y observé la emoción que se reflejaba en su rostro.

—Vamos, cuéntame. ¿Cómo te fue?

—Agotador —suspiré, dejando caer el cuerpo contra el respaldo del sillón—. Y casi lo arruino todo. —Me mordí el labio, tensa.

—¿Qué quieres decir? —Valeria abrió los ojos, preocupada.

—Entré a uno de los cuartos para limpiar y el tipo todavía estaba dormido. No lo sabía. Corrí la cortina y lo desperté.

—¿Y qué pasó? —preguntó boquiabierta.

—Se levantó de la cama en calzoncillos, insultando.

—¿Y tú cómo reaccionaste? Me imagino el susto. Por suerte yo estoy cuidando a una señora y no voy a tener que cambiarle los pañales a ningún viejo.

—Bueno... Definitivamente era mayor que yo, pero de viejo no tenía nada. —Sentí cómo me ardían las mejillas y desvié la mirada hacia un florero con flores de plástico que estaba sobre la mesita detrás de Valeria.

—¿Cómo es eso?

—Me sentí como si estuviera viendo un comercial de ropa interior, pero lo último que quería era prestarle atención a la ropa interior.

—¿Despertaste a un modelo de calzoncillos? —Soltó una carcajada.

—¡No! Solo a un hombre guapo en calzoncillos.

—Solo en calzoncillos, ¿no? Porque en teoría, siempre están en calzoncillos, solo que con ropa encima.

—Ya entendiste. —Crucé los brazos.

—¿Y ese hombre en calzoncillos está casado?

—¡Valeria!

—¿Qué? Solo fue una pregunta inocente. —Se encogió de hombros.

—Si lo está o no, no lo sé. Solo vi que vivía con su madre, además de los empleados. No tenía anillo, ni cuando salió vestido con traje. Y tampoco vi nada femenino en su cuarto. Ni ropa ni productos en el baño.

—Interesante.

—¿Por qué?

—Por nada. ¿Y qué pasó después?

—Después del susto me fui a limpiar otras habitaciones.

—Ten más cuidado mañana. A menos que quieras verlo en calzoncillos otra vez. —Se rió y yo fruncí el ceño.

—Necesito mantener este trabajo.

—Ya lo sé, pero deberías haber visto tu cara. —Se cubrió la boca intentando disimular la risa burlona.

Crucé los brazos y apreté los dientes. No era el momento para que se burlara de mí.

—¡Vamos! —dijo, levantándose del sofá y tirando de mí—. Voy a hacer arepas. Podrías ayudarme yendo conmigo al mercado a comprar los ingredientes.

—¿Arepas? ¿Qué son las arepas?

—Es una comida típica de Venezuela. Mi abuela las hacía siempre para mí. Te van a gustar.

—Eso espero. —La seguí hasta la calle.

Después de probar las arepas de Valeria, que, para mi sorpresa, eran una especie de tortita rellena muy sabrosa, me senté en un rincón de la mesa a escribir una carta para mi tío. Le había prometido enviar noticias y me imaginaba que él y su esposa estarían preocupados por mí.

Esa noche no vería a doña Paola. Me había contado que consiguió un trabajo nocturno mejor pago y que pasaría las noches cuidando a un anciano en Miami Beach.

Poco a poco, ella y Valeria se fueron convirtiendo en una familia para mí, y me sentía muy agradecida por haberlas conocido.



Quince

Poco a poco, mi vida empezaba a volver a la normalidad. En el trabajo y en otros lugares, la gente dejó de preguntarme cómo me sentía o de decir que lamentaba la muerte de mi padre y de mi hermano. Por suerte, su duelo había terminado y ya no lo recordaban. No es que yo lo hubiera olvidado; todavía dolía. Pero no tener que enfrentar más esas caras de lástima hacía que me sintiera un poco mejor.

Volví a casa tarde en la noche. Tuve que compensar el tiempo que había perdido por la mañana, resolviendo algunas cosas después de la jornada. Con la muerte de mi padre, sus bienes, el dinero, la casa y las acciones en empresas debían dividirse entre mi madre y yo, pero como ella nunca fue buena para tratar con temas burocráticos, era yo quien tenía que encargarme de todo.

—La nueva empleada que contrataste... Tal vez deberíamos buscar a otra.

Entré a la sala justo a tiempo para escucharla hablando con la señora Johnson. Me sorprendió verlas despiertas a las diez de la

noche.

—¿No le agradó, señora?

—Creo que no es la persona adecuada para el trabajo —respondió mi madre, limándose las uñas como si no le diera importancia al asunto.

—¿Y por qué no es la persona adecuada, mamá? —me metí en la conversación—. Para un trabajo que consiste en barrer y limpiar, cualquiera es la persona adecuada.

—Tal vez alguien con más experiencia.

—Señora Johnson, le prohíbo que despida a la muchacha solo por un capricho de mi madre.

—¡Harrison!

—Señora Alisson, papá ya no está. No tiene que preocuparse por la belleza de la empleada.

—Como si la belleza de una latina inmigrante pudiera preocuparme en lo más mínimo —respondió, esquivando con una mentira evidente. Todos sabíamos que mi padre ya había tenido al menos dos aventuras con empleadas.

—Solo digo que es demasiado delgada para el trabajo. ¿Viste lo flacos que son sus brazos?

Debo confesar que cuando la vi, me fijé en otras partes de su cuerpo: sus muslos, sus pechos... pero no en sus brazos. Y esas zonas me parecieron más que satisfactorias.

—Mamá, deja de inventar excusas. La muchacha se queda.

—¡No puedes hacer eso!

—No solo puedo, lo voy a hacer. Es el dinero de mi concesionaria el que paga a cada empleado de esta casa. Desde el jardinero hasta tu chofer. Si yo digo que ella se queda...

—Se queda —completó la señora Johnson con una sonrisa forzada.

—Exacto —respondí, manteniendo el tono firme.

Mucho antes de que mi padre muriera, yo ya me había hecho cargo de la parte financiera principal de la familia. Él podía ser un buen abogado y haber hecho buenas inversiones, pero nunca supo manejarse tan bien ni generar tanto dinero como yo.

—Apuesto a que solo quieres llevártela a la cama, como hacía tu padre con cualquier cosa que usara falda —bufó mi madre, dejando ver sus verdaderas razones para querer despedir a la chica.

—A diferencia de él, yo soy un hombre soltero. —Me encogí de hombros.

Ella apretó los dientes, con la furia ardiendo en sus ojos verdes. Por más que le molestara escuchar eso, tenía razón. Nada me impedía acostarme con una empleada de la casa, del mismo modo que nada me impedía tener algo con las trabajadoras de la concesionaria. Era un hombre adulto y soltero, y podía estar con quien quisiera.

Sabía que la relación entre ella y mi padre nunca había sido buena, pero ese matrimonio ya estaba acabado mucho antes de que empezaran las infidelidades. No es que eso justificara su comportamiento, pero él ya estaba muerto y yo no pensaba seguir cargando con eso.

—Tengo hambre. Señora Johnson, prepare algo y llévelo a mi cuarto.

—Sí, señor.

—No entiendo cómo puede haber salido tan autoritario —bufó mi madre cuando me di la vuelta, tal vez pensando que no la estaba escuchando.

—De tal palo, tal astilla —murmuré mientras me dirigía a mi cuarto.



Dieciséis

En cuanto se abrió el portón, caminé hacia la entrada del personal.

—Buenos días, señora Johnson —dije con una leve sonrisa al ver a la ama de llaves cerca del cuarto donde se guardaban los productos de limpieza.

—El señor Clark... —empezó ella, y tragué saliva al recordar lo que había pasado el día anterior.

—¿Dijo algo? —Sentí que se me formaba un nudo en la garganta y un miedo latente en el pecho.

—Tuviste suerte, niña. —Me miró de arriba abajo—. Tal vez sea algo más que suerte, pero haz bien tu trabajo y podrás conservarlo.

Me quedé inquieta. No tenía idea de qué podrían haber hablado para que ella me dijera algo así. Esperaba que él no siguiera molesto conmigo.

—Voy a dejar su habitación para el final.

—Mejor.

Tomé el balde, los productos y otros utensilios de limpieza para ir al piso de arriba. Iba a comenzar por la sala de música y luego seguir por todas las áreas comunes antes de ir a los cuartos.

—¡Buenos días!

Me llevé un susto enorme al encontrarlo parado en medio del pasillo. Esta vez no estaba en ropa interior, así que fue menos vergonzoso, aunque eso no le quitaba lo atractivo. Si es que existía una forma de decirlo. Tenía el cabello peinado hacia atrás, perfectamente arreglado, y vestía un traje gris con finas rayas color tiza.

—Buenos días, señor —dije encogiéndome y bajando la cabeza.

—Ey, ¿qué pasa?

Levanté la vista y me sorprendí al ver su rostro tan cerca. Con unos pocos pasos, el señor Clark había acortado por completo la distancia entre los dos.

—Siento mucho lo de ayer.

—Pensé que ya lo habíamos dejado atrás.

—Voy a dejar su cuarto para el final.

—No tiene nada de malo ser despertado por ti. —Tocó mi mentón con la yema del dedo, y retrocedí unos pasos, tambaleándome.

—Señor... —Sentía el corazón golpear con fuerza en el pecho. No sabía cómo reaccionar ante esa actitud suya.

—Te ves aún más bonita cuando te sonrojas.

Me mordí los labios, mirando hacia los costados. ¿Estaba haciendo todo eso solo para avergonzarme?

—Necesito limpiar la sala de música —dije mientras pasaba por su lado, torpe, casi tropezando conmigo misma.

—¿Señorita? —Lo escuché desde la puerta de la sala y sentí que el corazón se me iba a salir del pecho de lo acelerado que

estaba.

—¿Sí, señor?

—No sé cómo te llamas.

—La... Laura... Laura Vieira.

—Nos vemos luego, señorita Vieira.

—Sí.

Se fue, y yo necesité unos minutos para que mi corazón se calmara.



Sentí el delicioso aroma a té y suspiré al entrar en la casa de doña Paola.

—¡Qué rico! —dije al seguir el olor hasta la cocina.

—¡Laura! —Sonrió al volverse hacia mí.

—¿Todo bien, doña Paola? Pensé que estaría en el trabajo.

—Hoy tengo el día libre.

—¡Qué bueno!

—¿Quieres un poco de té?

—Sí, me encantaría. Gracias.

—¿Cómo va el trabajo? —Sirvió una taza humeante y me la entregó.

—Va bien. Todavía me estoy adaptando, pero me esfuerzo para ser la mejor empleada posible.

—Admiro tu esfuerzo, niña. Sé que te va a ir bien.

—A pesar de los momentos incómodos con el señor Clark, eso espero.

—¿Qué momentos? —Paola arqueó una ceja, entre sorprendida y preocupada.

No sabía si debía contarle lo que había pasado, pero después de haber llegado sola a otro país, doña Paola era lo más parecido a mi abuelita. Así que terminé contándole cómo habían sido mis primeros días de trabajo en esa casa.

—Ten mucho cuidado, Laura.

—Lo estoy teniendo —respondí, bebiendo el té lo más despacio posible para no quemarme los labios.

—No lo digo por el trabajo.

—¿No? —La miré sin entender a qué se refería.

—Hombres como él son muy peligrosos para chicas como tú. Se aprovechan de la ingenuidad de las mujeres jóvenes. Se divierten, juegan y luego las desechan. Ten mucho cuidado de no convertirte en un juguete en sus manos.

Tragué en seco. No había pensado en eso, ni siquiera se me había cruzado por la cabeza que un hombre como él pudiera fijarse en una mujer como yo. Harrison Clark y yo veníamos de mundos completamente distintos. Él siempre sería el señor, y yo, la empleada.

No me quejaba. Yo había elegido salir de mi país y llegar a otro de forma ilegal. Tal vez había imaginado que sería un poco más fácil, pero como decía mi abuelita: nada que llega fácil tiene verdadero valor en la vida.

—Seguro conoce mujeres mucho más interesantes que yo.

—No subestimes los instintos de un hombre, niña.

Asentí con la cabeza, algo incómoda. No creía que eso fuera a pasar, pero iba a recordar muy bien la advertencia de Paola por si llegaba a estar en peligro.

—¿Qué están haciendo? —preguntó Valeria al entrar en la cocina, y el tema cambió por completo.



Diecisiete

—¿Sonriendo? Pareces el mismo Harrison de siempre.

Miré hacia un lado y me di cuenta de que David había entrado en mi oficina sin que lo notara, o tal vez yo estaba más distraído de lo que pensaba.

—¿Qué pasa? —dejé de mirarlo y fingí que leía cualquier informe sobre mi escritorio.

—Estás todo sonriente. ¿No vas a decirme qué pasó?

—No es nada.

—Tu hermano murió hace menos de una semana. Nunca te había visto tan deprimido. Para que estés sonriendo así, algo raro debió de pasar.

—Solo estaba pensando en una cosa.

—¿Qué cosa? —Tiró de la silla frente a mi escritorio y se sentó.

—Nada importante. —Me encogí de hombros.

—¡Harrison!

—La señora Johnson contrató a una nueva empleada.

—¿Y una empleada te tiene así de contento? Si hubiera sabido que una casa limpia te anima tanto, habría planeado programas de limpieza doméstica para que hiciéramos juntos.

—Idiota.

—¡Lo digo en serio! Imagina nada más: importante hombre de negocios prefiere quedarse en casa viendo programas de cocina antes que salir al bar con su amigo a jugar billar, tener sexo y beber.

—Deja de decir estupideces. —Puse los ojos en blanco—. No es por eso. Nos conocimos de una manera un poco graciosa.

—¿Ah, sí?

Me reí mientras le contaba cómo Laura me había despertado y cómo se ponía toda nerviosa cada vez que me veía.

—Te estás divirtiendo con la pobre chica.

—Un poco. Mi madre ya quería despedirla apenas después de haberla contratado. Sabes que siempre tuvo un problema con las empleadas jóvenes y bonitas.

—Ella o tu padre —dijo con una sonrisa cínica cargada de sarcasmo.

—Tal vez un poco los dos.

—Creo que tiene razón.

Fruncí el ceño al darme cuenta de que se estaba burlando de mí.

—Estoy seguro de que estás loco por llevarte a la empleadita a la cama.

—No exageres. Sí, es bonita, pero no es que me tire a todas las mujeres bonitas que conozco.

—No a todas, pero a la mayoría...

—¡David!

—Si no te conociera tan bien, hasta podría creerte, pero te conozco. Cuando una mujer te llama la atención de esa manera, terminas con ella. Siempre es así.

—Creo que me gusta verla sonrojarse, no tiene nada de malo.

—No dije que lo tuviera. Solo lamento que otra más vaya a perder la virginidad contigo. O mejor dicho, con tu verga...

—Ni siquiera sabes si es virgen.

—¿Y tú crees que una mujer que no lo fuera se pondría así de nerviosa por verte en calzoncillos?

—¿Y por qué no? Soy una presencia impactante, como mínimo.

David no dijo nada, solo se rió.

—Además, no tengo intención de acostarme con ella.

—Eso dices ahora. Vamos a ver si sigues pensando igual la próxima semana.

Negué con la cabeza. Solo porque me estaba divirtiendo con lo nerviosa que se ponía no significaba que tuviera que acostarme con ella. Además, no quería que mi madre le hiciera la vida imposible por sus traumas personales.

—Si tú no quieres, preséntamela y yo me encargo.

—¿Te encargas? —Arqueé las cejas—. No hables de ella como si fuera un problema.

—No, está muy lejos de ser un problema. En realidad, me parece una solución, ya que es lo único que te ha hecho sonreír después de la muerte de Harold.

—Estás exagerando —bufé, volviendo a poner los ojos en blanco.

—Te conozco demasiado bien, Harrison. No te doy ni una semana antes de que estés con los pantalones bajados encima de la pobre chica. Tal vez dos, si resulta ser de las difíciles.

Solo negué con la cabeza, sin ganas de seguir discutiendo con él sobre eso.



Dieciocho

Pasé un trapo sobre el enorme piano blanco, de esos que solo había visto en películas. Tenía un poco de polvo, pero eso no le quitaba el brillo. Me preguntaba quién en esa casa sabría tocar ese instrumento, o si simplemente lo tenían como decoración. Una decoración que costaba miles de dólares.

Ese no era el único instrumento en la enorme sala de música. Vi lo que me pareció una caja de violín, un violonchelo apoyado en un soporte y un clarinete dentro de una vitrina de vidrio. En un rincón, había un tocadiscos moderno junto a una pared llena de discos de vinilo.

Me acerqué para limpiar el polvo. Había realmente muchas cosas. Por suerte, no tenía que limpiar habitaciones como esa todos los días, solo los cuartos de la señora Clark y su hijo. En una estantería encontré algunos portarretratos con fotos del señor Clark tocando varios de los instrumentos. Al menos no eran tan decorativos como había imaginado.

Me di vuelta para agarrar un plumero y me llevé un gran susto al encontrarlo mirándome. Con los brazos cruzados, el traje perfectamente alineado, me observaba en silencio. Si no me hubiese dado vuelta, probablemente ni me habría enterado de que estaba ahí. Fue imposible contener el sobresalto, di un pequeño salto y el plumero se me cayó, rodando hasta quedar junto a su brillante zapato negro.

—¡Señor! —dije apurada, con el corazón desbocado—. Mil disculpas.

Me agaché para recoger el plumero, pero él hizo lo mismo y nuestras manos se tocaron. Mi corazón empezó a latir aún más rápido. Era difícil explicar tanta ansiedad. Tal vez tenía miedo de que me despidiera por haber cometido alguna torpeza.

—Aquí. —Me entregó el plumero.

—Gracias, señor.

—De nada, señorita.

—¿Quiere usar la sala? —Me costaba mucho no tartamudear, pero me esforzaba. Su presencia ya era de por sí bastante abrumadora.

—No, puedes limpiar con calma.

—Gracias. No imaginé encontrarlo a esta hora.

—Decidí venir más temprano hoy. Tal vez te encontraba antes de que te fueras.

Di un paso hacia atrás, algo tambaleante, sorprendida por lo que acababa de decir.

—Es broma. —Rió como si hubiera contado el mejor chiste del mundo, aunque solo él lo encontraba gracioso.

—Ah. —Me acomodé un mechón que se había soltado del moño detrás de la oreja—. ¿Le gusta mucho esta sala, verdad? —la pregunta salió sin que pudiera evitarlo.

—¿A mí? —Frunció el ceño. No imaginé que mi pregunta tan simple le fuera a sorprender tanto.

—Las fotos. Es usted tocando.

—Ah. —De pronto su sonrisa y esa expresión socarrona desaparecieron por completo. *¿Qué fue lo que dije?*—. No soy yo.

—¿No?

Negó con la cabeza.

—Es mi hermano, Harold. Siempre fue el artista de la familia. Yo apenas puedo tocar un tambor, pero él tocaba el violín y el piano maravillosamente bien.

—¿Hermano? —Me giré hacia la estantería de discos, fingiendo volver a limpiar, para que no viera la expresión de sorpresa que me había tomado por completo. ¿Tenía un hermano gemelo o solo estaba bromeando?

—Sí. —El señor Clark tomó un portarretratos que estaba cerca de mi mano y se quedó observando la foto—. Mi hermano siempre fue muy talentoso. Yo, en cambio, me llevo mejor con los números y los negocios, además de estar completamente obsesionado con los autos. Siempre quise tener muchos y ahora no solo los tengo, también los vendo.

—Eso también suena increíble.

—Sí, tengo mis méritos. —Volvió a colocar el portarretratos en su lugar.

—¿Su hermano no viene mucho por aquí? Aún no lo he visto.

Me arrepentí de esa pregunta imprudente e idiota al instante, cuando sus ojos se llenaron de un brillo húmedo, conteniendo las lágrimas que su postura firme no le permitiría derramar.

—Harold y mi padre murieron hace menos de un mes.

Abrí los ojos, sintiéndome la persona más insensible del planeta.

—Perdón...

—Está bien. —Con disimulo, pasó el dorso de la mano por los ojos—. No tenías cómo saberlo.

—Aun así, no debería haber preguntado. Mis padres murieron cuando yo era muy chica. Mi abuela fue quien me crió. Murió hace menos de un año y todavía me cuesta recordarla sin que me entren ganas de llorar. La extraño muchísimo. Siento que es una ausencia que nunca se va del todo.

—Me dijeron que con el tiempo mejoraría.

Negué con la cabeza.

—Aprendemos a lidiar con la ausencia, pero el dolor no desaparece.

—Es bueno hablar con alguien que entiende. —Me sonrió, y esa vez me pareció la sonrisa más sincera que me había dado hasta ese momento. Una sonrisa genuina, sin dobles intenciones.

—Estaré aquí. —Me encogí de hombros, temiendo que haber dicho eso fuera un error.

—¡Harrison! —Escuché la voz de la señora Clark y volví a concentrarme en la limpieza. No quería que tuviera ninguna excusa para despedirme. Necesitaba mucho ese trabajo.

—Buen trabajo. —Me hizo un gesto con la mano antes de salir de la sala de música y dirigirse hacia el llamado de su madre.

Me quedé observando su espalda mientras se alejaba. Tenía los hombros anchos, un cuerpo bien definido, y solo de recordar esos ojos azules mirándome, se me erizaba la piel. Necesitaba controlar cualquier impulso que me hiciera sentirme atraída por ese hombre. Harrison Clark estaba a kilómetros de distancia de mis posibilidades amorosas, y además era mi jefe, el que pagaba mi salario. Era poco ético sentirme atraída por él, por más difícil que fuera contenerlo. Además, tenía presente la voz de la señora Paola en mi cabeza, advirtiéndome lo que hombres como él hacían con mujeres como yo. No podía arriesgar todo lo que estaba construyendo por una aventura. Y tampoco podía olvidar que yo estaba en ese país como inmigrante ilegal, sin papeles. Cualquier denuncia podría ponerme en serios problemas.



Diecinueve

—¡Harrison!

Seguí la voz de mi madre de mala gana y la encontré en su habitación. Estaba doblando las cosas de mi padre y guardándolas en cajas.

—¿Sí? —Me detuve con los brazos cruzados, apoyado en el marco de la puerta, solo observándola.

—Llegaste temprano.

—Sí. —Mi respuesta fue breve. No iba a contarle a mi madre el verdadero motivo por el que había vuelto antes a casa, pero prefería omitirlo antes que mentirle.

—¿Hay algo de tu padre que quieras quedarte?

—No. —Negué con la cabeza—. ¿Qué piensas hacer con sus cosas? ¿Guardarlas en el sótano o donarlas? No quiero que toques el cuarto de Harold. —Apreté los dientes, adoptando una postura más defensiva. Había muchos recuerdos en ese cuarto que aún no estaba preparado para perder.

—No lo voy a hacer. —Relajó los hombros mientras sacaba unos blazers del armario de mi padre y los ponía dentro de una caja, con perchas y todo—. Solo que no quiero estar viendo las cosas de tu padre todo el tiempo.

—Está bien. —Asentí, sin discutir. Ese era su derecho. Mi padre había muerto y no podía, ni quería, obligarla a revolver constantemente los fantasmas que la lastimaban. Era lo mejor para todos que dejara atrás el dolor y siguiera adelante—. Si encuentras esa pluma de oro que le regaló el abuelo, me gustaría guardarla.

—Está bien, querido. —Me sonrió mientras seguía acomodando las cosas.

Salí del cuarto y la dejé sola de nuevo, mi madre ni siquiera pareció notarlo. Al volver al pasillo, vi a Laura agachada, enjuagando un trapo. Ni aunque fuera un hombre educado habría podido evitar mirar. A pesar de ser delgada, tenía una trasero redondo que resaltaba bajo la falda del uniforme, mucho más grande que el de prácticamente todas las mujeres con las que me había acostado. Sus rasgos latinos hacían que destacara ante mis ojos. Me perdí unos segundos imaginando mis dedos recorriendo esas curvas, bajándole la falda… Tenía que admitirlo, David tenía razón: quería acostarme con esa mujer. Hacerlo una vez no le haría daño a nadie, al contrario, creo que podría ser muy placentero para los dos.

—¡Señor! —Volvió a sobresaltarse.

Todavía le costaba acostumbrarse a que la observara sin que se diera cuenta. Me quedé quieto en el pasillo y mi sonrisa se ensanchó. Me estaba gustando cada vez más esa situación. A diferencia de las mujeres que trabajaban para mí en la concesionaria, que sabían exactamente lo que quería de ellas cuando las miraba así, Laura era solo una ovejita asustada que no sabía cómo reaccionar ante un depredador. Pero no había problema, iba a atraparla poco a poco en mi red y, cuando se diera cuenta, ya la habría envuelto. Eso hacía el juego incluso un poco más divertido.

—¿Terminaste?

Asintió aún nerviosa. Sus ojos castaños seguían cada uno de mis movimientos, pero parecía incapaz de anticipar lo que haría a continuación.

—¿Necesitas que limpie algún lugar en especial antes de irme?

—No. ¿A dónde vas después de terminar tu turno aquí?

—¿Perdón? —Tragó saliva, sorprendida por mi pregunta.

—Eso, ¿a dónde vas?

—A casa... —Parecía dudosa de contármelo.

—¿Quieres que te lleve? Tengo que ir a *Miami Beac*h, podría dejarte de paso.

—No vivo en *Miami Beach*, señor.

—Pero imagino que un viaje hasta allí podría acortar el trayecto, ya que la parada de autobús más cercana a la mansión está a más de un kilómetro de distancia.

—Voy caminando. No hace falta que se moleste.

—En lo absoluto, no es molestia. Me encantaría que me acompañaras. Anda, guarda tus cosas y encuéntrame en el garaje.

—Señor, yo no...

—Ya te dije que no muerdo. —Le guiñé un ojo—. No tienes porqué preocuparte.

Laura bajó la mirada, completamente incómoda. Sus mejillas estaban rojas y apenas podía mirarme. Sin embargo, si algo sabía hacer bien era insistir. Siempre conseguía lo que quería, cuando lo quería. Me estaba interesando cada vez más en ella, y su resistencia solo alimentaba mis ganas.

—Señor, no creo que sea buena idea. Solo soy una empleada.

—Me gusta ser amable con mis empleadas. —Demasiado, a veces... guardé ese pensamiento para mí. No quería asustarla—. Te espero en el garaje. —Pasé junto a ella y seguí por el pasillo.

Conocía a las mujeres lo suficientemente bien como para saber que pocas resistirían ese tipo de invitación implícita.

Fui al garaje y caminé entre los autos hasta elegir mi Lamborghini Diablo azul oscuro. Era un coche que solo usaba en ocasiones especiales, pero que solía impresionar a las mujeres. Abrí la puerta vertical estilo tijera y me acomodé en el asiento. Mientras esperaba, puse una cinta en el estéreo. Estaba llena de canciones de Elvis Presley. Como a quien le gustaba mucho era a Harold, imaginé que él la había dejado ahí.

Después de unas cinco canciones, empecé a pensar que algo raro pasaba. Si ya había terminado de trabajar, solo tenía que recoger sus cosas y venir. Mi reloj marcaba casi las cinco de la tarde y empecé a sospechar que me había dejado plantado.

Salí del auto y fui a la cocina, donde encontré a la señora Johnson dándole instrucciones a la cocinera. Me detuve frente a ellas, haciendo que se fijaran en mí.

—¿Puedo ayudarle en algo, señor? —preguntó la señora Johnson, analizándome, aunque probablemente no logró descifrarme.

—La empleada nueva. ¿La vio por aquí?

—Ya se fue, señor. ¿Necesita algo? Puedo hacerlo por usted. —Empezó a levantarse de la silla, pero levanté la mano para detenerla.

—No es nada importante. Solo quería que limpiara algo en mi cuarto, pero puede esperar hasta mañana.

—¿Está seguro? Si quiere, lo hago yo.

—No. —Forcé una sonrisa antes de salir de la cocina. No iba a contarle a la ama de llaves de la casa, y principal aliada de mi madre, que pensaba llevar a la nueva empleada a casa con intenciones nada inocentes.

Volví al garaje y salí en el auto. La isla era pequeña, había un solo camino hacia la parada de autobús, así que no sería difícil encontrarla. Tal como lo imaginé, pronto la vi caminando por la calle, abrazada a una bolsita pequeña y distraída.

Toqué la bocina al estacionar junto a ella, y bajé el vidrio.

—Pocas mujeres rechazarían que las llevara, señorita.

—Probablemente esas mujeres no limpian el suelo que pisas.

—Eso no te hace menos que ellas.

—Muy pocos piensan así. —Se encogió de hombros y siguió caminando, dejando claro que intentaba ignorarme por completo.

Conduje despacio, siguiendo su ritmo. Laura no iba a escaparse tan fácilmente.

—Vamos, súbete. Te llevo a casa.

—Ya dije que no hace falta que se preocupe.

—Pero quiero preocuparme. —Saqué la cabeza por la ventanilla, obligándola a mirarme.

—Señor...

—Deja de llamarme señor y dime Harrison.

—Eso no es apropiado, señor...

—Déjame decidir lo que es o no apropiado.

—Prefiero irme sola.

Respiré hondo mientras apretaba el volante con fuerza. Esa mujer estaba resultando más difícil de convencer que las demás. Por lo general, bastaba una insinuación para que hicieran lo que yo quería, pero un poco de resistencia no venía mal.

Estacioné y salí del coche, caminando rápido hasta ponerme frente a ella y sorprenderla con mi movimiento.

—Laura, súbete, por favor.

—No puedo. —Negó con la cabeza.

—¿Por qué no? ¿Acaso estás casada? No veo ningún anillo ni alianza en tu mano.

—No, señor, no estoy casada. Ni tengo novio.

Mi sonrisa se ensanchó y ella retrocedió, tambaleante, al notar que acababa de cometer un error al decirme eso. Me había abierto una puerta difícil de cerrar.

—Entonces nada te impide aceptar mi oferta.

Recordé que había dicho que su padre había muerto cuando ella era muy joven, así que no debía haber ningún hombre dispuesto a armar un escándalo por vernos juntos.

—La decencia me lo impide.

Reí. No pude evitarlo, fue más fuerte que yo.

—Es solo un paseo, Laura. ¿Qué más crees que podría pasar?

—Sé muy bien lo que hombres como tú hacen con mujeres como yo.

—No sé qué estás imaginando, pero las cosas no son así. No soy un monstruo. Solo estoy tratando de ser amable.

—¿Y por qué querrías ser amable conmigo?

—Creo que ya te puse en aprietos algunas veces: apareciendo de sorpresa o dejándote incómoda.

—Me estás incomodando ahora. —Bajó la cabeza.

—No me la estás poniendo fácil. Por favor, déjame ser un caballero y llevarte. Ya está oscureciendo.

—Sabe que no es una buena idea, señor. —Negó con la cabeza. Aunque todavía era reticente, notaba que poco a poco iba cediendo ante tanta insistencia.

—No veo nada de malo en esto. Solo soy un hombre amable llevando a una mujer a casa. Se está haciendo tarde y me preocupa tu seguridad.

—Hay otras cosas que me preocupan más —murmuró. Y aunque su comentario iba dirigido a mí, lo ignoré como si no lo hubiera escuchado.

—Vamos. —Le extendí la mano en un gesto amigable—. Te prometo que en unos minutos estarás en casa.

Miró hacia mí y hacia el suelo varias veces hasta que terminó asintiendo. ¡Por fin! Ya me estaba imaginando que nos íbamos a quedar ahí parados por horas.

Rodeé el auto y le abrí la puerta del acompañante. Laura abrió los ojos al ver que se abría hacia arriba. Tenía razón, ese coche impresionaba. Esperé a que se pusiera el cinturón antes de subirme y tomar el volante.

—¿Dónde vives?

—En *Little Havana*.

—¿Con los inmigrantes?

—Eso es lo que soy —respondió con dureza. Tal vez mi comentario sonó más despectivo de lo que pretendía.

—Está bien. —Encendí el auto y puse primera.

—¿Dónde vas a dejarme en *Miami Beach*? —Laura seguía algo tensa, mirándome y mirando hacia afuera, probablemente asegurándose de que iba en la dirección correcta y no estaba llevándola a algún sitio para encerrarla.

Fue extraño verla actuar así. No era la reacción que solía provocar en las mujeres. Las que estaba acostumbrado a subir a mi auto ya estarían encima mío y, con algo de suerte, me estarían haciendo una mamada en el camino.

—No voy a dejarte en *Miami Beach*, voy a dejarte en tu casa.

—No hace falta, señor. —Se encogió sobre el asiento. Si hubiera podido, se habría metido dentro del tapizado.

—Ya te dije que lo hago porque quiero.

—Está bien. —Se quedó en silencio. Tal vez estaba rindiéndose finalmente ante mi magnetismo.

—¿De dónde eres, Laura? —Decidí sacar conversación—. Me refiero al país en el que naciste.

—Brasil.

—¿Cuándo llegaste aquí?

—Algunos días antes de empezar a trabajar en tu casa.

—¿Por qué decidiste dejar Brasil y venir aquí? Brasil parece un país bonito.

—Las cosas allá no están bien. La inflación es altísima y acabamos de salir de la dictadura. No sé cómo van a quedar las cosas. Vine buscando un nuevo comienzo, después de que falleció mi abuela. Quería un futuro diferente.

—¿Y crees que lo encontraste? —La miré, buscando el marrón de sus ojos. Estaba realmente interesado en su historia.

—Todavía no lo sé. Tal vez necesite más tiempo.

—Espero que lo encuentres.

Suspiró y miró por la ventana. Ojalá hubiera podido leer su mente para saber en qué pensaba. De repente, me descubrí a mí mismo con una curiosidad que no solía sentir.

—¿Llegaste aquí en avión o en barco?

—En barco... Quie... quiero decir en avión. No, fue en barco. —Tartamudeó, susurró y apenas logró mantener la voz firme. No era una buena mentirosa, y fue fácil ver en sus ojos el pánico que le provocó mi pregunta.

No era ningún idiota y enseguida entendí el motivo de su desesperación. Los inmigrantes ilegales llegaban todo el tiempo. Aunque cada vez ponían más restricciones para detenerlos, no eran suficientes para impedir que cruzaran. Conocía a muchos xenófobos, completamente en contra de esa migración, pero yo no le veía nada de malo. En general, los inmigrantes hacían trabajos que los nativos no querían, como limpiar casas, por ejemplo.

—¿Eres ilegal, Laura?

—¡No-no-no! —Empezó a mirar a todos lados, inquieta en el asiento. Por un momento pensé que iba a desabrocharse el cinturón y tirarse del auto en movimiento.

—Tranquila. —Detuve el auto junto a la vereda y me giré, tocándole la cara con ambas manos. La pobre estaba temblando—. No tienes porqué asustarte. Solo fue una pregunta. No soy de inmigración.

—Nadie puede saberlo. —Las lágrimas empezaron a correrle por la cara y me sentí horrible por haber tocado el tema.

—Puedes confiar en mí, no se lo voy a contar a nadie. —Le sonreí, esperando calmarla, y seguí acariciándole el rostro. Su piel era mucho más suave de lo que imaginaba, quería seguir tocándola con los dedos, tal vez incluso su boca...

—¿Por qué no? —sollozó, atragantándose con las lágrimas.

—No gano nada si inmigración te deporta. Al contrario, perdería a la mujer que limpia mi cuarto y me mira avergonzada cada vez que aparezco. Me gusta tenerte en mi casa y voy a hacer lo que sea para que sigas ahí.

—Gracias. —Se tragó las lágrimas y se alejó un poco, obligándome a soltarle la cara. Confieso que no me gustó, pero no tenía otra opción.

—De nada. —Le sequé una lágrima con la yema del pulgar—. Creo que soy yo quien debería agradecerte. Eres la primera persona que logró hacerme sonreír desde que murió mi hermano gemelo.

—Ni siquiera soy graciosa. —Se encogió de hombros.

—No es por ser graciosa. —Pasé la lengua por los labios y no sé si entendió o prefirió no seguir preguntando—. Eres hermosa, Laura. —Me incliné hacia ella, pero se apartó justo a tiempo, haciendo que terminara besando el aire. Era increíblemente escurridiza.

—Llévame a casa, por favor. —Me empujó para que volviera a mi asiento.

—Está bien. —Mis expectativas se derritieron como nieve bajo el sol. Iba a necesitar algo más que un auto lujoso y una sonrisa amable para que ella se entregara a mis deseos.

Encendí el motor y manejé hacia los suburbios. No solía ir por esa parte de la ciudad. Conocía el camino porque mi padre me había llevado una vez a resolver unos trámites legales hace años, pero en

un momento tuve que dejar que Laura me indicara cómo llegar hasta la casa donde vivía.

Ya era de noche y ese barrio no estaba tan bien iluminado como la zona residencial de *Miami*. Sin embargo, no era solo la luz lo que faltaba en ese lugar. Las calles estaban sucias, había muebles viejos abandonados en las esquinas y los contenedores de basura desbordaban. Los jardines, quienes los tenían, estaban descuidados, con el pasto seco en unos lados o crecido hasta la cintura en otros. La mayoría de las casas eran construcciones precarias, sin ninguna comodidad. La casa en la que vivía Laura no era diferente.

—¿Es aquí? —pregunté, con un nudo en la garganta.

—Sí. —Sonrió como si no viera aquel lugar de la misma forma que yo—. Gracias por traerme.

Laura abrió la puerta y le tomé la muñeca antes de que bajara. Se volvió hacia mí, intentando entender por qué hacía eso.

—Escucha. —Prolongué el contacto.

—¿Sí? —Sus ojos se clavaron en los míos.

—Tu secreto está a salvo conmigo.

—Gracias.

No tuve más remedio que soltarle la mano, y Laura se fue.

Vi a unos tipos con mala pinta acercándose al auto y supe que no podía quedarme ahí esperando que volviera a darme un beso. De todas formas, no parecía tener la menor intención de hacerlo.



Veinte

Entré a la casa de Paola con el corazón acelerado.

—¿Quién era ese del auto? —Valeria apareció frente a mí, y si hubiera tenido el corazón débil, me habría muerto del susto.

—¡Valeria, tranquila! —Me llevé una mano al pecho mientras intentaba recuperar el aliento.

—Estoy tranquila —Me arrastró hasta el sofá—, pero quiero saber quién era ese hombre en un auto caro y por qué te trajo hasta acá.

—Es el señor Clark. Solo quiso ser amable y me ofreció llevarme.

No hubo nada de amabilidad en lo que hizo Harrison, eso quedó claro cuando intentó besarme. Sin embargo, no sabía ni por dónde empezar a contarle la historia a Valeria, así que preferí callar.

—Los hombres ricos no le dan aventones a las empleadas por buena voluntad, Laura —dijo Valeria, entrecerrando los ojos con

desconfianza. Y yo, en su lugar, también lo habría hecho. No estaba diciendo nada improbable.

—No te hagas la cabeza con eso, Valeria. Solo fue un paseo.

Había otro detalle que recién en ese momento volví a recordar, y me estremecí. Harrison sabía que yo estaba en Estados Unidos de manera ilegal, y eso no ayudaba en absoluto a mi situación. Si me denunciaba a la policía, todo lo que había pasado no habría servido de nada.

Valeria negó con la cabeza. Probablemente sentía que le estaba ocultando algo, pero no insistió más. Tal vez esperaba que yo me sintiera lo suficientemente cómoda como para contárselo por mi cuenta.

—Ten cuidado con ese hombre, amiga.

—Voy a tenerlo. —Me levanté del sofá.

Estoy haciendo todo lo posible, pensé. Harrison era un hombre muy guapo y también muy insistente. No sorprendía que siempre consiguiera lo que quería. Qué había visto en mí, era difícil saberlo, pero ojalá dejara de jugar conmigo pronto y encontrara a alguien más interesante. No podía darme el lujo de que echara todo a perder.

—Cobré hoy. —Cambié de tema rápidamente—. Voy a guardar una parte para buscar otro lugar donde vivir y también haré una compra para la casa. ¿Qué te parece si vamos al mercado? Me encantaría comer brigadeiro.

—¿Qué? —Valeria frunció los ojos, sin reconocer el nombre del dulce.

—¿Brigadeiro? ¿Nunca lo probaste?

Negó con la cabeza.

—Imagino que es algo típico de Brasil.

—¡Sí! Es un dulce hecho con leche condensada y chocolate. Me encanta. A ti también te va a fascinar.

—¡Oye! Con tanta propaganda ahora me diste ganas de probarlo.

Le tomé la mano para llevarla al mercadito de la esquina, pero Valeria no se movió. Se quedó mirándome fijamente. Respiré hondo, temiendo que volviera al tema de Harrison. Soy una pésima mentirosa, seguro acabaría contándole todo lo que había pasado.

—Sobre lo de mudarte. Estuve hablando con mi tía y creemos que podrías quedarte aquí. Podemos cambiar mi cama por una litera y nos acomodamos. No queremos que te vayas, además sería muy peligroso que vivas sola. A menos que realmente quieras hacerlo.

—¡Gracias, Valeria! —La abracé—. Me encantaría quedarme. Ustedes ya se convirtieron en mi familia.

—Y tú también para nosotras. Vamos a comprar la litera en nuestro próximo día libre.

—¡Está bien! —Asentí con una sonrisa que no podía disimular.

—Ahora vamos por ese famoso brigadeiro.

—No creo que lo encontremos ya hecho en el supermercado, pero podemos prepararlo.

—¿Después de cenar? Estaba pensando en hacer chili.

—Te ayudo y después nos ponemos con el dulce. —Pasé el brazo por encima de sus hombros, contenta.

Valeria y yo nos habíamos conocido en circunstancias difíciles, pero nos habíamos acercado tanto que ella se volvió la hermana que nunca tuve. De alguna manera, ella y Paola estaban siendo lo mejor de este nuevo comienzo en otro país.



Veintiuno

No regresé a casa esa noche. Cuando me di cuenta, estaba estacionando frente al muelle principal de *Miami*. Cerré el auto y caminé hasta uno de los yates que casi siempre estaba anclado ahí.

Subí por la popa y escuché risas y música viniendo del interior. La entrada estaba abierta, así que empujé la puerta y entré en la pequeña sala. Encontré a David rodeado por tres mujeres. Daba la impresión de que estaba más ocupado en derramar champán sobre sí mismo que en beberlo.

—¡Harrison! —Alzó la copa y sonrió ampliamente al verme—. Chicas, mi mejor amigo llegó para la fiesta.

—¡Hola! —Una de ellas se levantó del sofá y se acercó a mí, tirando de mi corbata.

Solo llevaba un pequeño bikini negro, y era imposible no fijarse en sus curvas. Aun así, pese a estar semi desnuda, su trasero no me llamaba tanto la atención como el de Laura. ¿Por qué carajo estoy pensando en ella? Sacudí la cabeza, intentando borrar la imagen de la empleada con su uniforme rosa salmón de mi mente.

—¿Adivinaste que había fiesta hoy? —dijo David, riendo mientras llenaba una copa de champán para ofrecérmela.

—Era de esperarse, ya que la vida de mi mejor amigo es una jodida fiesta eterna. Hasta vive en un barco.

—Lo dice el tipo que tiene treinta y cuatro años y todavía vive con su mamá.

—Vivo en una maldita mansión. —Mostré los dientes, irritado con él.

—Yo tengo un departamento en Londres que está casi siempre cerrado. Supongo que cada uno vive como quiere. —Se encogió de hombros—. Pero dejemos de hablar de eso y disfrutemos de las chicas, ¿sí?

Lo miré de reojo antes de tomar la copa que me extendía. No me haría daño disfrutar un poco del momento, sobre todo porque mi intento con la empleada no había llegado a nada. Lo único que había conseguido era descubrir que estaba ilegal en el país y besar el aire.

—Ven aquí —le dije a la mujer mientras la tomaba por la cintura y me sentaba en el sofá, haciéndola subir sobre mí.

Ella lanzó su cabello rubio hacia atrás antes de desatar mi corbata y abrir algunos botones de mi camisa. Bebí un par de tragos de champán antes de dejar la copa sobre la mesa y tomarle el trasero con ambas manos.

—Ven al cuarto conmigo —susurró en mi oído.

—¿Ahora?

—Cuando tú quieras.

—Ahora suena perfecto.

Sonriendo, se levantó de mi regazo y pasó la corbata por detrás de mi cuello para traerme con ella. Ni siquiera habíamos llegado al cuarto y yo ya le había soltado el nudo de la parte superior del bikini.



Desperté con el sol entrando por la escotilla y una mujer desnuda acostada sobre mí. Los preservativos en el suelo me refrescaron la memoria. No era la primera, y tampoco sería la última vez que me acostaba con una desconocida.

—Hola, buenos días. —Abrió sus ojos azules y me miró con una sonrisa traviesa—. Parece que hay una parte de ti que ya está bien despierta. —Deslizó los dedos por mi abdomen hasta agarrarme el pene, que ya estaba duro, pero terminó poniéndose aún más rígido entre sus delgados dedos.

La mujer gateó sobre la cama hasta colocarse en posición para metérselo en la boca. Cerré los ojos cuando empezó a chuparme, cumpliendo con mi deseo más inmediato.

—¡Harrison! —David entró sin golpear y rechiné los dientes.

—¿Qué pasa? —Puse una mano sobre la cabeza de la mujer para que no se detuviera.

—Parece que estás ocupado. Hablamos después. —Soltó una risita y volvió a cerrar la puerta.



Salí del cuarto solo con mi camisa puesta. Encontré a mi mejor amigo tomando lo que parecía ser café negro, probablemente para curarse la resaca de la noche anterior. Por suerte era sábado y no tenía que preocuparme por ir a la concesionaria.

—Parece que te divertiste bastante con una de mis invitadas.

—Digamos que fue una noche agradable. —Me serví una taza de café y casi la escupí al primer trago. Estaba fuertísimo y completamente amargo, perfecto para una resaca, pero ni siquiera

había bebido tanto. Terminé tirando el líquido oscuro y amargo por el fregadero.

—Eres un aguafiestas. Me estaba preparando para un sexo de a cuatro y tú apareces aquí y te llevas a una de las chicas.

—Dos ya son más que suficiente, David.

—Nunca son demasiadas mujeres. Nunca. —Volvió a beber su café. Me sorprendió que no hiciera ni una mueca.

—Tú incluso quieres a las feas.

—Estoy hablando de mujeres, idiota. De las buenas que podemos tirarnos, no de las cargas que tenemos que soportar, como nuestras madres o hermanas.

—Ya que hablamos de sexo, tenías razón —admití, aunque sabía que iba a burlarse a mi costa.

—¿Razón? —Frunció los ojos, tratando de recordar algo que hubiera dicho, aunque seguramente se había olvidado de la charla que tuvimos sobre Laura.

—Quiero acostarme con la empleada. Tiene un culo que me pone caliente. Cada vez que la veo agachada limpiando algo, me dan unas ganas terribles de apretarlo.

—¡Lo sabía! —Soltó una carcajada—. Hablabas demasiado de ella como para no estar interesado. ¿Entonces por qué viniste a robarme a una de las mías en lugar de acostarte con la empleada?

—Porque es más escurridiza que un jabón mojado —bufé, molesto al recordar cómo se había zafado de cada una de mis insinuaciones. Al final, fui yo el que quedó más expuesto de lo que me hubiera gustado.

—No puedo creer que una mujer haya logrado esquivar tus garras. Y menos una simple empleada.

—Es solo cuestión de tiempo. —Me encogí de hombros. No me gustó ver a mi mejor amigo burlándose de mí de esa manera.

—Quiero ver cuánto dura esa resistencia. Me encantaría ver todo desde la primera fila.

—Esto no va a durar mucho, David. Siempre consigo lo que quiero. No va a ser una empleada quien se niegue a abrirme las piernas.

—Yo también lo creo. Pero que sería divertido si lo hiciera, sería.

—Nadie me dice que no.

—Tampoco hay razones para decirte que no. —La mujer con la que había pasado la noche se apoyó en mi hombro y mordisqueó mi oreja—. Volvamos a la cama. Te puedo hacer olvidar a cualquier otra.

¿Quién dijo que estaba pensando en Laura? La aparté con un movimiento de cabeza.

—Ahora no.

David se rió y me dieron ganas de romperle la cara. ¿Qué clase de amigo era ese que quería verme corriendo detrás de una mujer? No se lo iba a contar a nadie, ni siquiera a él, pero sí, iba a insistir más con ella. Laura no tenía ningún motivo para resistirse. Solo necesitaba ser un poco más convincente. Si ir directo no funcionó, tal vez tendría que fingir un poco de romanticismo.



Veintidós

Escuché que alguien golpeaba la puerta. Paola y Valeria estaban tan concentradas en la repetición de la novela en aquella pequeña televisión improvisada, que ni siquiera notaron el ruido.

—¡Voy yo! —Me levanté del sofá y fui hacia la puerta. Ellas ni parpadearon. Estaban desesperadas por saber si Guillermino iba a confesarle su secreto a Antonieta.

Abrí la puerta y me encontré con un repartidor. Era un hombre delgado, con una gorra verde y una camisa con el nombre "Bob" bordado. Como si no bastara con parecer raro, también tenía nombre de perro. Contuve la risa. No quería incomodarlo.

—¿En qué puedo ayudarte?

—Tengo una entrega para la señorita Laura.

—¿Para mí? —Fue imposible ocultar la sorpresa en mi rostro. No estaba esperando nada. ¿Será que mi tío me estaba enviando algo desde Brasil sin avisarme? Por más improbable que fuera, fue lo único que se me ocurrió.

—¿Eres la única Laura que vive en esta casa?

Asentí con la cabeza.

—Entonces es para ti. —Me extendió una planilla—. Firma aquí, por favor.

—Voy a buscar una lapicera.

—Aquí tienes una. —La sacó de detrás de la oreja, donde la tenía colgada como si fuera un accesorio, y me la ofreció.

Puse cara de disgusto, pero la tomé igual y firmé lo más rápido posible antes de devolvérsela junto con la planilla.

—Aquí está —dijo mientras sacaba del furgón una orquídea morada y una caja de bombones en forma de corazón.

Abrí los ojos como platos al recibir aquello. Definitivamente, no era algo que mi tío me habría mandado. Volví a entrar a la casa con cierta desconfianza y lo puse todo sobre la pequeña mesa.

—¿Qué es eso? —Valeria apareció de la nada y me dio un susto de muerte. Por poco no se me sale el corazón por la boca al ver que estaba detrás de mí.

—No lo sé.

—Flores y chocolate —dijo mientras me sacaba la caja de bombones de las manos.

Había una pequeña nota, y ella fue más rápida en leerla que yo. Solo había una persona con los medios y la posibilidad de enviarme flores, por más improbable que fuera.

—Mi boca sobre la tuya va a ser aún más dulce —leyó Valeria en voz alta, y yo quise cavar un agujero bajo mis pies que me llevara de vuelta a Brasil del bochorno que sentí.

¿Cómo se atrevía a escribir algo así? ¿Será que no se le cruzó por la cabeza que otra persona podía leerlo además de mí?

—Dame eso. —Le quité la nota sin saber cómo reaccionar. No podía culparla por tener curiosidad. Yo en su lugar también querría saber.

—Esto lo mandó el tipo que te trajo ayer, ¿no?

Asentí. No tenía cómo negarlo. Era una pésima mentirosa. Si intentaba hacerlo, iba a terminar metiendo la pata tarde o temprano.

—Dijiste que solo te dio un aventón.

—Y fue solo eso.

—¿Qué pasó entre ustedes?

—Nada. —Era cierto, al menos en parte—. Bueno, él sabe que soy ilegal y trató de besarme cuando me dejó en la puerta, pero eso fue todo.

—¿Solo eso? —Valeria dejó la caja sobre la mesa y se frotó las sienes.

Desde que estábamos viviendo ahí, no la había visto tan preocupada. La angustia en su rostro era real, y al principio me pareció un poco exagerada. Solo era un tipo que había intentado besarme.

—Es muy peligroso que otras personas sepan que estamos aquí ilegalmente. Una simple llamada a la policía puede mandarnos de regreso a casa, o peor, hacernos terminar en la cárcel.

—No supe cómo ocultarlo. —Tragué saliva, sintiendo de golpe el verdadero peso de su preocupación. Viviendo con ellas, no estaba poniendo en riesgo solo mi vida. Si la policía de inmigración venía por mí, las tres terminaríamos presas, porque tampoco ellas tenían papeles para quedarse en Estados Unidos.

—Tienes que aprender a ocultarlo mejor —dijo Valeria, mirándome con seriedad.

—Lo sé. —Bajé la cabeza, sintiéndome terriblemente culpable por aquella situación tan incómoda.

—¿Qué pasa aquí? —Paola, por fin, dejó la novela y vino hasta donde estábamos Valeria y yo.

—Parece que Laura tiene un admirador —dijo Valeria, señalando con el mentón la flor y los bombones. Bromeó con el

asunto, pero no le mencionó a su tía que mi jefe sabía que era inmigrante ilegal.

—No es nada, solo mi jefe tratando de ser amable.

—¿Amable? —Paola tomó el maldito papelito y se quedó boquiabierta—. Eso no es amabilidad, es una vulgaridad. En mis tiempos, la gente no coqueteaba así. Es obsceno.

—Tranquila, tía. Las cosas ahora son un poco distintas.

—¿Distintas? ¡No! —Cruzó los brazos después de devolver la nota a la mesa—. La gente perdió el respeto y los buenos modales, eso es lo que pasa. Ya te lo advertí, niña. Ten mucho cuidado con ese hombre. Personas como él solo quieren aprovecharse de mujeres como tú. Te usan y después te desechan, como si no valieras nada.

—No voy a involucrarme con él, doña Paola.

—Pues estas cosas que mandó me parecen bastante involucradas.

—Ey, tía, tranquila —dijo Valeria, poniéndole una mano sobre el hombro—. Laura no le pidió que mandara nada, ni puede impedirle que lo haga. Si ella dice que no se está involucrando, es porque no lo está haciendo.

—Escucha, niña —dijo, tomándome las manos y sonriéndome con ternura. Por un instante sentí que estaba cerca de mi abuelita otra vez—. Te quiero como si fueras mi sobrina también. Te voy a dar un consejo de corazón. Busca otro trabajo. Eres joven y bonita, vas a encontrar algo más. Estar cerca de ese hombre no te va a hacer bien. Ese tipo de gente es como un depredador: cazan, devoran y destruyen. No quiero verte destruida por un hombre así.

—Gracias por el consejo, doña Paola. —Le sonreí, reconociendo que detrás de su enojo por los regalos, lo único que había era un intento de protegerme.

—De nada, niña. —Acarició mi cabello y me dio un beso en la frente.



Me recosté en el sofá esa noche sin poder cerrar los ojos para dormir. Por más que el acolchado fuera incómodo y me doliera la espalda por la limpieza, no era ese dolor físico lo que más me molestaba.

Terminé sentándome y encendí la luz del living, parpadeando varias veces hasta que mis ojos se acostumbraron. Abrí un cajón del mueble y saqué papel y una lapicera que había guardado ahí. Empecé a escribir una carta que nunca enviaría. Probablemente la quemaría después, con la esperanza de que esa energía llegara al cielo y así mi abuela pudiera leerla.

Querida abuela:

Estoy en Estados Unidos, seguí tu consejo y lo dejé todo para venir hasta acá. Pero las cosas están siendo mucho más difíciles de lo que imaginé. Estoy trabajando mucho y el sueldo no es de los mejores, aunque sirve para ayudar a Paola con la casa.

Ah, sí. Casi olvido decirte que, en el terrible trayecto hasta llegar aquí, terminé conociendo a Valeria. Se volvió una gran amiga. Me gusta pensar que fuiste tú quien la puso en mi camino. ¡Gracias! Sería imposible sobrevivir a todo esto estando sola. Cuando estoy con ellas, siento que de alguna forma estás cuidando de mí.

Estoy trabajando en la casa de una familia con mucho dinero, como empleada doméstica, y Harrison… Sí, ya sé que no debería llamarlo por su nombre, pero a veces él insiste. No entiendo cómo un hombre como él puede tener algún tipo de interés en mí. Paola dice que solo quiere divertirse, y seguramente tiene razón, pero aun así, ¿por qué perdería su tiempo conmigo? Seguramente tiene una fila enorme de mujeres deseando una oportunidad. Debería entretenerse con ellas y dejar de perseguirme.

No te enojes conmigo, pero confieso que resistirme a él no es nada fácil. Es el hombre más guapo con el que alguna vez me crucé. Deja en ridículo a la mitad, si no a todos, los modelos que me hacían suspirar en las revistas. Ninguno de mis exnovios se le acerca.

Creo que el consejo de doña Paola fue el más acertado. Necesito buscar otro trabajo, alejarme del campo magnético de ese hombre y de sus intentos por impresionarme. Como si no bastara con una sola de sus sonrisas para hacerme derretir.

—¿Laura? —Valeria apareció en la sala y yo guardé la carta con apuro. No quería que nadie supiera lo difícil que era para mí resistir la tentación.

—¿Sí?

—¿No puedes dormir?

—Solo estaba escribiendo algunas cosas. Nada importante.

—¿Una carta para tu tío?

—No. Una carta para mi abuela. No sé, a veces siento que, incluso desde el cielo, puede leerme y entenderme.

—Te entiendo. Me contaste lo importante que fue para ti. Nunca es fácil perder a alguien así.

—Sí… —Bajé la cabeza, sin saber qué responder.

—¿Qué te parece si comemos ese chocolate que te regalaron? Quiero saber si la boca de ese hombre es tan buena como dice o si compró chocolate barato.

Estallé en carcajadas con su comentario.

—Solo hay una forma de averiguarlo —dije mientras la seguía hasta la cocina.



Veintitrés

—¿Dónde estabas, hijo? —preguntó mi madre en cuanto puse un pie en la sala de la casa.

—Por ahí.

—¿Cómo que "por ahí"? No sigas actuando como si fueras un adolescente.

—Y no me hagas preguntas como si lo fuera. Soy un adulto y tengo todo el derecho de pasar la noche fuera.

—Solo me preocupaba por ti —respondió, echándose hacia atrás en el respaldo del sofá, sorprendida por lo áspero de mi respuesta—. Siempre me voy a preocupar por ti, hijo. ¿Estabas con alguna mujer?

—Sí.

—¿Alguien a quien debería conocer?

—Para nada. —Solté una carcajada.

—Extraño tener niños en esta casa. Tú y Harold crecieron tan rápido que ahora esta casa se siente enorme y vacía.

La dejé en la sala sin responder y me fui directo a mi cuarto. Estaba seguro de que, una vez que el duelo pasara, cambiaría de idea respecto a conocer a alguna de las mujeres con las que me involucraba. Mi madre siempre fue sobreprotectora y demasiado celosa; vernos con alguien, incluso si era solo una novia, siempre la incomodaba.

Entré al cuarto y me dirigí al baño, abriendo la llave del agua caliente para llenar la bañera. Mientras se llenaba, me quité el traje y lo dejé sobre la cama.

Había enviado chocolate y flores a Laura, y estaba ansioso por saber su reacción. Pensé en llamarla, pero era poco probable que en la casa donde vivía hubiera teléfono. No era algo accesible. Un celular era aún más difícil. Cuando compré el mío, me costó alrededor de tres mil dólares, diez veces más de lo que Laura y las demás trabajadoras ganaban en un mes.

Tendría que esperar hasta el lunes para verla. No quería volver a ese barrio y correr el riesgo de que me robaran.

Entré en el agua caliente y dejé que relajara mis músculos. Tal vez no debería estar gastando tanta energía en una simple trabajadora, que encima estaba en mi país como inmigrante ilegal, pero no me gustaba la idea de no conseguir algo con ella. Laura podía estar resistiéndose más que otras mujeres, pero ese hielo iba a derretirse rápido con un poco de lujo y encanto.



El lunes por la mañana me preparé para ir a trabajar y esperé a que ella llegara. Desde el día que me despertó sin querer, Laura siempre dejaba mi cuarto para el final. Lo cual era una pena, porque prefería mil veces su presencia que la alarma.

Escuché un ruido en el pasillo y salí del cuarto. La encontré cargando algunos baldes y un trapeador.

—¿Señor? —Abrió los ojos marrones, sorprendida al verme, y se puso pálida de inmediato.

—Buenos días, Laura.

—Buenos días. —Noté que intentaba mantener la compostura, pero seguía claramente incómoda.

—¿Qué te pareció el chocolate?

—He probado mejores. —Infló el pecho con aire de indiferencia, y eso me hizo reír. Se estaba esforzando demasiado por mantenerme a raya, y yo no entendía por qué.

—¿Ah, sí? ¿Y cuántos has probado? —Ella dio un paso atrás al notar que ya no hablaba del chocolate.

—Eso no tiene relevancia para mi trabajo, señor —respondió bajando la cabeza, volviendo a adoptar una postura defensiva.

—No, pero me da mucha curiosidad. ¿Has tenido novio, Laura?

—Sí. Me pidió matrimonio, pero terminé rechazándolo para cuidar de mi abuela.

—¿No quiso esperar?

Negó con la cabeza y tragó saliva. Me di cuenta de que había tocado un tema muy delicado.

—Encontró a otra y se casó meses después.

—Es un idiota.

—Supongo que no valía la pena esperar por mí. —Se encogió de hombros, fingiendo que ya no le afectaba, pero estaba visiblemente afectada.

Acorté la distancia entre nosotros y le quité lo que estaba cargando, dejándolo en el suelo. Acaricié su rostro y Laura retrocedió hasta que su espalda chocó con la pared del pasillo. Ya no tenía a dónde ir. Observé los rasgos de su cara, sus ojos marrones, abiertos y llenos de duda, su boca roja y la respiración agitada.

Aunque su cabello estuviera recogido y el uniforme de limpieza no la favoreciera, era muy hermosa. Me imaginé cómo se vería arreglada.

—Laura, sal conmigo esta noche.

—¿Eh? —Parecía confundida por la invitación.

—Más tarde. Quiero llevarte a dar un paseo.

—No puedo —dijo, girando la cabeza, pero tomé su mejilla con la palma de la mano para que no apartara la mirada de la mía.

—¿No puedes o no quieres?

—Ambas…

—Me dijiste que tu prometido te cambió por otra mujer. No hay nada que te impida hacerlo.

—Hay muchas cosas que me lo impiden, señor. Para empezar, soy la empleada que limpia su casa.

—No me importa eso.

—Debería importarte. —Puso la mano sobre mi pecho, intentando empujarme, pero no tenía fuerza suficiente para hacerlo.

—Tú me deseas, Laura. —Incliné la cabeza hacia la suya.

—No, no te deseo. —Intentó negar con la cabeza, pero aún sostenía su rostro.

—Sí que me deseas.

—¡Que no!

Bajé más la cabeza y rocé mis labios con los suyos. Eran dulces, inocentes, y temblaban. No solía robar besos, pero en ese momento ya no aguantaba más. Laura estaba siendo increíblemente escurridiza. Presioné la lengua contra la unión de sus labios al mismo tiempo que la rodeé con los brazos y la atraje hacia mi pecho. Tal vez era por toda la espera y el juego, pero el beso se fue volviendo cada vez mejor. Sus labios eran suaves, dulces, y quería más, mucho más de su boca. Probablemente no solo eso, pensé al sentir sus senos presionarse contra mi torso.

La apreté más contra la pared y deslicé mi boca hasta la base de su cuello, para recuperar el aliento, y la sentí estremecerse en mis brazos. Pasé la barba por su garganta antes de morder suavemente su piel, dejando una pequeña marca que pronto desaparecería.

—¡Para! —Me empujó y me aparté, no por su fuerza, sino porque pensé que tal vez me había pasado y la lastimé.

Solo me di cuenta de la bofetada cuando estalló contra mi cara. Había provocado muchas reacciones en mujeres, pero nunca una me había abofeteado, y mucho menos después de un beso como ese.

—¿Por qué hiciste eso? —Sonreí, intentando que no se notara lo afectado que me había dejado.

—¿Te volviste loco?

—¿Vas a decirme que no te gustó el beso?

—¡No! No me gustó. ¿Perdiste la noción del respeto? —Recogió rápidamente el material de limpieza del suelo y corrió hacia la habitación de mi madre, cerrando la puerta.

No había forma de que se encerrara ahí dentro, pero un destello de sentido común me detuvo. No era prudente seguirla. El ardor en mi mejilla me recordaba la bofetada, lo que solo aumentaba mi desconcierto. A las mujeres les encantaba besarme. ¿Por qué Laura actuaba así?

Estaba confundido, no lograba entender por qué se resistía tanto. Si no tenía ningún compromiso con nadie, no había razón para que me dijera que no.



Veinticuatro

Me apoyé en la puerta, jadeando. Sentía el corazón golpear tan fuerte en mi pecho que temía que en cualquier momento se me saliera. Estaba demasiado en shock como para tener la certeza de que eso había sido real. El señor Clark, Harrison Clark, acababa de besarme en el pasillo de su propia mansión. ¿Por qué un hombre como él estaba tan empeñado en hacerme esto? En volverme loca…

Doña Paola tenía razón, necesitaba alejarme de él, por mi propio bien y por mi salud mental. El maldito me dio un beso tan bueno como el chocolate que me había enviado. Necesitaba otro trabajo y lo necesitaba urgente, porque no iba a poder resistirme a él por mucho tiempo. Cuando Harrison se acercaba de esa forma, mi cuerpo traicionaba la lógica y solo quería lanzarse a sus brazos.

Fui al baño de la señora y me lavé la cara con agua fría, tratando de controlar ese torbellino de emociones. Nunca había vivido una situación así, en la que mi mente me decía una cosa y mi cuerpo otra. ¿Cómo podía alguien despertar tanto deseo? No le

bastaba con ser increíblemente guapo, también tenía que perseguirme de esa manera.

—¿Señorita Vieira, está todo bien?

Me llevé un susto y sentí que el corazón casi se me paraba cuando me di cuenta de que la señora Clark estaba parada detrás de mí. ¿Había visto a su hijo besarme? Esperaba que no, porque mi situación en esa casa podría volverse aún peor.

—Sí. —Me giré hacia ella con una sonrisa forzada, respirando lentamente para no parecer alterada—. Iba a limpiar su baño ahora. ¿Necesita usar la habitación? ¿Quiere que limpie otro cuarto y vuelva más tarde?

—No, puedes quedarte. Solo vine a buscar una cosa. —Abrió el armario del baño y sacó algo que no llegué a ver. Tampoco me esforcé por mirar, no quería parecer metida—. Puedes seguir limpiando.

—Gracias, señora.

—¿Ocurrió algo? —Se acercó más y me miró con atención—. Te ves pálida.

—No. Estoy bien. ¿Hay algo que pueda hacer por usted?

—Solo termina de limpiar pronto.

—Sí, señora.

Salió de la habitación y traté de olvidarme de lo que había pasado con su hijo para concentrarme en la limpieza. Necesitaba ese dinero con urgencia. Hasta que no consiguiera otro empleo, no podía darme el lujo de que me despidieran.



Por suerte, no volví a cruzarme con Harrison ese día, y era lo mejor. Mi cordura ya estaba bastante afectada después del beso que

me había dado. No sabría cómo reaccionar si lo volvía a ver.

Salí del trabajo y no volví a la casa de Paola. En cambio, caminé por los barrios y los restaurantes cerca de la playa, mientras todavía quedaba algo de sol en el cielo. Necesitaba encontrar otro empleo lo más rápido posible. No sabía cuánto tiempo más iba a poder mantener la cordura estando a merced de ese hombre.

Ya era casi el vigésimo bar al que entraba y empezaba a perder las esperanzas. Estaba agotada, con dolor de cabeza y los pies doloridos, desesperada por volver a casa. La esperanza se me había ido apagando en el camino, y de a poco iba resignándome a la idea de que tendría que aprender a contener al señor Clark mientras hacía lo posible por conservar ese trabajo.

—¿Hola? —Me acerqué al mostrador de la caja.

El hombre que estaba usando una calculadora levantó la cabeza y me miró. Parecía tener entre cuarenta y cincuenta años, y me dedicó una sonrisa amable, a pesar de que yo estaba sudada y sin aliento de tanto caminar.

—¿En qué puedo ayudarte, señorita?

—Estoy buscando trabajo. Puedo servir mesas o ayudar en la cocina. Soy muy dedicada y aprendo rápido. Hablo inglés, español y portugués. No tengo problema con el trabajo pesado.

—Parece que hoy es tu día de suerte. —Su sonrisa se amplió —. Una de nuestras meseras se mudó y justo estábamos buscando a alguien para reemplazarla. Iba a poner un cartel en la vidriera hoy. —Levantó el cartel escrito con marcador negro: "Se busca mesera"—. ¿Qué te parece si trabajas hoy como prueba? Si todo va bien, el puesto es tuyo.

—¡Gracias! —Le sonreí con entusiasmo.

Estaba agotada, me dolía la espalda y los brazos, pero esa era mi mejor oportunidad para alejarme de la persecución de Harrison Clark. Si no vivía bajo su techo, probablemente se olvidaría de mí muy rápido.

—Te agradezco muchísimo la oportunidad. —Le sonreí antes de ponerme el delantal que me entregó.

Tomé una libreta para anotar los pedidos y fui a atender a una pareja que acababa de entrar por las puertas de madera del bar.

—Acompáñenme, por favor. —Les sonreí lo mejor que pude y los guié hasta una mesa vacía.

Tomé un menú del mostrador y se los entregué. Esperé a que hicieran su pedido y lo llevé a la pequeña ventana de la cocina para entregarlo.

Cuando estuvo listo, lo llevé a su mesa.

Al final de la noche, había atendido a unas veinte personas. Todos se fueron contentos y me dejaron buenas propinas. Fue más de lo que ganaba en un día trabajando en la mansión. En el fondo, no había sido tan mala idea buscar otro empleo.

—Bien hecho, muchacha —me dijo el dueño del bar con una sonrisa, justo cuando terminé de limpiar una mesa—. El trabajo es tuyo.

—¡Gracias! —Estaba tan cansada, con el cuerpo entero dolorido, que apenas si podía celebrar.

—Tu turno empieza mañana a las cinco de la tarde y termina a la medianoche. Preséntate puntual. Vas a ganar dos dólares por hora, más las propinas de tus mesas.

—¡Muchísimas gracias! Voy a estar aquí.

Salí del bar aliviada. Tenía un nuevo trabajo y me alejaba del radar de Harrison Clark.

Caminé unos minutos hasta la parada del autobús y tuve que correr, porque ya estaba subiendo una pasajera. Cuando subí, me senté en el fondo y respiré tranquila por estar finalmente camino a casa.



—¿Dónde estabas? —Valeria me recibió con los ojos abiertos como platos y el pelo desordenado cuando llegué. Ya era más de la una de la madrugada. Me sorprendió verla despierta—. Casi me da un infarto pensando que te había pasado algo.

—Estoy bien. Y tengo buenas noticias. Conseguí trabajo en un bar. Me demoré porque ya trabajé ahí esta noche.

—Eso explica tu cara. Parece que te pasó un camión por encima. —Negó con la cabeza al verme.

—Valió la pena.

—No digo que no, solo que estás hecha polvo. ¿No era mejor tomarte tu tiempo y buscar algo con más calma? Además, ya tenías un trabajo.

—Tú y Paola tenían razón, necesito alejarme de Harrison. Conseguir otro empleo era fundamental para eso.

—¿Qué pasó? —Me tomó las manos y me llevó al cuarto. Me acomodé en la cama de abajo de la litera antes de contarle lo que había pasado.

—Me besó. —Me apoyé en un almohadón.

—¿Cómo? —Valeria se quedó con la boca abierta—. ¿Tú lo dejaste?

—¡No! Me agarró y me besó en el pasillo cuando iba a limpiar una de las habitaciones. Parecía decidido a convencerme de algo.

—¿De qué? —Frunció el ceño.

—No tengo idea. Si pudiera leerle la mente, lo primero que querría saber es por qué está haciendo eso conmigo.

—¿Y su beso es tan bueno como el chocolate? —me pinchó.

—¡Valeria!

—Tenía curiosidad. —Se encogió de hombros.

—Sí, el beso fue bueno. —Me tapé la cara con las manos, avergonzada—. No deberíamos estar hablando de esto.

—Pero es la mejor parte.

—La mejor parte es que ya me libré de él. No tengo ni idea de lo que ese hombre quiere conmigo y, honestamente, prefiero no saberlo.

—Hiciste bien. —Acarició mi hombro con una sonrisa de hermana—. Al menos averiguaste a qué saben esos besos.

—Sin querer, pero sí —suspiré—. Ahora voy a trabajar de noche en el bar, pero las cosas van a estar más tranquilas.

—Sí. Ve a darte un baño y descansa. Pareces muy agotada.

—No solo lo parezco —bufé.

—Entonces ve ya. —Me dio unas palmaditas en el hombro.

—Gracias, Valeria.

Me levanté de la cama y fui al baño.

A la mañana siguiente, me levanté bien temprano, fui a un teléfono público y llamé a la señora Johnson para avisarle que, lamentablemente, no iba a poder seguir trabajando con ellos. Habían surgido imprevistos y tuve que mudarme. Obviamente no mencioné que su patrón me estaba acosando como un cazador. No le agradó para nada mi falta de compromiso, y seguramente ya no tendría las puertas abiertas si alguna vez quería volver. Pero en ese momento, era lo mejor que podía hacer. Necesitaba mantenerme lejos de problemas, y Harrison era exactamente eso.



Veinticinco

Tuve asuntos que resolver en la concesionaria que me consumieron tiempo y energía. Los contratos de importación siempre eran burocráticos, pero dependía de ellos: la mayoría de los autos que comercializaba venían de Europa.

Llegué tarde a casa y Laura ya se había ido. Aún trataba de entender por qué me rechazaba de esa manera. Era una mujer sencilla, de origen humilde, y aun así hacía hasta lo imposible por resistirse a mis intentos de acercamiento. *¿Por qué?* Era posible que estuviera cayendo en una trampa, pero cuanto más ella decía que no, más la deseaba. Estaba ansioso por quitarle la ropa y oírla gemir mi nombre mientras teníamos sexo hasta quedar exhaustos.

Salí al pasillo por la mañana a buscarla. No se iba a librar tan fácilmente de mí. Sin embargo, no la encontré. No estaba en ninguno de los cuartos del piso superior, ni siquiera en el de mi hermano, que siempre permanecía cerrado y cuya única llave la tenía yo. Después de una búsqueda rápida, empecé a pensar que la señora Johnson la habría enviado a limpiar otro lugar.

Fui a la sala y la encontré conversando con mi madre. Hablaban sobre el menú de una reunión que ella tendría con sus amigas el fin de semana, pero se callaron apenas me vieron acercarme.

—¿Dónde está Laura? —Crucé los brazos con el ceño fruncido.

—¿Quién? —Mi madre pareció no relacionar el nombre con la empleada, o simplemente se hizo la desentendida para que no notara nada.

—¿La empleada de limpieza? —preguntó la señora Johnson, sorprendida por mi pregunta—. ¿Rompió algo en su cuarto o le robó alguna cosa, señor?

—¿Qué? —Di un paso atrás, desconcertado. ¿De dónde había sacado eso?—. ¡Claro que no! Solo quería saber dónde está. No la vi.

—Ella renunció esta mañana, señor.

—¿Cómo?! —gruñí, mostrando los dientes. No hice ningún esfuerzo por ocultar lo furioso que estaba—. Mamá, te dejé bien claro que no debías despedir a esa muchacha.

—Yo no tengo nada que ver con eso —respondió con una indiferencia tan natural que era difícil no creerle.

—¿Qué pasó, señora Johnson?

—Señor, llamó por la mañana y dijo que no volvería a trabajar. Dio unas explicaciones confusas y dijo que era por un asunto personal. Me pareció una gran falta de compromiso. Ya no hay empleados como los de antes —bufó.

—Mamá, ¿hiciste algo para que quisiera irse?

—¡No! Ni me acerqué a tu empleadita. —Puso los ojos en blanco, llena de sarcasmo—. Te dije que deberíamos haber contratado a otra. Esas muchachitas bonitas no tienen ninguna responsabilidad.

Si no era por culpa de mi madre, solo me quedaba aceptar que Laura se había ido para alejarse de mí. Ninguna mujer huía de mí

así. Normalmente eran ellas quienes venían hacia mí, no al revés. Podría olvidarme de ella y divertirme con todas las otras mujeres que tenía a mi alcance, pero quería a esa, porque ninguna había resistido a mis encantos hasta ahora, y no iba a dejar que una simple empleada fuera la primera.

—Harrison, ¿podrías...?

—No. Me voy —ni siquiera la dejé terminar la frase.

Laura podía haber renunciado para huir de mí, pero yo sabía dónde vivía. No iba a ser tan fácil esconderse.



Veintiséis

—Hiciste muy bien en salir de esa casa —dijo doña Paola mientras colgaba una camisa en el tendedero. Yo le alcanzaba los broches.

—Yo también lo creo.

Le había contado a doña Paola que había conseguido un nuevo empleo, pero no le mencioné que Harrison me había besado. Me sentía avergonzada y temía su reacción. Como ya había puesto fin a ese asunto al dejar de trabajar en su casa, no me parecía algo tan relevante.

—¿Ese bar queda muy lejos?

—Un poco. Está en la zona de la playa, cerca de los hoteles turísticos. Ayer recibí buenas propinas. Si sigue así, puedo ganar el doble de lo que ganaba como empleada doméstica, quizá más.

—Eso es muy bueno, niña. No dejes de ahorrar. Siempre es importante tener una reserva para emergencias.

—Lo haré.

—Muy bien.

Vi cómo la expresión de doña Paola cambiaba de amabilidad a sorpresa. Me di cuenta de que estaba mirando fijamente algo detrás de mí, así que me giré para ver qué la había dejado tan impresionada. Fue justo cuando vi a Harrison bajarse de un auto azul eléctrico de lujo. No sabía nada de autos, no tenía idea de la marca pero se notaba que era carísimo.

Harrison llevaba gafas oscuras y un traje negro, pero aun así era imposible no reconocerlo. Su presencia tenía una marca inconfundible.

—Laura —dijo mientras se quitaba los lentes y me sonreía con todo su encanto. Era muy difícil no derretirse con esa sonrisa luminosa y sus ojos azules.

—Harrison... —su nombre se atascó en mi garganta como si hubiera tragado algo lleno de espinas.

—Qué bueno que sabía tu dirección. —Se pasó la mano por el cabello negro, echándose el flequillo hacia atrás. No sabía si era un gesto natural o si lo hacía para impresionarme. Fuera lo que fuera, era difícil no suspirar. Era seductor y sabía cómo aprovecharlo.

—¿Qué haces aquí, muchacho? —preguntó Paola, poniéndose las manos en la cintura. Como yo estaba paralizada y sin palabras, ella tomó la iniciativa por mí.

—Vine a ver a Laura y a saber por qué dejó de trabajar en mi casa.

—Consiguió un trabajo mejor.

—Imagino que no fue por eso.

—Pues sí lo fue. —Me animé a hablar. Odiaba lo mucho que me sentía oprimida frente a él—. Ahora recibo propinas.

—Si el problema es el dinero, puedo triplicarte el salario.

—No quiero que me pagues más —gruñí.

—¿Ves? No es por el dinero. —Rió, y yo apreté los dientes de la rabia. Había destrozado mi argumento en segundos.

—No, no lo es —admití, con la esperanza de ganar la guerra aunque él hubiera ganado esa batalla.

—Entonces vuelve a trabajar en mi casa.

—No.

—Ella no está interesada. ¡Vete! —Paola se plantó frente a él, sacando pecho para interponerse entre los dos.

—Señora, con todo respeto, quiero hablar con Laura. Ella ya es lo suficientemente grande para tomar sus propias decisiones.

—Estás en mi casa, y aquí me respetas. —Le mostró los dientes como un perro dispuesto a atacar.

—Estamos afuera —respondió Harrison con tono burlón. No sabía el lío en el que se estaba metiendo.

—¡Lárgate! —Paola señaló su coche.

—No sin hablar con Laura antes.

—¿Harrison? —Lo miré sin entender qué pasaba.

Yo no era una experta en hombres, pero nunca había visto a uno tan empeñado en llamar mi atención como él.

—¿Hay algún problema, doña Paola? —preguntó uno de los tipos de aspecto peligroso que estaba al otro lado de la calle. Cruzó la vereda y se acercó.

Paola miró a Harrison y luego al vecino.

—No te preocupes, Julián. Este muchacho ya se va.

—¡No me voy a ningún lado! —Harrison plantó los pies en el suelo y cruzó los brazos como un niño caprichoso. Me dieron ganas de pegarle—. Laura, ¿podemos hablar a solas un minuto?

Lo miré y después miré a Paola, que negó con la cabeza. No parecía nada feliz con la idea de que hablara con ese hombre, pero Harrison ya había dejado claro que no se iría hasta que le diera un poco de atención.

—Está bien. —Lo tomé del brazo y lo arrastré lejos de Paola y del vecino amenazante.

Solté a Harrison solo cuando estábamos lo suficientemente lejos como para que la tía de Valeria no pudiera oírnos, aunque desde donde estaba seguía observando todo. Estaba analizando cada uno de mis movimientos.

—Listo, ¿qué quieres? —Mantuve mi actitud distante para que supiera que, aunque había aceptado hablar con él, mi decisión no había cambiado.

—Que dejes de huir de mí.

—Entonces deja de perseguirme.

—Cualquier mujer estaría encantada de recibir la atención que te estoy dando.

—Yo no soy cualquier mujer, Harrison.

—Ya me di cuenta. —Mordió su labio inferior—. ¿Entonces no vas a volver a trabajar en mi casa?

Negué con la cabeza.

—Tal vez sea mejor así. —Mantuvo su sonrisa burlona, y no entendí qué pretendía con eso.

—¿Mejor? —Fruncí el ceño. Cuando pensaba que empezaba a entenderlo, volvía a sorprenderme.

—Si ya no trabajas para mí, no hay absolutamente nada que impida que salgas conmigo.

—¿Por qué haces esto? —Me masajeé las sienes. Me dolía la cabeza de tanto esfuerzo por mantenerlo lejos.

—¿Y por qué no lo haría?

—No soy el tipo de mujer que se involucra con alguien como tú.

—Te preocupas demasiado. No estoy buscando una esposa. —Mantuvo esa sonrisa cínica y me di cuenta de que solo era un juego para él.

—Pues yo sí quiero un esposo.

Tragó saliva y supe que, por primera vez, le había quitado las palabras de esa boca llena de labia.

—Puedes divertirte conmigo antes de encontrar uno. —Me guiñó un ojo con picardía.

Fuera de contexto y si no estuviera siendo tan idiota, tal vez me habría arrojado a sus brazos.

Estaba clarísimo que ese hombre quería convertirme en su juguete, y por muy guapo y encantador que fuera, no iba a permitirlo. Sabía que si caía en su juego, iba a terminar tirada a la basura en un abrir y cerrar de ojos.

—Te sugiero que busques a otra para tus jueguitos. No quiero formar parte de eso.

—No te vas a arrepentir, Laura. —Trató de tocarme la cara, pero me aparté, retrocediendo varios pasos.

—Vete, Harrison. —Volví con Paola y el vecino gruñón.

—Laura... —Dio unos pasos hacia mí, pero se detuvo cuando el vecino se interpuso.

—Mejor lárgate si no quieres tener problemas. Ese coche tuyo quedaría perfecto en mi garaje.

Harrison miró al hombre que lo amenazaba, luego me miró una última vez antes de volver a su auto y marcharse.

—Gracias, Julián —dijo Paola.

—De nada, señora. Siempre protegemos a los nuestros —respondió él antes de regresar con su amigo, que seguía observando desde la otra vereda.

—¿Qué quería ese hombre contigo, Laura? —Me miró seria, como una madre que está a punto de retar a su hijo por hacer una travesura.

—Salir conmigo.

—¿Como en una cita?

—Creo que sí.

—¿Y por qué quiere salir contigo?

—No tengo ni idea.

—¿Pasó algo entre tú y ese hombre?

—Me besó, y por eso hice todo lo posible por conseguir otro trabajo.

Paola negó con la cabeza y su expresión se tornó preocupada.

—Ese hombre no es para ti, Laura.

—Lo sé.

—Espero que Julián haya sido suficiente para espantarlo, pero ten mucho cuidado, niña. Hombres como él pueden destruirte más que solo el corazón.

—Voy a mantenerlo lejos de mí. —Era una promesa que no sabía si podría cumplir. Como el mismo Harrison sabía, él no era un hombre fácil de resistir.

—Es lo mejor que puedes hacer.

—Sí. —Tomé una camisa del balde—. ¿Colgamos el resto de la ropa?

—Vamos, hay que aprovechar el sol. Cuando Valeria llegue del trabajo más tarde, podrá recogerla.

Nos concentramos en colgar la ropa recién lavada y me sentí agradecida por tener algo que desviara la conversación sobre Harrison. Sabía que Paola solo quería protegerme, pero todo eso me estaba volviendo loca. Aunque tenía claro que Harrison no era un hombre para mí, deseaba con desesperación volver a besarlo.



Veintisiete

—¿Necesita algo, señor? —preguntó Helena cuando pasé junto a ella rumbo a mi oficina.

—¡No!

Estaba que echaba chispas y no quería a nadie cerca. Si alguien intentaba hablar conmigo, iba a terminar descargando mi furia en esa persona. Me encerré en la oficina y me concentré en la pila de papeles. La rabia me consumía. No podía aceptar que una mujer como Laura me rechazara de esa manera. ¿Quién se creía que era? ¿Qué derecho tenía? ¿Y si mi madre le había pagado para que se resistiera? No. Eso era absurdo.

—No le gustan los hombres. Es la única explicación lógica.

—¿A quién, señor? —preguntó Helena. Ni siquiera me había dado cuenta de que había entrado.

—¡Nadie! —gruñí—. ¿Qué haces aquí?

—Tenemos un comprador importante, el jeque. Le gustaría que usted lo atendiera personalmente.

—Qué pésimo día. —Me masajeé las sienes y respiré hondo, tratando de disolver la rabia lo más rápido posible. Ese negocio era muy importante para la concesionaria y no podía perderlo por culpa de una empleada.

—Ya voy. —Forcé una sonrisa que seguro parecía una mueca y seguí a Helena fuera de la oficina.



Apenas el jeque se fue, luego de haber comprado cinco de mis autos más lujosos, hice una seña para que una de las vendedoras del showroom me siguiera hasta la oficina.

—¿Puedo ayudarlo en algo, señor? —Cerró la puerta y me miró con picardía.

No recordaba su nombre, solo que ya habíamos tenido sexo antes.

—Sí, puedes ayudarme. —Me humedecí los labios—. Quítate la tanga y ven a sentarte en mis piernas.

Ella cerró la puerta con llave, metió las manos bajo la falda, se bajó la tanga y la dejó colgada del picaporte.

Abrí uno de los cajones y agarré un condón antes de sentar a la mujer en mi regazo.



—¿Cómo estás? —Atendí el teléfono y me sorprendió oír la voz de mi mejor amigo.

—Irritado. —Ni siquiera después de haber tenido sexo salvaje con una empleada cualquiera en mi oficina había logrado calmarme.

Estaba aún más furioso.

—¿Por qué? ¿Todavía no lograste acostarte con la empleada?

—Apenas la besé. Empiezo a creer que es lesbiana.

—¿Lesbiana? —David se echó a reír—. ¿De verdad? ¿Ella te lo dijo?

—No, pero es la única explicación.

—¿Explicación para qué? ¿Para que no haya terminado en tu cama todavía?

—Sí. —Salí al balcón con el teléfono en la mano. Era grande y pesado, pero práctico, me permitía moverme mientras hablaba.

—Harrison, yo creo que la chica no tiene nada de lesbiana. Eres tú el que ya no tiene ese gran talento para seducir.

—Ellas siempre me quieren, David.

—Parece que esta es la excepción.

—No hay excepciones.

—Sí que las hay, siempre hay alguna.

Apreté los dientes. Mi mejor amigo no me ayudaba en lo más mínimo. En vez de levantarme el ánimo, estaba empeorando todo.

—Olvídate de esa mujer, Harrison. No puedes tener a todas.

—A todas no, pero sí a las que quiero.

—Parece que a esta no.

—Ya veremos cuánto tiempo puede seguir con ese jueguito.

—Hermano, si terminas estrellándote, voy a reírme como nunca.

—Gracias por la motivación.

—Hay miles de mujeres en Miami. Yo ya la habría dejado ir. Prefiero perder una que seguir perdiendo el tiempo en algo que no va a llevarme a ningún lado.

—Sabes que yo no soy de rendirme.

—Sí. Esa es una gran virtud tuya y un defecto terrible. ¿Recuerdas que Harold solía decir que tú te habías quedado con toda la terquedad en el útero?

—Era un payaso.

—Sin duda, el más divertido de ustedes dos.

—Entonces dime por qué soy yo tu mejor amigo y no él.

—Porque tú eres el terco que no se rinde con lo difícil.

Me reí al darme cuenta de que, con ese comentario, David se estaba maldiciendo a sí mismo. Nos habíamos conocido en la escuela cuando éramos niños y, desde entonces, su vida había tenido muchos altibajos, especialmente después del divorcio de sus padres. Su madre se había mudado a Londres y él pasaba medio año con cada uno. En un momento se rebeló y empezó a consumir drogas. Yo mismo lo llevé varias veces a centros de rehabilitación hasta que logró mantenerse limpio. Incluso de adulto no era muy estable. Trabajaba con su padre, pero tenía una vida errática, vivía en un barco. Tal vez él era la locura dentro de mi sobriedad, más que Harold.

—¿Harrison? —preguntó, al notar que me había quedado callado.

—¿Sí?

—Solo ten cuidado de que al final no sea ella la que termine seduciéndote a ti.

—Eso no va a pasar.

—Dijiste lo mismo sobre que no iba a resistirse a tu encanto.

—Es distinto.

—Yo no me arriesgaría.

—¡Vete a la mierda!

—Después no digas que no te lo advertí.

David estaba bromeando, me conocía lo suficiente como para saber que no iba a dejarme seducir por ninguna mujer. Tenía treinta

y cuatro años y una lista interminable de conquistas. Laura no iba a ser la excepción.



Veintiocho

Coloqué el pedido sobre la mesa ocho y serví las bebidas a la pareja que estaba sentada allí. Mantuve la sonrisa en el rostro, haciendo que ellos también sonrieran. Cuanto más carismática y amable era con los clientes, mejores eran las propinas. Dejé la porción de papas fritas y aros de cebolla sobre la mesa y luego me dirigí a una mesa que se había desocupado hacía unos minutos. Recogí todos los vasos y platos sucios, y limpié la superficie con un trapo que llevaba en el delantal.

—Buen trabajo, Laura —me felicitó Félix, el dueño del bar.

—Gracias —dije, y llevé la bandeja con los platos sucios a la cocina.

Ya llevaba poco más de una semana trabajando en el bar, y me estaba llevando muy bien con los clientes y con el resto del personal. El dueño estaba muy contento con mi desempeño, y yo pensaba que tal vez podría quedarme allí bastante tiempo.

Vi entrar a nuevos clientes, un hombre que nunca había visto antes y, detrás de él, estaba Harrison… ¿Qué demonios hacía él allí?

No lo había visto desde que apareció en casa de Paola exigiendo hablar conmigo. Como ya habían pasado varios días, imaginé que se habría olvidado de mí.

Félix me estaba observando, así que no me quedaba otra opción más que atenderlos.

—¿Mesa para dos? —Sonreí como lo hacía con cualquier cliente, fingiendo que no había nada diferente o especial en la presencia de Harrison.

—Mesa para tres, si te sientas con nosotros —respondió él con una sonrisa pícara, pero mantuve mi actitud profesional, como si no hubiera escuchado nada.

—Síganme, por favor. —Les hice una seña para que me acompañaran.

Los conduje hasta una mesa para dos junto a la ventana, desde donde se podía ver el mar a pocos metros. Era una de las mejores mesas del bar y justo se había desocupado.

—Fue difícil encontrarte —dijo Harrison, mirándome con una intensidad que me hizo estremecer.

—Aquí tienen el menú. —Se los entregué—. Cuando hayan decidido, me llaman y tomo su pedido.

—Laura —dijo, tomándome del brazo para obligarme a mirarlo —, ¿a qué hora termina tu turno?

—Señor, estoy ocupada. Por favor, elija lo que desea pedir. —Me solté de un tirón tan fuerte que casi pierdo el equilibrio.

—Déjala en paz, Harrison —intervino el otro hombre, riéndose de la escena—. Yo quiero un Cosmopolitan, y tráele un Bloody Mary a Harrison mientras decidimos qué comer.

—Gracias, señor —respondí, agradecida por la intervención de su amigo.

Anoté los pedidos y fui lo más rápido que pude hasta la cocina para pasarlos al barman. Otros clientes entraron al bar, y me sentí

aliviada de tener más mesas que atender que no incluyeran a Harrison mirándome como un lobo hambriento.

Las horas pasaban y parecía que ellos estaban decididos a quedarse hasta el cierre. Hicieron varios pedidos, comieron y bebieron mucho. Félix parecía encantado con su presencia, pero no tenía ni idea de lo incómoda que me hacían sentir. Mientras avanzaban las agujas de mi reloj, la ansiedad se apoderaba de mí. Ya estaba limpiándome el sudor frío en el delantal negro que usaba.

El amigo de Harrison levantó la mano, y no me quedó más remedio que acercarme de nuevo a su mesa.

—¿Desean algo más?

—No, puedes traernos la cuenta, por favor —respondió Harrison, y no pude evitar soltar un suspiro de alivio.

—Ahora la traigo.

Fui hasta donde estaba Félix, quien contaba billetes y anotaba valores en planillas.

—Los hombres de la mesa siete piden la cuenta.

—¿Ah, ya se van?

—Ya casi es hora de cerrar.

¿En serio quería que se quedaran más tiempo? Probablemente yo era la única que estaba sufriendo con la presencia de Harrison.

Félix me dio una carpeta de cuero y volví a la mesa con la mejor sonrisa que pude forzar. Les dejé la cuenta sin saber exactamente cuánto era el total.

Harrison parecía más sobrio de lo que imaginaba después de cinco tragos. Tal vez había sido su amigo quien se tomó la mayoría. Clark revisó la cuenta, sacó un billete de cien dólares y lo dejó dentro de la carpeta.

—Quédate con el cambio —dijo, y ambos se levantaron y se fueron.

Me quedé ahí, desconcertada. Esperaba que hiciera algún escándalo o que intentara tocarme delante de todos, pero se comportó con total cordialidad.

Llevé el pago a Félix, quien abrió la carpeta y se sorprendió al ver el dinero.

—¿No quisieron esperar el cambio?

—Dijeron que era mi propina.

—¡Vaya! Entonces les caíste muy bien —me dijo, entregándome más de setenta dólares. Era casi lo que ganaba en una semana sin contar las propinas—. Buen descanso, Laura. Nos vemos mañana.

Me quedé paralizada unos segundos antes de reaccionar y guardar el dinero. Estaba atontada.

Colgué el delantal en el gancho de la sala del personal, recogí mis cosas y salí. Podría guardar ese dinero como reserva para emergencias.

Al salir del bar y llegar a la calle, me encontré con Harrison apoyado en su auto. Sonrió al verme.

—Laura.

—¿Por qué sigues aquí? —Me puse a la defensiva.

—Estaba esperando a que salieras.

—¿No tenías cosas más importantes que hacer?

Negó con la cabeza.

—Pensé que esta era mi única oportunidad de hablar contigo sin que un matón me amenazara.

—Eres bastante insistente.

—Creo que es tu culpa, por ser tan esquiva.

—¿Dónde está tu amigo? —cambié de tema, antes de que la conversación tomara un rumbo peligroso.

—Tomó un taxi y se fue.

—Ah. —Sonreí con incomodidad—. Gracias por la propina. Es mucho dinero.

—No lo es para mí —dijo con un tono neutro que no me dejaba claro si me recordaba que era rico o solo estaba diciendo algo obvio para él.

Abrió la puerta del copiloto y me hizo una señal para que me acercara.

—Ven. Déjame llevarte a casa.

—Yo no...

—¿Prefieres quedarte sola en la parada a esta hora?

Lo miré a él y luego al auto una y otra vez. No entendía por qué Harrison era tan insistente. No había nada especial en mí como para atraer a un hombre como él.

—Es más seguro aceptar mi auto.

—No estoy tan segura. —Crucé los brazos.

—Así hasta parezco un monstruo. ¿Qué hice para asustarte tanto, Laura?

—Estás siendo muy insistente.

—Solo estoy dejando claro que te deseo. ¿Eso está prohibido?

—No está prohibido, pero a veces sí da miedo.

—Puedo no ser nada aterrador, solo tienes que decir que sí. Entra y déjame llevarte.

—Harrison...

—No sé qué te hizo pensar que soy un villano, pero puedo ser uno de los buenos si tú quieres.

Qué difícil era decirle que no. Cada vez que lo hacía, me costaba más mantenerme firme. Harrison era irresistible y él lo sabía.

—Laura —Se acercó y puso una mano en mi cintura—, no tienes que ser tan dura conmigo.

Mi corazón latía con fuerza por la cercanía. Su respiración se mezclaba con la mía, y sentía que me iba a besar en cualquier momento.

—Déjame llevarte a casa.

—Sí...

¡Maldita sea! Harrison había insistido tanto que se me habían acabado todos los "no".

—¡Qué bien! —Sonrió y soltó mi cintura. Pensé que me desmoronaría ahí mismo, pero me tomó de la mano y me guió hasta el asiento del copiloto.

Me acomodé y me puse el cinturón mientras él tomaba el volante y arrancaba. Era tarde y había poca gente en la calle, así que no hubo tráfico para llegar al barrio donde vivía. El trayecto fue en silencio, lo cual solo aumentaba mi inquietud. ¿Y si yo había malinterpretado todo y solo quería llevarme a casa sin segundas intenciones?

—Llegamos —dijo, estacionando frente a la casa de doña Paola y apagando el motor.

—Gracias. —Me incliné para quitarme el cinturón.

En cuanto levanté la cabeza, su rostro estaba a centímetros del mío. Volví a sudar frío y el corazón se me aceleró aún más.

—Laura... —susurró, haciendo que se me erizara todo el cuerpo.

Perdón, doña Paola, ya no puedo más. Me acerqué y eliminé la escasa distancia entre nuestros labios. Harrison entendió el mensaje.

Sujetó mi nuca, enredando los dedos en mi cabello, y me besó. Mi cuerpo entró en cortocircuito mientras el frenesí me recorría de pies a cabeza. Cerré los ojos y me dejé llevar por el calor embriagador de su boca. Harrison deslizó la lengua en mi interior y yo no puse resistencia. Rodeé su cuello con mis brazos, acariciando su cabello suave. El auto era estrecho, pero aun así intentó atraerme más, sujetándome de la cintura.

Maldito beso delicioso. Era adictivo. No había besado a muchos hombres en mi vida, pero ese, sin dudas, era el mejor.

Descendió por mi cuello, y el roce de su barba me provocó escalofríos. Mordisqueó mi piel y gemí.

—Eres hermosa, suave, y hueles increíble... —susurró en mi oído, haciendo que se me erizara hasta el alma.

Estaba tan envuelta en su niebla de seducción que no noté sus manos subiendo por mi cuerpo hasta que apretó mis pechos. Nadie me había tocado así y fue como un rayo que me hizo saltar, golpeándome la cabeza con el techo.

—¡Para! —Lo empujé.

Harrison se alejó sin entender qué pasaba. Tenía los ojos azules muy abiertos y se mordía el labio inferior.

—¿Qué pasó?

—No me toques así.

—¿Qué? —Frunció el ceño—. ¿Por qué no?

—No está bien.

—¡Vamos, Laura! —bufó—. ¿No te gustan los hombres?

—¿Qué? —Fruncí el ceño, confundida—. Sí, me gustan los hombres.

—Entonces, ¿por qué me rechazas cada vez que me acerco?

—Porque no está bien que me toques así.

—¿No te gusta?

—No es eso...

—¿Eres virgen, Laura?

—¡Claro que sí! —respondí con firmeza.

—¿Todavía? —Se rió.

Gruñí y le di una bofetada. ¿Cómo se atrevía a decir “todavía”?

—Tienes que dejar de hacer eso —dijo, masajeándose la mejilla.

—Eso es algo especial que solo compartiré con mi esposo.

—¡Esas son tonterías de otro siglo!

—No son tonterías. —Abrí la puerta y salí, furiosa.

—Laura...

—Será mejor que te vayas, Harrison. Gracias por la propina y por traerme.

Me miró por última vez antes de cerrar la puerta del copiloto y encender el auto. Me quedé allí, viéndolo desaparecer en la esquina.



Veintinueve

No podía ser que una mujer fuera tan escurridiza. Justo cuando creía que por fin tendría a Laura, se me escapaba entre los dedos y yo me quedaba mirando al vacío.

Escuché sonar mi celular y abrí la guantera del auto para buscarlo.

—Ya llegué al yate. De verdad fue una buena idea venir en taxi. Tomé demasiado como para manejar.

Me reí por la forma en que David lo dijo.

—Es bueno saber que estás bien.

—Lo estoy. Pero tú, por lo visto, no tanto, ya que me atendiste. ¿La mesera volvió a huir de ti?

—Sí y no.

—No entendí. ¿Será porque todavía estoy medio borracho?

—La llevé a su casa, la besé, y cuando creí que al fin las cosas iban a avanzar, volvió a escapar. Me dijo que no quería que la tocara.

—¿Es de esas que van de santitas?

—Es de las locas. ¡Eso sí! De esas idiotas que quieren casarse vírgenes.

—¿Y vas a rendirte al fin?

—No. Nunca me acosté con una virgen.

David se echó a reír, y le corté la llamada.

Imaginaba que iba a decirme que todo se me estaba yendo de las manos. Y era cierto, pero no pensaba renunciar ahora, no después de todo lo que había hecho para acercarme a esa mujer.

Me había tomado bastante tiempo y algunos contactos averiguar dónde estaba trabajando, ya que la señora con la que vivía y los vecinos no me dejaban ni acercarme. Laura había cedido al beso, y no iba a pasar mucho hasta que terminara en mi cama. Solo necesitaba insistir un poco más.



Pasé todo el día siguiente sepultado en la burocracia. La computadora que había comprado para Helena había llegado y esperaba que mi secretaria se acostumbrara pronto a usarla. Tal vez le llevara más tiempo tipear, pero así evitaría tener que repetir el trabajo y podría editar contratos e informes directamente en el archivo.

El trabajo me ayudó a olvidarme un poco de Laura y de toda la frustración que me provocaba no tenerla. Para mí no era fácil aceptar que una mujer no se rindiera a mis pies. Lo que más me enojaba era cuánto la deseaba. Rendirme ya ni siquiera era una opción.

—¿Señor? —Helena entró en mi oficina sin golpear, y levanté la cabeza de la pantalla para mirarla.

—¿Sí?

—Aquel empresario del Valle del Silicio que usted estaba esperando acaba de llegar.

—Diez minutos antes. —Miré la hora en mi reloj de pulsera—. Dile que ya voy.

—Sí, señor. —Asintió y salió.



Treinta

No le conté nada a doña Paola sobre el beso, ni que Harrison me había llevado a casa otra vez. Preferí evitar que se preocupara. Tampoco logré hablar con Valeria. Como ella trabajaba durante el día y yo de noche, cuando yo llegaba, ella ya estaba dormida, y cuando salía, todavía no había vuelto.

No estaba siendo fácil lidiar con todo eso. Harrison era un hombre demasiado guapo y seductor como para resistirme para siempre. Durante toda mi vida estuve convencida de que solo llegaría "demasiado lejos" con mi esposo, como me había enseñado mi abuela, pero no imaginaba que tendría que enfrentar una tentación así.

Él no apareció en el bar durante mi turno esa noche y pensé que tal vez por fin se había rendido conmigo. Era posible, después de haberse reído cuando le dije que todavía era virgen.

—Como si fuera algo absurdo —bufé.

—¿Dijiste algo, Laura? —preguntó Emily, la mujer que trabajaba en la cocina preparando la mayoría de los pedidos.

—No. —Le sonreí—. Solo estaba pensando en voz alta.

—Entiendo —dijo, riendo, antes de entregarme una bandeja—. Aquí están los pedidos de la mesa cuatro.

—Muchas gracias —respondí con una sonrisa mientras tomaba la bandeja y me dirigía a la mesa que había hecho el pedido.

Coloqué los platos con las porciones de aperitivos sobre la mesa y abrí la lata de gaseosa, sirviéndole al niño que estaba sentado con lo que parecían ser sus padres.

—Buen provecho. —Me incliné antes de alejarme.

Me detuve en una mesa cercana que se había desocupado hacía unos minutos y recogí los platos sucios, colocándolos en la bandeja antes de devolverla a la cocina.

Apenas terminó mi turno, recogí las propinas del día y mis cosas para irme.

—Hasta mañana, Félix. —Saludé con la mano al dueño, que estaba detrás de la caja.

—Hasta mañana —respondió sin siquiera mirarme, concentrado en sus anotaciones.

Salí a la calle y sentí un poco de frío con la brisa helada que venía del mar. Aunque era tarde, no solía hacer tanto frío, así que no llevaba ningún abrigo. Me abracé por reflejo, cubriéndome los brazos del soplo gélido del viento.

—¿Tienes frío?

Me sobresalté al escuchar la voz de Harrison y sentir sus manos colocándome su saco sobre los hombros.

—Gracias. —Sujeté el saco tibio del traje, impregnado con su aroma, y una enorme sonrisa se dibujó en mi rostro—. ¿Qué haces aquí?

—Vine a llevarte a casa. No quiero que sigas tomando el autobús sola a esta hora de la noche.

—Como si te importara. —Fruncí los labios con desdén.

—Estoy aquí, ¿no?

Tragué saliva. Me había dejado sin argumentos. Me acurruqué dentro del saco, sintiendo que su olor se estaba quedando en mí.

—Tienes razón.

—¿Vas a aceptar mi aventón sin hacer berrinche hoy? —preguntó con total sinceridad, manteniendo su sonrisa maliciosa.

—Tal vez no. Harrison, ¡no voy a acostarme contigo en un auto!

—Puedo llevarte a un hotel.

Abrí los ojos de par en par. Me quité el saco y se lo arrojé. ¡Descarado!

—Tranquila, quédate con él. Estás con frío. —Volvió a colocar el saco sobre mis hombros—. Me voy a portar bien, prometo no hacer nada que no quieras.

—Harrison... —Seguía bastante desconfiada de él.

—Vamos, Laura. Sé cómo ser un buen chico.

—¿Por qué será que me cuesta tanto creerte?

—Porque me juzgas demasiado.

Abrió la puerta del asiento del acompañante y terminé subiéndome. Sí, era un error, pero ya no podía evitarlo. Harrison estaba conquistándome poco a poco con ese carácter insistente y arrollador. No había ninguna barrera que pudiera construir para mantenerlo lejos.

—Eres de Brasil, ¿cierto?

Asentí, extrañada de que sacara ese tema.

—¿Por qué?

—Nada, solo quería saber un poco más de ti. ¿De qué parte del país? Si mal no recuerdo, es tan grande como Estados Unidos.

—Crecí y viví con mi abuela en el interior de Minas Gerais, pero mi único pariente vivo está en Belo Horizonte. Es un tío, hermano de

mi mamá.

—¿Todavía tienes contacto con él?

—A veces nos escribimos cartas. ¿Tu familia siempre vivió aquí? —le devolví la pregunta. Si él quería saber más de mí, yo también tenía derecho a saber más sobre él.

—Mi papá sí. Pero mi mamá nació en Georgia. Se conocieron cuando mi padre estaba defendiendo una fábrica que quería comprar la hacienda de mi abuelo.

—¿Y qué hizo tu papá?

—Ganó el caso.

—¿Y aun así tu mamá se casó con él? —Me quedé boquiabierta.

—Yo tampoco lo entiendo, pero ellos nunca fueron el mejor ejemplo de amor y devoción.

—Qué triste —dije, sintiéndome realmente incómoda al pensarlo. Siempre imaginé que el matrimonio era una promesa de amor para toda la vida. Esperaba que al menos lo fuera para mí—. ¿Además de tu hermano gemelo, tuviste más hermanos?

Negó con la cabeza.

—Solo Harold y yo. Supongo que fuimos suficientes para volver loca a mi madre. —Se rió y yo también.

—Creo que me gustaría tener gemelos.

—Como soy gemelo, creo que tengo buenas probabilidades de ser padre de gemelos.

—No digas eso.

—¿Qué? —Frunció las cejas sin entender a qué me refería—. Es lo que dice la ciencia.

No se dio cuenta de que por un segundo dio a entender que podría tener gemelos conmigo, pero decidí dejarlo pasar. Tal vez solo escuché lo que quería oír, no lo que él realmente dijo.

Se detuvo frente a la entrada de la casa y me sonrió.

—Sana y salva.

—Gracias —respondí, sintiéndome feliz y nerviosa al mismo tiempo.

Cada vez me sentía más seducida por Harrison, cayendo de cabeza en una situación de la que no saldría ilesa.

—¿Puedo? —Tocó mi rostro, acariciando mi mejilla con el pulgar mientras acercaba su boca a la mía.

Asentí, sabiendo que iba a besarme, y lo esperé. Con los ojos cerrados, me dejé llevar por el sabor adictivo de su lengua. Pasé mi mano por su rostro, sintiendo los pelitos de su barba pincharme la piel, pero de una manera agradable.

Harrison apretó mi muslo y me estremecí, aunque no intentó tocar mis pechos como la vez anterior. Noté que estaba haciendo un esfuerzo por respetarme.

Me alejé para tomar aire, y él se acomodó de nuevo en su asiento.

—Tu saco. —Intenté dárselo, pero Harrison me detuvo.

—Quédate con él. Puedes devolvérmelo después.

—Puedo soportar un poco de frío hasta llegar a la puerta.

En realidad, tenía calor después de ese beso, pero preferí no decirle eso.

—Prefiero que no pases frío.

Me puse nerviosa al darme cuenta de que él sabía ser un caballero cuando quería.

—Gracias. —Llevé la mano a la manija de la puerta para bajar, pero Harrison la sostuvo antes de que pudiera salir.

—Espera.

—¿Qué pasa? —Me tensé, pensando que tal vez iba a arruinar la noche, que había sido tan buena.

—Quiero estar contigo y noté que quieres hacer las cosas de una forma más seria, así que está bien.

—¿Cómo?

Sentí un nudo en la garganta que me dejó sin aire. Probablemente era la tensión del momento.

—¿Quieres ser mi novia?

—¿Estás hablando en serio? —La sorpresa y el shock me dejaron paralizada.

—Sí. —Su tono ya no era juguetón; se mostraba serio y centrado—. Te deseo, Laura, y ya no aguanto más este jueguito, con vos alejándote cada vez que me acerco.

—Harrison, no sé si deberíamos.

—¿No quieres?

—No es eso.

Sí quería. Eso era justamente lo que más miedo me daba. Estar cerca de él me sacaba de control y solo quería besarlo. Tenía que hacer un esfuerzo enorme para mantener la compostura.

—Entonces solo dime que sí. —Acarició mi rostro y me dio un beso corto, inclinándose sobre mí.

—Sabes que esto es una locura.

—No tienes idea de cuánto. —La forma en que me miró hizo que se me erizara la piel—. En treinta y cuatro años, nunca tuve una novia.

—¿Y qué me hace especial?

—No tengo idea. Solo sé que quiero que estés conmigo. Estoy harto de sentir que estoy chocando contra una pared.

—No voy a aceptar salir contigo solo para que te acuestes conmigo y luego me tires a la basura.

—¡Está bien! —bufó—. Podemos hacer las cosas a tu ritmo.

Era arriesgado. Sabía que podía arrepentirme, pero lo deseaba.

—Está bien.

—¿Eso es un sí? —Sonrió.

—Sí.

Harrison me dio varios besitos que pronto se transformaron en un beso más profundo. No sé cuánto tiempo me quedé ahí, besándolo en el auto. Ni siquiera me importó. Era de madrugada, todos los vecinos ya estaban dormidos, y yo estaba con mi novio.

—Buenas noches, Harrison.

—¿Puedo pasar a buscarte mañana?

—¿Y si te digo que no, te vas a alejar?

—Lo dudo mucho.

—Entonces, ¿qué opción tengo?

—Solo tienes que decir que sí.

—Me va a encantar verte mañana. —Le sonreí, y él me devolvió la sonrisa.

—¿Qué día es tu descanso?

—El domingo, ¿por qué?

—Quiero invitarte a salir. Y por cierto, basta de decirme que no. Paso a buscarte el domingo antes del almuerzo.

Sonreí con timidez. Podría acostumbrarme muy fácilmente a todo eso, aunque temía que al final resultara un error.

—Hasta mañana, Laura. —Cerró la puerta del auto y se fue.

Entré corriendo a la casa y fui directo al cuarto donde dormía en una litera con Valeria. Ella estaba dormida y probablemente no debía despertarla, pero necesitaba hablar con alguien.

—Val... ¡Val! —la llamé, sacudiéndole un hombro mientras me equilibraba en la pequeña escalerita que llevaba a la parte de arriba, donde dormía.

—¿Qué pasa? —Despertó con voz adormecida, rascándose los ojos—. ¿Ocurrió algo? ¿Mi tía necesita algo?

—Doña Paola está bien, pero sí pasó algo. Harrison me pidió que fuera su novia... y acepté.

—¿Qué?! —Pegó un salto en la cama y casi se cae al piso desde dos metros de altura—. ¿Cómo? ¿Quién es Harrison? ¡No sabía que estabas saliendo con alguien!

—Harrison es el señor Clark.

—¿El millonario que vive en *Star Island*?

Asentí, aunque estaba demasiado oscuro como para que notara el movimiento de mi cabeza.

—¿Cómo pasó eso? —Me empujó desde la escalerita para poder bajar de la litera y fue hasta el interruptor para encender la luz del cuarto—. ¿Esto es de él? —Señaló el saco que yo todavía tenía puesto.

—Sí. —Aspiré el aroma del saco, embriagada con el olor varonil que él había dejado impregnado.

—Después de que dejé de trabajar en su casa, Harrison vino hasta aquí a buscarme. Un vecino malhumorado lo echó. Pasamos un tiempo sin vernos, pero ayer encontró el bar donde estoy trabajando. Llegó con un amigo, me dio una buena propina y me trajo a casa. Hoy, cuando salí del bar, estaba ahí otra vez, esperándome para traerme.

—¿Y fue solo un aventón?

—No. Nos besamos. Ayer y hoy.

—¿Y cómo fue que terminó pidiéndote que sean novios? —Valeria bostezó, todavía con sueño, mientras se sentaba en la parte de abajo de la litera, donde yo dormía.

—Me lo pidió hoy. Dice que entiende que quiero hacer las cosas bien.

—¿Y tú le creíste que de verdad quiere estar en una relación contigo?

—Sé que parece una locura. Yo también pensé que había escuchado mal cuando lo dijo, pero... ¿tú crees que sería tan

insistente si en verdad no quisiera algo serio conmigo?

—No lo sé, Laura —me dijo con gesto preocupado—. Él es un estadounidense rico, tú en cambio trabajas para sobrevivir. Estás aquí ilegal, muerta de miedo por lo de inmigración. Por lo menos es una situación inesperada. Ojalá, amiga, que ese hombre de verdad te quiera.

—Yo también lo espero. —Tragué saliva.

Por más que sus palabras pudieran sonar incómodas, Valeria tenía razón: Harrison y yo éramos de mundos completamente distintos.

—Pensemos en lo positivo. —Me sonrió, tomando mis manos —. Si realmente terminan juntos y se casan, podrías conseguir la residencia y quedarte legalmente en este país.

—Creo que todavía es un poco pronto para pensar en eso. — Me encogí, nerviosa. Por más que empezara a creer que Harrison sentía algo por mí, del noviazgo al matrimonio había un trecho enorme.

—Tienes razón. Vamos a tomarlo con calma. Espero que todo salga bien. Estoy feliz por ti.

—¡Gracias! —Nos abrazamos fuertemente.



Me di una ducha, me puse ropa vieja, y me dormí abrazada al saco de Harrison. Fue el sueño más tranquilo que había tenido en años. Estaba enamorada de él, mucho más de lo que estaba dispuesta a admitir y más de lo que recordaba haber estado de Joaquín cuando acepté su propuesta de matrimonio.

Definitivamente, mi exnovio no me provocaba las mismas sensaciones, ni me dejaba sin aliento como lo hacía Harrison Clark.

Me despertó el ruido de doña Paola haciendo algo, así que me levanté. Sin darme cuenta, salí del cuarto aún con su saco puesto.

—Buenos días, doña Paola.

—Buenos días, Laura —me respondió con una sonrisa, que se desvaneció en cuanto vio sobre mis brazos la prenda de vestir masculina.

—¿Y eso?

—Nada importante.

—Parece bastante importante para ti. —Entrecerró los ojos, tratando de analizarme.

—Harrison me lo prestó ayer cuando tenía frío. Voy a devolvérselo.

—¿Harrison es ese hombre que vino aquí el otro día preguntando por ti?

—Sí. —Mordí mi labio inferior y cambié el peso de una pierna a la otra, sintiéndome tensa.

Doña Paola dejó las ollas en la cocina y cruzó el pasillo hasta detenerse frente a mí.

—¿Por qué estuvo contigo ayer?

—Porque quiso traerme de regreso hasta aquí.

—Pensé que ibas a mantenerte alejada de él. —Se cruzó de brazos y me miró con ese gesto reprobatorio que me hizo desear que se abriera un agujero bajo mis pies para esconderme.

—Iba a hacerlo... Lo intenté... Pero Harrison fue muy convincente.

—Ese hombre solo quiere aprovecharse de ti, niña. Eres joven y bonita. Esos sinvergüenzas se vuelven locos.

—Me pidió que fuera su novia. Dice que quiere hacer las cosas a mi manera.

—¿Novios? —La mandíbula de Paola se le cayó y volvió a su lugar. Nunca la había visto tan sorprendida—. ¿Y tú aceptaste?

—Sí. —Me tapé la cara con el saco de Harrison, muerta de vergüenza.

—Espero estar equivocada sobre ese hombre y que de verdad quiera lo mejor para ti. Voy a rezar por eso.

—Muchas gracias, doña Paola.

—Ten cuidado.

—Está bien. —Sonreí, todavía con timidez. Confieso que pensé que doña Paola iba a gritarme por aceptar salir con Harrison, pero ella siempre terminaba actuando como una abuela, solo tratando de protegerme.

—¿Puedes pelar unas papas? Quiero hacerlas al horno para el almuerzo.

—Claro. —Corrí al cuarto, dejé el saco sobre la cama y fui a ayudarla.



Treinta y uno

—Quiero lenguado a la parrilla con camarones como entrada y un agua con gas, por favor. —Cerré el menú y se lo devolví al camarero, que estaba esperando mi pedido.

—¿Algo más, señor?

—Por ahora, solo eso.

Asintió y se fue. Era pleno mediodía y todavía tenía que trabajar por la tarde. Pedir una bebida alcohólica estaba totalmente descartado.

—Harrison.

Miré hacia atrás y vi a David pasar junto al maître[1] y avanzar hacia el interior del restaurante hasta llegar a mí. Tiró de una de las sillas de madera oscura y se sentó frente a mí.

—Qué bueno que aceptaste mi invitación para almorzar.

—¿Desde cuándo rechazo tus invitaciones? —Tomó la botella de agua con gas que el camarero me había traído y le dio un trago, haciendo una mueca—. ¿Sabías que esto sabe a calambre?

Me tapé la boca con la servilleta para contener la risa. No era apropiado reírse a carcajadas en un restaurante de lujo.

—Una limonada para él, por favor.

—Sí, señor.

—Por eso pedí el agua con gas para mí y no para ti. —Recuperé mi copa.

—A veces eres tan raro y anticuado. Extraño a Harold.

—No eres el único. —La sonrisa en mis labios se desdibujó al recordar a mi hermano.

—Dijiste que tenías algo importante para contarme. —David tomó la limonada que el camarero dejó en la mesa cuando volvió y le dio un sorbo—. ¿Qué es?

—Le pedí a Laura que fuera mi novia.

—¿Qué? —Escupió la limonada de la sorpresa—. ¿Estás hablando en serio?

—Sí. Laura y yo estamos saliendo.

Saqué una servilleta y limpié las gotas de limonada que me habían salpicado el saco.

—Vaya... Pedirle a una chica que sea tu novia solo para tener sexo es un nivel de hijo de puta que incluso a mí me sorprende.

—Sí, se lo pedí —respondí automáticamente, mientras pensaba en lo que acababa de decir. No había planeado la relación con Laura exactamente desde esa intención, pero mi jugada desesperada cobraba total sentido vista desde esa perspectiva.

Sonreí al darme cuenta de que tal vez no había perdido el control de la situación como me había parecido la noche anterior.

—¿Y ella aceptó?

—Sí.

—Claro que aceptó. —David se rió con burla—. Ahora es solo cuestión de tiempo para que consigas lo que quieres y termines con ella. Harrison Clark teniendo novia. —David se reía solo al imaginarlo

—. Justo cuando creo que ya no puedes sorprenderme más, vienes con esto.

—Así es. —Tomé un trago de agua con gas.

—Felicidades por el noviazgo —dijo entre risas.

—Gracias. —No quería admitirlo, pero estaba extrañamente feliz.



A medianoche estacioné frente al bar donde ella trabajaba y me quedé esperando a que saliera. Ya me estaba acostumbrando a esa rutina de ir a buscarla todas las noches, por más frustrante que fuera dejarla en su casa sin que pasara nada entre nosotros.

Laura salió del bar y una sonrisa iluminó su rostro en cuanto me vio. Aceleró el paso para acercarse más rápido y me quedé observando cómo se movía su largo cabello castaño mientras caminaba. Admito que, por más que me resultara excitante verla con el uniforme de limpieza, prefería verla con jeans y el cabello suelto, porque así se veía aún más hermosa de lo que ya era.

—Hola. —Sonrió, acomodándose un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Hola, Laura. —Rodeé su cintura con las manos y la atraje contra mi pecho. Ella se estremeció y suspiró al acurrucarse entre mis brazos.

Había algo mágico en tener una relación con una mujer que todavía no había tocado, o quizás era simplemente Laura y lo mucho que me gustaba estar con ella.

Me rodeó el cuello con los brazos y se puso en puntas de pie para darme un beso corto. Le sujeté la cabeza, hundiendo mis dedos

en su cabello castaño, y profundicé el beso, que pasó de ser suave y tierno a algo mucho más hambriento.

—¿Cómo estuvo el trabajo hoy? —pregunté con la boca junto a su oído, mientras mis brazos le rodeaban la cintura para que no se alejara.

—Bien. Hoy gané veinte dólares de propina. Fue el mejor día desde aquella vez que tú me diste una.

—¿Solo veinte?

—¿Cómo que solo? —Frunció el ceño, visiblemente molesta conmigo—. Gano dieciséis dólares por día. Lo mismo que ganaba cuando trabajaba en tu casa.

—Tienes razón. —Me quedé pensativo, recordando lo diferentes que eran nuestras realidades económicas—. Felicidades.

—Gracias. —Escondió la cara en mi pecho.

La besé en la coronilla. Su cabello suave tenía un aroma a almendras, seguramente por el champú que usaba.

—Le conté a doña Paola que estamos saliendo. El domingo puedes ir a buscarme sin problema.

—Qué bueno —respiré aliviado, no quería tener que lidiar con esos dos otra vez.

—¿A dónde me vas a llevar?

—A varios lugares, pero es una sorpresa.

—Soy demasiado ansiosa para esperar sorpresas.

—Vas a tener que aprender a esperar un poco. El domingo ya casi llega.

—¿No puedes darme aunque sea una pista?

—Sin pistas, Laura. —Acaricié su rostro y la atraje para otro beso.

Sentía que podría pasar toda la noche con mi boca sobre la suya y su cuerpo pegado al mío, incluso sin tener sexo. Había algo verdaderamente especial en ella.



Treinta y dos

El domingo finalmente había llegado y me quedé mirándome frente al espejo, evaluando el vestido rojo que había comprado con parte de las propinas, junto con un par de sandalias nuevas. Había traído pocas cosas conmigo desde Brasil y, desde que llegué a Estados Unidos, casi no había comprado ropa, solo algunas prendas para trabajar. Sin embargo, para salir con Harrison ese día, la ocasión merecía algo especial.

—¡Guau, estás preciosa! —Valeria apareció detrás de mí y me llevé una mano al pecho del susto.

—¿Crees que le gustará? —Di una vuelta, acomodando los tirantes del vestido.

—Estoy segura. —Valeria tomó algunos mechones de mi cabello y los llevó hacia adelante—. Solo falta un labial. Vi que mi tía tiene uno rojo, voy a buscarlo para que te lo pongas.

—¿No crees que es demasiado?

—Para nada. Va a quedar perfecto con ese vestido.

Salió del cuarto y volvió con el labial para que me lo pusiera, luego me empujó hacia la sala para que doña Paola pudiera verme.

—Está hermosa, ¿verdad, tía?

—Sí, muy hermosa.

—Se va a enamorar cuando te vea así —dijo Valeria. Me hubiera gustado sentir el mismo entusiasmo que mi amiga.

En el fondo, estaba tensa y nerviosa. Quería entregarme por completo a mi relación con Harrison, pero me daba miedo lo que pudiera pasar. Él podía ser mi salvación... o mi ruina.

—¡Gracias! —Les sonreí.

—Disfruta el paseo. —Noté que Valeria daba pequeños saltitos de emoción.

—Pero ten cuidado. —Paola era la voz de la razón en medio de todo aquello.

Escuché una bocina y me acerqué a la ventana. Había un auto de lujo estacionado en la calle, con los vidrios polarizados. Era él. No podía ser otro.

Miré a Valeria y a doña Paola antes de salir a encontrarme con Harrison.

Él bajó del auto en cuanto me vio y abrió la puerta del copiloto para mí, pero se quedó mirándome durante largos segundos, examinándome. Me puse tensa, sin saber si le había gustado lo que veía.

—Guau.

—¿Te gustó? —Bajé la mirada, sintiendo cómo se me encendían las mejillas. No podía sostenerle la mirada a esos ojos azules mientras esperaba su respuesta.

—Me encantó. No imaginaba que pudieras verte aún más hermosa.

—Gracias.

—¿Vamos?

Subí al auto y vi que Valeria y doña Paola estaban paradas en la ventana, observando lo que Harrison y yo hacíamos.

—¿Tienes hambre? —preguntó él, haciéndome volver la atención al interior del auto.

—Un poco.

—Pensé que podríamos empezar con un almuerzo en un restaurante, ¿qué te parece?

—Me parece buena idea.

—Pero falta algo.

—¿Qué cosa? —Lo miré sin entender.

—Mi beso.

—¡Ah! —Sonreí, más avergonzada todavía—. Te voy a manchar toda la boca con el labial.

—No me importa. —Inclinó el cuerpo hacia mí y acercó su boca a la mía.

Antes de que pudiera protestar, si es que hubiera querido, ya nos estábamos besando frente a la casa de doña Paola. Por suerte, los vidrios del auto eran oscuros.

—Ahora tienes la boca toda roja. —Intenté limpiarle los labios con los dedos, pero solo logré esparcir más el labial.

Harrison rió mientras abría la guantera y sacaba un pañuelo blanco con el que se limpió la boca.

—¿Así está mejor?

—Al menos ahora la gente no sabrá quién me borró el labial.

—Si hubiera sabido que ese era el motivo, lo habría dejado. Quiero que todos tengan claro que fui yo.

—¡Tonto! —Le di una palmada en el pecho para que volviera a su asiento—. Vamos al restaurante ya. No quiero que la gente se quede pensando qué estamos haciendo dentro del auto.

—A mí no me importa.

—A mí sí. Tengo una reputación que cuidar.

—Ya a nadie le importa eso, Laura.

—A mí sí me importa.

Él negó con la cabeza y encendió el auto.

Mientras conducía, me quedé mirando por la ventana, notando cómo, con cada calle que pasábamos, estábamos más cerca de *Miami Beach*. Mi realidad quedaba atrás, y yo me sumergía cada vez más en el mundo lujoso en el que Harrison vivía.

—Esa es mi concesionaria. —Señaló un local que ocupaba toda una manzana.

Estaba cerrado, pero desde afuera podía ver los autos que se exhibían en el interior, autos como los que conducía Harrison y que costaban cientos de miles de dólares. Me sobresalté al ver el precio en una de las placas. *¡Quinientos mil dólares!* Sin duda, para alguien que tenía dinero para comprar un auto así, veinte dólares no eran más que unas monedas.

Siguió avanzando unas cuadras más hasta que estacionó frente a un restaurante. Observé el estacionamiento y noté que no había ningún otro auto.

—Harrison —dije, poniendo una mano sobre su hombro—, ¿estás seguro de que está abierto?

—Está abierto solo para nosotros dos. —Salió del auto y rodeó el vehículo para abrirme la puerta, extendiéndome la mano.

No entendía cómo un restaurante podría estar abierto solo para dos personas, pero al entrar, la realidad me golpeó de lleno. El lugar estaba decorado con rosas rojas y había velas sobre las mesas. Estas estaban dispuestas en círculo alrededor de una sola, en el centro.

—Señor Clark. —Un hombre vestido con un traje se acercó a nosotros e hizo una leve reverencia frente a Harrison, casi como si tuviera a un noble delante. Definitivamente, el dinero lograba

muchas cosas—. Señorita. —Me sonrió, y yo le devolví la sonrisa—. Por aquí, por favor.

Caminamos hasta la mesa central y nos sentamos frente a frente. Estaba muy impresionada. Jamás había entrado en un restaurante de lujo como ese, y mucho menos en uno cerrado exclusivamente para mí y para Harrison.

—¿Puedo traer la entrada y el Sauvignon Blanc? —preguntó el hombre. No pude distinguir si era un camarero o el gerente del restaurante.

—Sí, por favor —respondió Harrison, sin apartar los ojos de mí.

—¿No crees que esto es un poco exagerado? —le dije cuando el hombre se alejó.

—¿Tú crees?

—Sí.

—Es solo cuestión de acostumbrarse, Laura. Con el tiempo, cosas así te parecerán naturales.

—¿Piensas hacer esto a menudo?

—Siempre. —Sonrió mientras acariciaba mi rostro con la yema de los dedos.

Un camarero se acercó y colocó un plato frente a cada uno. Me quedé mirando la entrada sin entender del todo qué era. En el centro del plato había una especie de croqueta con una crema encima decorada con una ramita de hierbas. Al costado, unos rollitos de salmón muy delgados, una rodaja de limón y algunas alcaparras como decoración. Al lado del plato, el camarero colocó dos salsas y sirvió una copa de vino blanco. Ese era el tipo de comida de ricos que solo había visto en programas de televisión.

Tomé los cubiertos con cierta torpeza. No sabía si había una forma correcta de empezar a comer. Me quedé observando a Harrison, esperando que él comenzara.

—¿Qué pasa? —Se inclinó un poco hacia adelante, notando mi incomodidad—. ¿No te gusta el salmón?

—Nunca lo he probado.

—Entonces pruébalo, es rico.

—Ni siquiera sé por dónde empezar —admití, sintiéndome una tonta.

Harrison se rió y yo me encogí en la silla, deseando no haber dicho nada.

—Puedes empezar por donde quieras, Laura. Te sugiero que uses las salsas, son muy buenas. Pero al final, es solo comida.

Asentí, corté un trozo de salmón crudo y lo pasé por una de las salsas. Harrison tenía razón, estaba muy sabroso. Tenía un cierto sabor ahumado, tal vez porque el pescado había sido curado antes de servirlo. Bebí un poco de vino y, poco a poco, me fui soltando, comiendo sin preocuparme por cada uno de mis movimientos. Harrison no me estaba juzgando, y eso me ayudaba a sentirme mejor.

El plato principal era un pescado a la parrilla con arroz condimentado. Era tan bonito que me daba pena desarmarlo, pero la mejor parte sin dudas fue el postre: una tarta de chocolate con nueces.

—¿Quieres comer algo más?

—No.

—¿Entonces vamos?

—¿A dónde piensas llevarme ahora?

—¿Y por qué arruinaría la sorpresa? —Tiró de mi mano para hacerme levantar.

—Pensé que la sorpresa era el almuerzo.

—Solo quería asegurarme de que no pasaras hambre durante nuestro paseo.

Regresamos al estacionamiento del restaurante y subimos al auto. Estaba entre la ansiedad y el nerviosismo, porque no sabía cómo comportarme frente a su realidad. Harrison condujo de

regreso y pensé que tal vez íbamos a su casa, pero entró en el garaje de la concesionaria. ¿Se habría olvidado de resolver algo?

Estábamos solos en la penumbra del garaje y él se inclinó hacia mí para darme un beso, pero justo cuando pensé que lo haría más intenso, se apartó. Bajó del auto y rodeó el vehículo para abrirme la puerta.

—¿Vamos a buscar un auto nuevo? —Traté de adivinar qué pensaba hacer.

—No. Algo un poco más divertido que un auto.

¿Qué podría ser más divertido que un auto? Mi pregunta se respondió cuando caminamos hacia el interior de la concesionaria, pasamos junto a varios modelos de distintas marcas que se exhibían en el showroom y tomamos un ascensor hasta un piso superior.

Me quedé boquiabierta al ver que estábamos en la azotea de la concesionaria, y en el centro había estacionado un helicóptero. Nunca había visto uno tan de cerca, y parecía mucho más grande que en la televisión.

—¿Alguna vez te subiste a uno de estos?

—¿No es alquilado? ¿Es tuyo?

—Sí, este es uno de mis juguetes favoritos.

Harrison apretó mi mano con más fuerza y me atrajo hacia el helicóptero. Estaba sudando frío y temía que mis dedos se resbalaran de los suyos.

Me senté a su lado y él me entregó un protector auditivo, luego se colocó uno él también, antes de inclinarse sobre mí para abrocharme el cinturón. Pensé que esa era solo una excusa para poder tocarme un poco más.

Encendió el helicóptero, y cuando ese enorme monstruo de metal empezó a despegar, sentí un vacío en el estómago. Cuanto más nos alejábamos del suelo, más nerviosa me ponía. No es que tuviera miedo a las alturas. De niña y adolescente había trepado muchos árboles, pero estar allí era algo totalmente diferente a

cualquier experiencia que hubiera tenido antes, incluso volar en avión a las Bahamas.

Despegamos desde la concesionaria y Harrison nos llevó hacia la costa. El sol se estaba poniendo y ver el cielo entero teñido de naranja y el mar desde esa altura era la imagen más hermosa y sorprendente que había visto en mi vida. Increíble e inolvidable.

—¿Qué te parece? —escuché la voz de Harrison a través de los auriculares, que me protegían del ruido ensordecedor de las hélices.

—Es hermoso. Maravilloso.

—Lo sé. —Sonrió, y me di cuenta de que esos mismos adjetivos también le quedaban perfectos a él. Solo su belleza ya era suficiente para impresionar a cualquier mujer.

Sostuve su brazo mientras miraba todo, fascinada. Los edificios y las casas se veían diminutos, pero el cielo y el mar seguían siendo inmensos. Quería que ese momento durara para siempre, pero permanecimos en el aire solo hasta que oscureció por completo. A esa altura ya no se podía ver bien.

En cuanto aterrizamos de nuevo en la terraza de la concesionaria, Harrison apagó el helicóptero, me quité los auriculares y le sonreí.

—Gracias, Harrison. ¡El paseo fue increíble!

—Eso es solo una muestra de lo que puedo ofrecerte.

—Así me vas a malacostumbrar.

—Yo diría bien acostumbrar —dijo, mientras se soltaba el cinturón y se inclinaba hacia mí.

Ni siquiera pensé en apartarlo cuando su boca buscó la mía y sus manos rodearon con firmeza mi cintura. Se había ganado ese beso, y lo admito, estaba deseando sentir su boca sobre la mía otra vez.

Eché la cabeza hacia atrás, apoyándola contra el respaldo del helicóptero, justo cuando él empezó a besarme el cuello, alternando caricias con pequeñas mordidas. Algo se encendió dentro de mí y ya

no quería que ese hombre se alejara. Su boca me robaba el aliento mientras una de sus manos, cálida y firme, descendía lentamente por mi cintura, siguiendo el contorno de mi muslo y deslizándose por debajo de mi vestido. Una parte de mí sabía que debía detenerlo, pero había otra, mucho más fuerte, que no quería que se detuviera. Un calor desconocido se encendía entre mis piernas, alimentado por sus caricias.

Cuando su mano tocó mi piel más íntima, sentí un escalofrío. Intenté hablar, pero él volvió a besarme con una intensidad que me dejó sin palabras. Mi cuerpo reaccionaba por sí solo, atrapando su mano entre mis piernas mientras nuestros labios no se separaban.

Me tocó de una forma que me hizo gemir. Había una zona específica de mi sexo que me daba placer, y Harrison sabía exactamente dónde estaba. Mi respiración se volvió errática y me movía en el asiento, atrapada en las sensaciones. No podía ni quería alejarlo. Necesitaba saber hasta dónde podía llegar todo aquello.

Él siguió explorándome, acariciándome de una forma cada vez más atrevida, hasta que sentí cómo su dedo buscaba abrirse paso. Abrí los ojos, sorprendida, pero mi cuerpo seguía paralizado. Hubo una pequeña punzada, apenas molesta, que pronto fue reemplazada por una oleada de placer, provocada por el movimiento firme de su pulgar.

Estábamos dentro del helicóptero, sobre el techo de su concesionaria, en la situación más descarada en la que me había encontrado. Harrison me besaba mientras su mano se deslizaba por debajo de mi vestido, tocándome de una manera tan vergonzosa como placentera.

Por reflejo, abrí más las piernas cuando sentí que él introducía otro dedo. Una tensión deliciosa y adictiva se acumulaba justo donde me tocaba, haciendo que todo mi cuerpo se estremeciera. Cuando la presión se volvió insoportable, exploté, sin aliento, dejándome caer sobre el asiento mientras un cosquilleo recorría cada rincón de mí. Era extraño sentirme tan agotada y tan bien al mismo tiempo.

—¿Qué fue eso? —le pregunté, aún sin poder creer lo que acababa de pasar.

—Acabas de tener un orgasmo —respondió, sonriendo con ese tono juguetón tan suyo.

—Fue... bueno —murmuré, escondiendo el rostro, avergonzada.

—Muy bueno. Y eso es apenas una muestra de lo que el sexo puede darte. —Tomó mi mano y la llevó hasta su pantalón, guiándola hasta el bulto que crecía bajo la tela—. Te deseo, Laura.

Lo sentí latir bajo mi palma y retiré la mano de inmediato, de forma casi instintiva.

—Aquí no. En un helicóptero, no.

—Entonces dime dónde. Te llevo a donde quieras.

—Necesito un poco más de tiempo.

Harrison soltó un suspiro frustrado y apartó sus manos de mí, visiblemente molesto.

—Creo que es hora de llevarte a casa.

—Sí. Gracias por el paseo, fue increíble.



Treinta y tres

Dejé a Laura en su casa echando chispas. Creía que, después de todo lo que había preparado para ella, no había razón para que me dijera que no. Sin embargo, lo único que conseguí fue una erección y un dolor de cabeza.

—¿Dónde estabas, Harrison? —preguntó mi madre cuando entré en la sala.

—Por ahí.

—¿Con quién?

—Con una novia —respondí sin pensar mucho en las consecuencias de eso.

—¿Novia? —Mi madre se quedó boquiabierta. Sí, era sorprendente, ya que la parte romántica siempre había sido cosa de Harold.

—Sí.

—¡Vaya! ¿Y cuándo la voy a conocer?

—Ya la conoces —dije mientras seguía camino hacia mi cuarto, sin darle la oportunidad de seguir con el tema. No quería hablar de eso en ese momento.

—¡Harrison!

Entré a mi cuarto y me quité el saco del traje y el resto de la ropa para darme un baño. ¿Qué estaba haciendo esa mujer conmigo? Estaba irritado, pero aun así deseaba estar cerca de ella, tenerla, aunque eso tardara en suceder. ¿Por qué? Podía acostarme con cualquier otra mujer en el mundo, pero seguía completamente obsesionado con Laura.

Tocar su piel, besarla de esa forma, sentir la textura de su sexo y hacerla acabar me había sacado de mis casillas.

Ojalá mi hermano siguiera aquí. Quería preguntarle sobre estos sentimientos que me estaban volviendo loco. Tal vez él fuera el único capaz de entender todo esto.

Antes de meterme en la bañera, llevé los dedos que habían estado dentro de Laura hasta mi nariz y aspiré su aroma. Si no lograba tener a esa mujer, iba a perder la cabeza en el intento.



Treinta y cuatro

Tuve que hacer un gran esfuerzo para no mostrar que estaba sin aliento. Apenas entré a la casa de doña Paola, ella y Valeria corrieron hacia mí como si hubieran pasado todo el día esperándome. Y probablemente así había sido.

—¡Laura! —Valeria vino corriendo y casi se me tiró encima—. ¿Cómo te fue?

Recé para no tener el cabello hecho un desastre, porque ni siquiera había tenido tiempo de mirarme al espejo antes de que me abordaran.

—¡Estuvo bien! —Sonreí, rogando que ellas, sobre todo doña Paola, no se dieran cuenta de que Harrison había tenido la mano dentro de mi vestido.

—¿Solo bien? —Valeria frunció los labios con una mueca burlona.

—Fue... fue muy bueno —dije, eligiendo con cuidado cada palabra para no delatarme demasiado.

—¿Y qué hicieron? —preguntó doña Paola, acercándose más.

Cuando me di cuenta, ya estaba sentada entre las dos en el sofá, una a cada lado.

—Me llevó a almorzar a un restaurante en *Miami Beach* y después dimos un paseo en su helicóptero. Fue hermoso ver la playa, el cielo y el atardecer desde allá arriba.

—¡Qué romántico! —suspiró Valeria.

—¿Su helicóptero? —Paola abrió los ojos castaños de par en par—. ¿Ese hombre tiene un helicóptero?

—Sí, tiene uno.

—¡Santo cielo! —Se llevó las manos a las sienes, impactada—. No dejes que el dinero de ese hombre se te suba a la cabeza, niña.

—No lo estoy permitiendo.

—Hombres como él probablemente creen que pueden comprarlo todo, incluso a muchachas como tú.

—¡Tía, no lo juzgues así! —protestó Valeria, frunciendo el ceño —. Yo estoy deseando que se enamore de Laura, se la lleve a vivir a esa mansión y tengan hijos hermosos.

—Tampoco es para tanto, Valeria —respondí, algo avergonzada.

—¿Y por qué no? Eso podría pasar si todo sale bien. Si un hombre así se casa contigo, no vas a tener que preocuparte nunca más por nada. Yo estoy cruzando los dedos para que pase.

—No le metas ideas falsas a tu amiga, Valeria.

—No seas negativa, tía. Con un marido estadounidense, dejaría de ser ilegal.

Las dejé discutiendo y me fui al baño a darme una ducha.

Quería que Harrison fuera de verdad mi luz al final del túnel, mi salvación y ese final feliz que tanto había soñado. Pero había una voz dentro de mí, más sabia y prudente, que me pedía que fuera

despacio, que no me lanzara sin pensar, porque podía terminar muy lastimada.



No supe nada de él el resto del domingo ni durante el lunes. Ya empezaba a pensar que se había cansado de mí y que aquel cuento de hadas había llegado a su fin. Sin embargo, a la medianoche, mi carruaje no se convirtió en calabaza. Apenas salí del bar donde trabajaba, él estaba ahí, de pie junto a su auto de lujo, esperándome.

Harrison sonrió al verme y yo le devolví la sonrisa, corriendo prácticamente a sus brazos.

—Buenas noches. —Me abrazó y me dio un beso corto.

—Pensé que hoy no vendrías a buscarme.

—¿Por qué? —Frunció el ceño, y pareció confundido—. Me gusta llevarte a casa. Me gustaría mucho más si vinieras a la mía. —Ese gesto pícaro volvió a aparecer en sus labios, como si nunca hablara en serio.

—Harrison —Le agarré la solapa del saco para que me mirara —, sé sincero conmigo.

—Sí. —Mantuvo una mano en mi cintura mientras sostenía la mirada.

—¿Por qué todo esto? ¿Qué hay de especial en mí?

—¿Sinceramente?

Asentí.

—No tengo idea. Eres muy hermosa, pero no es solo eso. No puedo sacarte de la cabeza.

—¿Qué quieres de mí?

—A ti —dijo al oído, haciéndome estremecer—. Te quiero entera.

—Sexo.

—Sí.

—¿Solo eso? —Me solté de él y me alejé unos cuantos pasos.

—No lo sé. ¿Qué más quieres?

—Que de verdad gustes de mí.

—No sé lo que es gustar de alguien, Laura. —Bajó la cabeza, visiblemente incómodo—. Nunca me he enamorado.

—No voy a ser solo una más para ti.

—Definitivamente no eres solo una más. —Había confusión en su mirada, y estaba claro que Harrison decía la verdad cuando aseguraba que nunca había sentido algo así—. Estoy desesperado por una noche contigo. —Acortó la distancia entre los dos y me abrazó de nuevo.

—Voy a pasar una noche contigo cuando quieras pasar todas las demás conmigo. Cuando me entregues tu corazón.

—¿Qué? ¿Mi corazón? ¿No crees que estás pidiendo demasiado?

—Tú quieres mi virginidad, y con ella, inevitablemente, mi corazón. Que me entregues tu amor por completo me parece un trato bastante justo.

—No sé jugar tu juego.

—Entonces aprende. —Le tomé el rostro entre las manos y lo atraje hacia un beso.

Él me hizo girar y retroceder hasta apretarme contra el costado del auto. Me estremecí cuando su beso se volvió más profundo, y aquel calor que había sentido dentro del helicóptero volvió a recorrerme por completo.

—¡Aquí no! —Tuve que hacer un esfuerzo enorme para empujarlo—. Estamos en plena calle y justo frente a mi trabajo. No

quiero ni pensar lo que imaginarían si alguien nos ve.

—Te preocupas demasiado. Vamos al auto.

—No voy a hacer eso dentro de un auto.

—¡Carajo, Laura! Solo déjame besarte.

Me reí del desespero que vi en sus ojos.

Terminé cediendo, y nos metimos en el auto. Harrison ni esperó a que cerrara la puerta, ya me estaba trayendo hacia su regazo. Sin pudor, sin contención, me hizo sentarme encima de él. Era incómodo y apretado, con el volante presionándome la espalda y las piernas encogidas de una forma que seguro me dejaría dolorida. Pero antes de que pudiera protestar, Harrison tomó mi nuca y me atrajo hacia su boca.

Me mordió el labio inferior, arrancándome un pequeño gemido de dolor, y enseguida metió la lengua en mi boca. Tal vez intentaba descargarse un poco de toda la tensión que yo le estaba provocando. Sus manos bajaron ansiosas por mi costado hasta que hundió los dedos en mi trasero. A pesar de los jeans, podía sentir la presión. Era muy difícil mantener el control con todo ese calor. La parte de mí que quería arrancarle ese saco se hacía cada vez más fuerte.

Harrison lamió mi garganta y mordió mi cuello, haciendo que golpeara la espalda contra el volante, pero ignoré por completo el dolor leve y seguí moviéndome sobre él. Cuanto más me frotaba, más sentía la erección en su pantalón. Era solo cuestión de tiempo para que termináramos teniendo sexo, solo esperaba que cuando perdiera esa batalla, Harrison ya la hubiera perdido antes. Me estaba enamorando de ese hombre y quería que él se enamorara de mí también.

Sentí sus manos metiéndose por debajo de mi blusa y, antes de que desabrochara mi sostén, salté al asiento del copiloto.

—Llévame a casa.

—¡Ah! —Golpeó el volante, haciendo sonar la bocina.

—¡Cuidado! Vas a despertar a todo el mundo.

—¡Al diablo con esto!

—¡Tranquilo! —Me encogí, temiendo haber ido demasiado lejos.

—¿Me vuelves loco así y luego me pides que me calme?

—Nos besaremos más tarde.

—Está bien. —Respiró hondo y me di cuenta de que realmente estaba haciendo un esfuerzo para calmarse—. Te voy a llevar a casa. —Se puso el cinturón y encendió el auto.



Treinta y cinco

—Necesito que firmes aquí —dijo Helena, dejando unos papeles frente a mí. Los tomé y firmé. Normalmente los habría leído antes, pero últimamente andaba completamente sin paciencia, como si Laura estuviera absorbiendo toda la que me quedaba.

Y eso estaba lejos de ser lo peor. Me estaba doblando por completo, porque por más que estuviera muy molesto, no lograba imaginarme renunciando a ella. No sabía qué clase de hechizo me había lanzado, pero estaba funcionando. Laura quería mi corazón y yo empezaba a creer que, cuando me diera cuenta, ya lo habría arrancado de mi pecho.

—¿Es todo? —Le devolví los documentos a Helena.

—Sí —respondió, recogiendo los papeles—. Tiene un almuerzo agendado con un representante de Porsche, no se olvide.

—Gracias por recordármelo. ¿En el restaurante de siempre?

—Sí, yo misma hice la reserva.

—Perfecto. —Miré la hora en mi reloj de pulsera. Pasaban apenas unos minutos de las diez de la mañana—. ¿El almuerzo es a las doce?

—Exacto.

—Está bien.

Helena salió de la oficina y yo volví a quedarme mirando al vacío. Cuando la puerta se abrió de nuevo unos minutos después, pensé que era ella otra vez, pero me sorprendió ver a una de las mujeres del showroom. Con ella me había acostado un par de veces.

—Señor —dijo, pasándose la lengua por los labios para humedecerlos.

—¿Sí?

—Estaba pensando si... —Caminó hacia mí y se inclinó sobre el escritorio, llamando mi atención con su escote—. ¿Le gustaría ver mi ropa interior nueva?

En mi estado habitual la habría agarrado de la cintura y la habría hecho sentarse sobre mí y revisado esa lencería. Pero desde que empecé a involucrarme con Laura, ya no estaba en mi estado habitual. Deseaba a esa brasileña más que a cualquier otra mujer.

—Vete.

—¿Qué? —Se desconcertó con mi reacción.

—No quiero ver tu ropa interior. Lárgate.

—Podemos hacerlo rápido esta vez, y prometo quedarme bien calladita para que nadie escuche.

—No voy a acostarme contigo.

—¿No es un buen momento? Tal vez más tarde.

—Más tarde tampoco. Estoy saliendo con alguien...

Abrió tanto los ojos que parecía que se le iban a salir, y su mandíbula prácticamente tocó el piso del asombro. Claramente no esperaba oír eso, pero no era la única sorprendida. Si esa frase no

siguiera resonando todavía en la sala, habría jurado que no la había dicho.

—¿Saliendo con alguien? ¿Usted?

—Sí —respondí con una sonrisa forzada.

—Debe ser una mujer con mucha suerte. —Se enderezó y adoptó un aire más serio—. Le deseo lo mejor.

—Gracias.

Salió de mi oficina tan silenciosa como había entrado, y yo no podía creer lo que acababa de pasar. Había rechazado sexo fácil por una mujer que estaba haciendo todo lo posible por no acostarse conmigo. *¿Mi corazón? ¡En serio, Laura!* Habría preferido que me pidiera un millón de dólares o un edificio entero.

Oh, Harold, deberías estar aquí —murmuré en voz alta. Extrañaba a mi hermano más que nunca. Él era el único que entendía estas cosas de tener una relación, mientras que yo nunca me había preocupado por eso. Tenía sexo cuando quería, no necesitaba depender del humor de una sola mujer.

No tenía con quién hablar del tema, porque David era otro mujeriego como yo.

Terminé de resolver algunos pendientes antes de ir a la reunión. Esperaba que el trabajo me ayudara a no volverme loco con ese jueguito de Laura, de acercarse y alejarse todo el tiempo.



Llegué a casa al final de la noche para darme un baño y descansar un poco antes de ir al bar a buscar a Laura. Podían ser solo besos, pero estaba ansioso por volver a tener su boca sobre la mía.

—¿Harrison?

Estaba a punto de quitarme la ropa cuando escuché que golpeaban la puerta.

—¿Mamá?

—¿Puedo entrar?

Dejé el saco del traje sobre la cama y destrabé la puerta para que pudiera pasar.

—¿Qué pasa?

—Dijiste que estabas saliendo con alguien, pero después no volviste a decir nada. Solías decir que involucrarse de esa forma era algo que solo Harold haría. Me sorprendió mucho.

—¿Qué quieres saber, mamá? —Me quité los gemelos de la camisa y los guardé en un cajón del armario.

—Dijiste que yo la conocía. ¿Quién es? ¿Por casualidad es la hija de Mary?

—¿Mary? —Fruncí el ceño, intentando buscar alguna imagen en mi memoria, pero no se me venía nadie a la cabeza.

—Mary, mi amiga de Italia. Sé que tú y su hija tuvieron un romance. Es una chica muy bonita y educada. Sería una esposa perfecta para ti.

—Ah, la pelirroja. —Recordé vagamente a una mujer que había conocido en una de las fiestas de mi madre y que terminó en mi cama—. No, mamá. Ni siquiera tengo contacto con ella, fueron solo una o dos noches.

—Entonces debe ser alguna de tus amigas de la universidad, o una modelo. Recuerdo que te interesabas mucho por una modelo.

—No, ninguna de ellas.

—Entonces imagino que no la conozco.

—Sí la conoces. Es Laura.

—¿Laura? No conozco a ninguna Laura.

—Trabajó aquí en casa poco más de una semana. Es a quien te pedí que no despidieras.

Vi cómo la sangre se le iba del rostro a mi madre, dejándola pálida. Por la expresión que se le dibujó en la cara, supe que si hubiese estado tomando algo, me lo habría escupido encima igual que hizo David cuando le conté que le había pedido a Laura que fuera mi novia.

—¿La empleada de limpieza?

—Ahora trabaja como mesera.

—¿Estás bromeando? ¡Qué mal chiste!

—No estoy bromeando, mamá. Hace un tiempo que salgo con Laura. Nunca había deseado tanto a una mujer como a ella. Terminé pidiéndole que fuera mi novia.

—¡Harrison, te volviste loco! —gritó, se alteró, y aunque conocía bien a mi madre, me sorprendió ver ese ataque de histeria.

Tal vez sí me había vuelto loco, pero no creía que ese fuera el motivo por el cual decía eso. Era por los orígenes de Laura.

—Estoy muy en mis cabales, mamá.

—¡Harrison, esto es absurdo! Es una empleada doméstica, una inmigrante, latina y pobre. No es ni por asomo el tipo de mujer que quiero para ti. Necesitas a alguien con clase, presentable, no a una mujer que apenas habla inglés, no sabe comportarse y viste harapos.

—La ropa y el comportamiento son lo más fácil de cambiar. Le voy a comprar un guardarropa nuevo.

—¡Idiota! Solo está detrás de tu dinero.

Nunca lo había pensado desde ese ángulo, pero lo que dijo mi madre me hizo reflexionar unos minutos. Muchas mujeres se habían acercado a mí únicamente por interés, sin embargo, Laura no se comportaba como ninguna de ellas. No se dejaba impresionar por lo que tenía y me pidió lo único que yo no podía darle y que no valía nada en términos materiales.

—No, mamá. Y aunque así fuera, ¿no era eso lo que tú querías de papá? ¿Su dinero?

Tragó saliva y frunció el rostro, dejando claro que no le gustó nada que tocara ese tema. Pero fue ella quien empezó.

—Pensé que eras más inteligente que tu padre, pero eres incluso más estúpido. Ese tipo de mujeres son solo para divertirse, no para tomarlas en serio. Nunca van a ser la esposa ideal que necesitas.

Una semana atrás habría estado de acuerdo con mi madre en que solo quería divertirme con Laura. Sin embargo, escucharla decir eso me incomodó más de lo que esperaba. Laura era distinta. Yo quería a esa mujer.

—Sea o no la esposa ideal, soy yo quien lo decide.

Negó con la cabeza, claramente indignada.

—Espero que pronto se te pase esta estupidez.

—Puede que te sorprendas, mamá. —Tal vez fuera por rebeldía o por rabia, pero quise a Laura todavía más después de oír a mi madre decir que no podía estar con ella. Eso significaba que realmente era distinta a esas mujeres superficiales que ella consideraba perfectas para mí.

—Ni siquiera debe estar legalmente en el país. Es una delincuente.

—Terminamos, Alisson. —Le señalé la puerta, molesto. No creía que fuera buena idea que mi madre supiera que Laura era una inmigrante indocumentada—. Quiero bañarme.

—¡No puedes hablarme así!

—Tienes que aprender a respetar mis decisiones. Soy un hombre. La mujer con la que me involucro o dejo de involucrarme es asunto mío, al igual que mi dinero. Cada centavo que gasto viene de mi propio trabajo. Todo lo que papá dejó en sus cuentas te lo entregué a ti, incluso el cincuenta por ciento que me correspondía. —Fuera, mamá. ¡Ahora!

—Estoy segura de que vas a tener un momento de lucidez. —Salió de mi habitación a disgusto.

No iba a seguir esa conversación con ella, era una pérdida de tiempo total. Nunca tomé demasiado en cuenta su opinión cuando se trataba de decisiones importantes en mi vida, y no iba a empezar ahora. Años atrás, se opuso a que usara el dinero del fondo que mi padre había creado para Harold y para mí, para abrir la concesionaria. Un negocio que, más de diez años después, había demostrado ser muy lucrativo. Era como si cada vez que ella decía que no, las cosas salieran bien.

Terminé de quitarme la ropa y fui a meterme en la bañera. Quería salir pronto y verla.



—¿Harrison, qué estás haciendo aquí? —Los ojos marrones de Laura se abrieron de par en par al verme en la entrada del restaurante. Ojalá hubiera podido ver su propia cara de asombro.

—Estaba extrañándote y no quise esperar hasta la medianoche para verte, pero prometo portarme bien como cliente y dejar una buena propina.

Ella rió mientras negaba con la cabeza. Sus mejillas sonrojadas la hacían ver aún más hermosa.

—Ven, te voy a llevar a una mesa.

La seguí hasta una que estaba libre en un rincón y me senté mientras la observaba. Era muy extraño cómo me sentía absurdamente feliz solo por estar cerca de esa mujer. Había una especie de aura magnética en ella que me atraía más que cualquier otra cosa en el mundo.

—Aquí está el menú. —Me entregó una carpeta de cuero.

—¿Qué me recomiendas?

—Como me vas a llevar a casa, es mejor que no tomes nada con alcohol. ¿Qué te parece una limonada con pescado y papas fritas?

—Suena perfecto. —Cerré el menú y se lo devolví.

—¿No vas a preguntarme cuánto cuesta?

—Seguramente mucho menos que cerrar un restaurante solo para nosotros dos.

Se quedó pálida y yo me reí de su expresión de asombro.

—No te preocupes, Laura. Pagaría cualquier cosa por estar cerca de ti.

—Eso es un exceso, Harrison.

—No lo es. —Me costó contenerme para no tocarla ahí mismo y atraerla para besarla.

—Voy a encargar tu pedido. —Se alejó de mí, e imaginé que lo hacía para huir de lo que le acababa de decir.

Mientras esperaba, no le quité los ojos de encima, sin importarme lo que pensaran las otras personas del bar ni los compañeros de trabajo de Laura.

—Aquí está. —Volvió con la comida y la colocó sobre la mesa.

—¿Hay un beso tuyo en el menú?

Ella escondió el rostro tras la bandeja y me imaginé lo roja y avergonzada que se había puesto.

—No, solo más tarde. —Respiró hondo antes de responderme.

—Qué bueno que son exclusivamente míos.

—¡Por supuesto que lo son! ¿Qué clase de mujer crees que soy?

—Una muy hermosa que me vuelve loco.

—¡Harrison! —Laura se alejó cuando notó que su jefe nos estaba mirando.

Me quedé sentado en la mesa, observándola durante todo su turno. El bar estaba por cerrar cuando un hombre bajo, de cabello gris, salió de la caja y se acercó a mí.

—¿Está todo bien, señor?

—Sí. En realidad, podría estar mejor. —Miré a Laura con una sonrisa traviesa que no pude evitar.

—Disculpe, pero nuestras meseras no están disponibles. Este es un bar serio.

—Ah. —Me reí al darme cuenta de lo que había entendido—. No se equivoque, espero que lo sea. Laura es mi novia. Estoy esperándola para irnos juntos.

—Oh. —Abrió la boca sorprendido, pero tardó unos segundos en articular algo inteligible—. Disculpe.

—Está bien. —Me arremangué el blazer para ver la hora, y el jefe de Laura se quedó aún más sorprendido al ver mi reloj, un modelo sueco que costaba más que cualquier auto económico—. Faltan treinta minutos para la medianoche. ¿Puedo llevármela? —Saqué la billetera del bolsillo y le entregué ciento cincuenta dólares —. Creo que eso cubre todo.

—Por supuesto —dijo sonriendo, mientras guardaba el dinero con rapidez.

—Laura, ya puedes irte. Yo termino aquí.

—¿Eh? —Se acercó, confundida—. Aún no es mi hora de salida.

—Puedes irte, yo limpio todo. Casi no queda nadie en el bar. No tienes que dejar a tu novio aquí esperando.

—Harrison, ¿qué hiciste?

—Nada. —Me hice el desentendido.

Ella me miró y luego volvió a mirar a su jefe.

—Félix, puedo esperar hasta que termine mi turno.

—No te preocupes por eso, niña. Vete a casa.

Con algo de duda, se quitó el delantal y fue a guardarlo. Volvió con una pequeña cartera colgada al hombro y una mirada totalmente desconfiada dirigida hacia mí.

—¿Vamos? —Le tendí la mano, y ella dudó un momento antes de tomarla. ¿Por qué desconfiaba tanto?

Laura caminó conmigo hasta la calle y soltó mi mano apenas llegamos frente a mi auto.

—Harrison, ¿qué hiciste?

—Pagué la cuenta y pedí permiso para llevarte a casa. Bueno, al principio pensó que te estaba contratando para un servicio, pero se tranquilizó cuando le dije que eras mi novia.

—Harrison, si me haces perder el trabajo...

—Tranquila. —La atraje por la cintura—. No vas a perder el trabajo. Estoy seguro de que soy el mejor cliente de este bar. Además, yo puedo darte el dinero que ganarías aquí.

—No quiero que me des tu dinero.

—¿Por qué no? Solo es dinero. ¿Cuánto ganas al mes? ¿Trescientos, quinientos dólares? Yo puedo darte eso para que no tengas que preocuparte por trabajar.

—Harrison, las cosas no funcionan así. Necesito mantenerme por mí misma.

—¿Por qué?

—Porque si dejo que lo hagas, cuando te canses de mí, voy a tener que empezar todo de nuevo. Mi vida no es un juego, Harrison.

Noté lo tensa que se puso y entendí que había mucho más detrás de eso que solo el dinero. Laura me abrazó y acaricié su cabello castaño, embriagándome con su perfume a nueces.

—¿De verdad crees que me cansaría de ti, incluso si te doy lo que me pediste?

—¿De qué estás hablando? —Se apartó un poco de mí para mirarme a los ojos.

—De lo que dijiste que querías de mí antes de acostarte conmigo.

—¿Tu corazón?

—Sí.

—¿Estás dispuesto a darlo?

Ella me analizaba con tanta intensidad que sentí que, incluso con la escasa luz de la calle, podía ver mi alma. Ninguna otra mujer me había mirado así.

—Creo que sí.

—¿Por qué solo lo crees?

—Rechacé sexo fácil por ti, sin tener ninguna garantía de que lo nuestro vaya a pasar. Además, mi madre está furiosa desde que sabe que estoy saliendo con una inmigrante latina, y aun así estoy dispuesto a enfrentarla por ti. Tal vez no signifique exactamente lo que tú esperas, pero es más de lo que he hecho por cualquier mujer.

Me rodeó el cuello con los brazos y me besó. Imaginé que esa era su manera de demostrarme que estaba feliz. Le devolví el beso con un poco más de delicadeza cuando noté, por el rabillo del ojo, que su jefe nos observaba desde la puerta del bar. No sabía lo que estaba pensando, pero, sinceramente, no me importaba.

—Vamos al auto —La tomé para que entrara. Ya que le importaba tanto lo que pensaran, era mejor no quedarnos ahí.

Le abroché el cinturón, aprovechando la excusa para acariciarle el muslo, y le robé otro beso antes de encender el motor.

—Laura, ¿a qué hora entras a trabajar mañana?

—Tengo que estar aquí a las cinco de la tarde, ¿por qué?

—¿Puedo pasar a buscarte antes del almuerzo?

—¿Otra sorpresa? No puedo llegar tarde al trabajo.

—No vas a llegar tarde. Bueno, no prometo nada. No sé cuánto va a durar este secuestro mío.

—¿Secuestro?... ¡Harrison! —Hizo una mueca y solté una carcajada—. Así me vas a asustar.

—No tienes que preocuparte. Voy a llevarte de compras.

—¿Compras?

—Unas cuantas prendas y zapatos nuevos.

—No, no, ¡ni lo sueñes! No tienes porqué hacer eso.

—Tampoco tengo por qué pasar a buscarte todas las noches, pero aquí estoy, ¿no es cierto? Quiero que seas parte de mi mundo, Laura. Quiero poder llevarte conmigo a cenas y eventos importantes. Hay ocasiones que requieren cierta elegancia y ropa más sofisticada. Mi madre usó eso como un argumento ridículo para decirme que no debía estar contigo. Dijo que ni siquiera te vestías bien, pero eso es fácil de resolver. Voy a regalarte ropa nueva.

—Harrison, no me parece bien. —Estaba a la defensiva y con cara de desconfianza—. No quiero que pienses que estoy detrás de tu dinero.

—¿Y qué si lo estuvieras? —Me detuve frente a su casa y me giré para mirarla—. El dinero que tengo forma parte de quién soy. Probablemente no sería el mismo hombre si viviera en un barrio pobre y repartiera periódicos. Todo el conocimiento que tengo, todo lo que estudié, toda mi experiencia viajando por el mundo, se lo debo al dinero que tengo. No tiene nada de malo.

—La mayoría de la gente no piensa así.

—Yo no soy como la mayoría de la gente. —Le sonreí. Quería que Laura dejara de rechazar las cosas que podía ofrecerle. Obviamente, mi corazón no venía sin mi billetera. Aun así, me gustaba ver que tenía ese cuidado, sobre todo su preocupación por no parecer interesada. Si realmente estuviera detrás de mi dinero, ya lo habría aprovechado. Pero ahora era momento de que aceptara.

—No tienes que preocuparte por ropa para mí.

—¿Quieres ser realmente mi novia? ¿Estar conmigo en todo?

—Claro que sí.

—Entonces acepta la ropa, Laura. Es muy importante.

—Está bien. —Tragó saliva.

—Deja esa cara. —Le tomé el rostro por el mentón—. Son compras, Laura. A todo el mundo le gusta comprar.

—Tienes razón. —Sonrió, y la besé.

—Pasaré por ti mañana. —Abrí la puerta del auto y la dejé bajar.

Esa noche no intenté acostarme con Laura, como solía hacer, y regresé a casa sintiéndome un poco más liviano. Tal vez era hora de dejar que las cosas fluyeran por sí solas.

Me imaginé a Harold a mi lado, riéndose de mí y diciéndome que lo imposible estaba pasando: me estaba enamorando. Laura iba a conseguir lo que quería, mi corazón.



Treinta y seis

Entré a la casa de la señora Paola suspirando, porque aunque aceptar un regalo de esa magnitud me dejaba con dudas, no quería que Harrison pensara que estaba tratando de comprarse mi cariño. Quería una relación con él, sin que el dinero viniera incluido. Aun así, lo que dijo tenía lógica: si empezaba a frecuentar sus ambientes, tendría que verme más presentable.

—¿Laura? —llamó Valeria cuando entré al cuarto.

—Hola.

—¿Estuviste con Harrison? —Prendió la luz y parpadeó para acostumbrarse.

—Sí. Me fue a buscar al bar, como hace todos los días.

—Te ves feliz.

—Lo estoy, muchísimo. Mañana saldré con él antes de mi trabajo.

—¡Eso es genial! Sé que la tía Paola está preocupada, pero solo quiere que no salgas lastimada de todo esto.

—Lo sé, yo también tengo mis dudas a veces.

—Estoy apostando por lo mejor. Llevan tiempo saliendo y él aún no ha perdido el interés. Creo que de verdad le gustas y no quiere solo aprovecharse, como piensa mi tía.

—Empiezo a pensar eso. —Sonreí al recordar su amabilidad aquella noche.

—¿Ya han...?

—¡No! —Apresuré la respuesta—. Todavía soy virgen.

—¿Él lo intentó?

—Sí. —Confesé, atrayéndola hacia la cama—. Me besó y me tocó varias veces de forma inapropiada, pero cuando estoy con él… cuando me besa y me toca así, siento que lo deseo profundamente.

—¿Crees que terminarás cediendo? —Su expresión era seria, había algo en su mirada que no podía descifrar.

—Sí. —Exhalé con temor al juicio—. Pero le dije que solo tendría sexo con él cuando me entregara su corazón.

—¿Crees que eso pueda suceder?

—Eso espero. Creo que me estoy enamorando de verdad. Harrison me contó que le dijo a su madre sobre nosotros, creo que es un gran paso.

—¡Claro que lo es! —Valeria sonrió—. ¿Y qué dijo su madre?

—No le pareció bien. Dijo que soy una inmigrante pobre, pero no pareció convencerlo… —Pausé al darme cuenta de que no estaba siendo completamente honesta—. Bueno, sí influyó un poco: él dijo que mañana me llevará de compras para que tenga ropa para usar en su ambiente.

—¿Por qué te molesta eso? —Valeria se acercó a mi rostro, analizándome cariñosamente.

—No quiero que Harrison piense que estoy con él solo para recibir regalos o aprovecharme de su dinero. Me ofreció dejar el bar y que él me diera lo que gano.

—¿Y qué le respondiste? —Sus ojos se agrandaron sorprendidos.

—Que seguiré trabajando.

—Hiciste bien. Y en cuanto a la ropa, creo que él tiene razón. Usamos pantalones y camisetas que cuestan una miseria. A la gente adinerada le importa mucho lo que vistes. Creo que deberías aceptar los regalos. Eso demuestra que de verdad quiere comprometerse contigo.

—¡Gracias, Valeria! —La abracé, agradecida por la charla.

—Ahora tengo que dormir. —Se alejó y subió a la litera—. Buenas noches, Laura. Me alegra que las cosas con Harrison estén funcionando.

Salí del cuarto y me di una ducha antes de acostarme.



—¿Vas a salir? —preguntó doña Paola en cuanto me vio aparecer arreglada en la sala.

—Sí —respondí, acomodando la tira del bolso sobre mi hombro, algo avergonzada.

—Con ese hombre, me imagino.

—Sí, con Harrison.

—Parece que la cosa se está volviendo seria.

—Lo está —dije sin poder evitar sonreír.

—Espero que todo salga bien.

—Gracias, doña Paola. —La abracé antes de salir corriendo cuando escuché una bocina.

Apenas salí, vi a Harrison junto a un auto rojo brillante, con el frente alargado. Era uno de los autos más bonitos que le había visto conducir.

—¡Laura! —Me abrazó y me dio un beso corto apenas me lancé a sus brazos—. ¿Cómo pasaste la noche?

—Pensando en ti.

—Yo también. —Me acarició el cabello con los dedos antes de sujetarme la nuca y atraerme hacia otro beso.

Se separó de mí y abrió la puerta para que subiera al auto. Fui observando las calles de Miami hasta que llegamos a un centro comercial. Nunca había entrado ahí. Toda la ropa y otras cosas que había comprado antes eran de pequeñas tiendas del barrio donde vivía, y apenas pasamos por las puertas giratorias, supe que ni siquiera me habría atrevido a entrar sola en un lugar así. Las tiendas eran imponentes, y la gente que caminaba allí lo hacía con la cabeza bien alta. Me sentí pequeña, fuera de lugar, aunque iba del brazo de Harrison. Esa realidad estaba a años luz de todo lo que conocía.

—¿Qué pasa, Laura? —Me miró al notar que estaba apretando la manga de su blazer.

—¿No hay un lugar más… intermedio?

—¡No! —rió—. Este es el lugar. Deja de preocuparte.

Harrison pasó el brazo por mi espalda y me sujetó firme de la cintura, llevándome hasta la escalera mecánica. Subimos al segundo piso del centro comercial. Prácticamente me arrastró hasta una enorme tienda de ropa femenina. Apenas cruzamos la entrada, sentí que estaba dentro de un sueño… de esos exagerados.

Las paredes blancas de la tienda contrastaban con vitrinas y percheros negros. En el centro colgaba una enorme lámpara de cristal y los maniquíes lucían prendas completamente distintas a cualquier cosa que yo hubiera usado.

—Buenos días, ¿en qué puedo ayudarlos? —Se acercó una vendedora. Me di cuenta de que me miró con cierto desdén, aunque

llevaba mi mejor vestido. Pero su sonrisa se amplió al ver a Harrison.

—Quiero ropa nueva para Laura. Todo. Vestidos, faldas, blusas...

—Será un placer ayudarles. —La vendedora hizo un gesto para que la siguiéramos hacia el fondo de la tienda—. ¿Quieren una mimosa?

—Puedes ofrecerle una a ella. —Harrison acarició con ternura mis hombros, y la sonrisa en los labios de la vendedora se desdibujó apenas un poco al notar que había algo entre nosotros.

—Está bien. —Hizo una seña a alguien que se acercó con una bandeja llena de bocaditos de aspecto extraño.

Observé los pequeños cuadrados de pan con lo que parecía ser una lonja de salmón y unas bolitas negras encima.

—¿Qué es esto? —Fruncí el ceño.

—Canapés de caviar —respondió la camarera.

—Ah. —Seguí sin entender, pero preferí no parecer más fuera de lugar de lo que ya me sentía.

Harrison tomó uno y se lo llevó a la boca. Yo lo imité, aunque no fue ni de cerca lo más sabroso que haya probado en la vida. Tomé la copa de mimosa, una mezcla de champán con jugo de naranja que solo conocía gracias a una película.

—Recibimos algunos modelos exclusivos de vestido la semana pasada. Tienes un cuerpo hermoso, como de modelo, estoy segura de que te quedarán perfectos.

Harrison me quitó la copa de las manos antes de que la vendedora prácticamente me empujara dentro de un probador. La primera prenda que me dio fue un vestido con estampado de leopardo que me pareció demasiado llamativo, y casi me desmayé al ver el precio en la etiqueta: ¡dos mil dólares! Ni quería pensar cuántas horas tendría que trabajar para pagar uno solo de esos vestidos.

—Déjame ver —pidió Harrison desde afuera.

—No me gusta. —Hice una mueca y me acerqué a él—. Es carísimo —susurré para que solo él me oyera.

—No te preocupes por el precio —Me acarició el rostro—, pero cámbiate porque a mí tampoco me gustó —Rió—. No es tu estilo.

—Tal vez algo un poco más neutro —le pedí a la vendedora.

—Enseguida te consigo otras opciones.

Volví al probador y me quité el vestido de leopardo para ponerme uno negro. Me pareció precioso y me sentí hermosa con él… hasta que vi el precio. Si uno solo costaba mil quinientos dólares, ni quería imaginar cuánto valdría renovar todo un guardarropa.

—¡Este te queda perfecto! —Harrison sonrió al verme salir.

Le mostré la etiqueta e hice una mueca. Él rió e hizo un gesto para que volviera a cambiarme. Probé unos quince o veinte vestidos más y me gustaron cinco. Solo en eso, ya íbamos por diez mil dólares gastados en media docena de vestidos.

Después me probé algunas faldas de cintura alta, blusas y hasta un par de trajes de corte femenino.

—¿Ya es suficiente? —pregunté, buscando la mirada de Harrison con preocupación. Ya había perdido la cuenta de cuánto habíamos gastado en toda esa compra.

—Por ahora, sí —respondió mientras abría su blazer y sacaba un talonario de cheques de un bolsillo interno—. Puedes empacarlo todo, por favor —le dijo a la vendedora.

—Sí, con todo gusto —respondió ella con una sonrisa de oreja a oreja. Seguramente se llevaría una excelente comisión por esa venta.

Mientras todas las prendas eran colocadas en bolsas, Harrison firmó un cheque para pagar la compra y yo me quedé allí, observando en silencio, tensa. Todo eso seguía siendo demasiado para mí.

Él tomó la mayoría de las bolsas y salimos de la tienda, lo que me permitió respirar un poco más aliviada.

—¿Ya es suficiente?

—Todavía no. —Me tomó del brazo y me arrastró hasta una tienda de calzado.

Mientras me probaba varios modelos de zapatos, sandalias y botas, Harrison fue hasta uno de los quioscos y volvió con unos croissants. Le sonreí con gratitud. Tenía hambre, y esos bocadillos con pescado distaban mucho de ser sabrosos o de haberme quitado el apetito.

Salimos de la zapatería con más bolsas y fuimos directo a una joyería. Si me habían parecido caros los vestidos, era porque aún no había visto los precios de esos pendientes y collares.

—Mira este —dijo Harrison mientras colocaba un collar de brillantes sobre mi cuello.

—Sí, es hermoso. —Toqué la joya, sintiéndome como si estuviera en una película de princesas.

Lo impensado estaba sucediendo. Estaba viviendo una experiencia que jamás habría imaginado.

—Nos llevamos este —dijo Harrison, quitándome el collar y entregándoselo a la vendedora—. También quiero esos pendientes de perlas, los que combinan con este collar —agregó mientras seguía mirando a su alrededor—. Y ese reloj de ahí también. —Señaló hacia la vitrina.

—¡Harrison!

—No pongas esa cara. —Me miró con una expresión juguetona que me hizo suspirar.

—¿Es tu prometido? —preguntó una vendedora.

—Mi novio.

—Tienes suerte de tener a un hombre tan enamorado.

Sonreí sin saber qué responder, mientras sus palabras resonaban en mi cabeza. *¿Suerte? ¿Enamorado? ¿Será...?*

—Listo, ahora sí podemos irnos. —Harrison tomó las bolsas de la joyería.

Asentí y salimos del centro comercial, cargando todas las bolsas hasta su auto.

—Harrison, ¿no crees que exageraste un poco? —le pregunté al ver el baúl lleno mientras me cubría los ojos del sol fuerte de la tarde en Miami.

—Para nada. —Revisó las bolsas hasta encontrar unos lentes de sol, que colocó sobre mi rostro.

Negué con la cabeza, pero mi rostro estaba cubierto por una sonrisa difícil de ocultar.

Harrison cerró el baúl del auto y me atrajo por la cintura, apretándome contra su pecho.

—Ve acostumbrándote a esto, Laura —susurró antes de besarme el cuello, luego el mentón, y por fin tomar mis labios con los suyos.

Me derretí entre sus brazos, entregándome al beso sin preocuparme por estar a la vista en el estacionamiento del centro comercial. Le acaricié el rostro y deslicé las manos hasta su cabello suave. Permanecimos así hasta que perdí la noción del tiempo y fue él quien se apartó.

—Te voy a llevar a casa porque necesito volver a la concesionaria —dijo, sin soltarme la cintura.

—Me parece bien. El dinero para pagar todo esto tiene que salir de algún lado.

—Déjame a mí preocuparme por eso. —Me dio un beso corto antes de soltarme.



Harrison abrió la puerta de la casa de doña Paola para que entrara y me ayudó a llevar las bolsas hasta el sofá del living.

—¿Qué es todo esto? —preguntó Paola, apareciendo con expresión confundida al vernos entrar.

—Compras —respondió Harrison, mientras dejaba las últimas bolsas dentro de la casa.

Me atrajo hacia él y morí de vergüenza al ver que doña Paola nos estaba mirando.

—El sábado tengo la inauguración de un hotel y quiero que vengas conmigo. No voy a aceptar un no como respuesta.

—Harrison, tengo que trabajar.

—Déjamelo a mí, yo me arreglo con tu jefe —dijo, guiñándome un ojo.

—No... —iba a protestar, pero me calló con un beso antes de que pudiera terminar la frase.

—Ya te dije que no acepto un no como respuesta.

—Si pierdo mi trabajo...

—No lo vas a perder, confía en mí.

—Está bien —asentí, alejándome un poco de él.

—Nos vemos esta noche. —Me dio un beso corto antes de irse.

Me quedé observando su auto por la ventana hasta que desapareció por la calle.

—¿Qué es todo esto? —volvió a preguntar doña Paola, señalando las bolsas en cuanto me di vuelta hacia ella.

—Harrison piensa que necesito ropa nueva.

—Ay, niña, no dejes que el dinero de ese hombre se te suba a la cabeza ni que te deslumbre toda la magia de salir con alguien

como él. Cuanto más alto se sube, más fuerte duele la caída cuando te quitan el suelo bajo los pies.

—Lo dices como si te hubiera pasado algo así.

—Me enamoré de un estadounidense cuando era joven y bonita, igual que tú. Tom no era tan rico como ese muchacho, pero creí que podía tener una vida distinta con él, casarnos, conseguir la ciudadanía...

—¿Qué pasó? —insistí al notar que su voz se había apagado a la mitad del relato. Probablemente recordó algo que le dolía, pero no pude contener mi curiosidad.

—Me dejó sola y embarazada.

Tragué saliva, paralizada por el impacto.

—¿Y el bebé?

—Lo perdí. —Bajó la cabeza, tratando de ocultar los ojos llenos de lágrimas.

—Lo siento mucho. —La abracé, sintiéndome terrible por haberla hecho revivir un recuerdo tan doloroso.

—Fue difícil, pero tal vez fue lo mejor. En ese momento apenas tenía para comer. No sabía cómo iba a cuidar de un hijo.

En ese momento entendí por completo su preocupación conmigo, el miedo de que lo que ella había vivido pudiera repetirse en mi vida.

—Si Dios quiere, ese hombre no te va a abandonar —dijo entre sollozos, secándose las lágrimas con el dorso de la mano.

—Gracias.



Treinta y siete

—¡Desapareciste! —Escuché la voz de David cuando atendí el teléfono en mi oficina.

—Estoy trabajando.

—Sabes a qué me refiero. No me llamas, no hemos salido a tomar algo.

—He estado ocupado.

—¿Con la empleada doméstica?

—Sí, con Laura. Por cierto, ahora es mesera.

—¡Da igual! ¿Todavía no te has acostado con ella?

—No.

—Carajo, no lo puedo creer. Debes estar casi virgen de tanto esperar. Amigo, deja a esa mujer y busca otra.

—No voy a dejarla —respondí con firmeza, incluso sorprendido por mi propia seguridad—. Estoy tomando en serio la idea de salir con Laura.

—¿Qué? ¿Estás bromeando? ¿Secuestraron a mi mejor amigo y lo reemplazaron con un extraterrestre?

—Sigo siendo yo, David. Tal vez un poco distinto, lo admito, pero sigo siendo yo. Algunas cosas que Harold decía sobre su prometida empezaron a tener sentido. Me encanta pasar cada minuto con ella.

—¿Sin sexo? ¿En serio vas a tirar por la borda toda tu vida para limitarte a besarla y tomarle la mano? Es linda, pero no vale tu castidad.

—David, no es que Laura y yo nunca vayamos a acostarnos.

—Pasar meses para acostarte con una mujer es demasiado para mí.

—¿Vas a ir a la fiesta del sábado? —cambié de tema. Ya no quería seguir hablando de eso. David no lo iba a entender, y siendo sincero, ni yo mismo lo entendía del todo. Solo estaba haciendo caso a lo que sentía.

—Sí, ¿y tú?

—Voy, y Laura va conmigo.

—No puedo creer que vas a desperdiciar tu oportunidad de salir de la sequía.

—No la voy a desperdiciar.

—¿Quién eres tú y qué hiciste con mi mejor amigo?

—No seas idiota, David.

—Solo falta que me digas que te vas a casar con esa mujer sin antes hacerle una prueba de manejo.

No respondí. La posibilidad de casarme era tan lejana que ni siquiera lo había considerado desde que empecé a salir con Laura. Ella tampoco había mencionado directamente que quisiera casarse conmigo. No es que el matrimonio fuera imposible, pero nunca estuve buscando una esposa. El matrimonio de mis padres tampoco era la mejor referencia que tenía; estaban lejos de ser una pareja

ideal. Me gustaba la vida promiscuamente libre, pero Laura había cambiado muchas de mis perspectivas.

—¿Harrison, sigues ahí?

—Sí. Me voy a acostar con Laura, solo es cuestión de tiempo.

—Ya quiero ver eso. Esa mujer te puso un cinturón de castidad y ni se inmuta.

—Nos vemos en la fiesta, tengo que colgar.

—Dale —dijo él justo antes de que yo colgara el teléfono.

Quería acostarme con Laura, claro que sí. Pero ya no era mi prioridad número uno cuando estaba con ella.



Llegué al bar esa noche unos minutos antes de que cerrara y fui directo a la caja donde estaba el dueño.

—Buenas noches —saludé, apoyándome sobre el mostrador.

—¿Eres el novio de Laura, cierto? —Se quitó los anteojos, que supuse eran para leer, y guardó los billetes que estaba contando.

—Sí. Soy Harrison Clark.

—¿Harrison Clark? —Sus ojos se agrandaron tanto que parecían dos bolas de billar. No esperaba que decirle mi nombre le causara tanto impacto—. ¿Eres el dueño de Golden Motors, verdad?

—Sí.

—Ah, debí haberte reconocido. El año pasado saliste en una edición de Forbes con una nota sobre ti. Entraste en la lista de los cuatrocientos estadounidenses más ricos.

—Estoy en el puesto trescientos noventa y siete, no es una posición muy destacada.

—Ah, si yo tuviera una fortuna estimada en novecientos millones de dólares...

Solo me reí, tratando de no continuar con ese tema.

—¿Por qué la dejas trabajar aquí por dieciséis dólares al día y un montón de propinas? —Señaló a Laura con la cabeza, y me giré para verla atendiendo una mesa con esa sonrisa carismática que me enamoraba todos los días.

—Laura insiste en tener este trabajo.

—Las mujeres... creo que nunca las entenderé. Llevo veinte años casado y todavía no lo consigo.

—Hablando del trabajo, la necesito el sábado para un compromiso importante. Obviamente, le pagaré el día.

—Lo que no hacemos por amor ¿no?

—Sí.

—Le pediré a mi esposa que venga a cubrir el turno de Laura el sábado.

—Gracias. —Saqué cien dólares de mi billetera y se los entregué.

—¿Harrison? —Laura se acercó al verme—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Negociando tu día libre del sábado.

—Ve y diviértete, niña —dijo Félix con una sonrisa.

—Gracias, señor.

—Ya es medianoche —dije al mirar mi reloj de pulsera—. ¿Vamos?

—Solo voy a buscar mis cosas. —Me dio un beso en la mejilla y se fue hacia lo que parecía ser una sala para empleados.

—Es una gran mujer —murmuró el dueño del bar.

—Lo es —respondí en voz alta.

Laura volvió y tomé su mano antes de llevarla a mi auto.

Apenas subimos, arranqué y conduje hacia una calle más alejada del bar donde trabajaba, para que no se sintiera incómoda si alguien nos veía.

—¿Qué estamos haciendo aquí? —Miró por la ventana—. ¿Pasó algo con el auto?

—No. —Apagó el motor—. Solo que no pude besarte como quería. —La atraje por la cintura hasta sentarla sobre mí.

—Harri... —dejó de hablar en cuanto metí los dedos en su cabello y atraje su rostro hacia el mío. Estaba desesperado por saborear sus labios.

Metí la lengua en su boca, buscando la suya, mientras bajaba una mano por su columna, haciéndola retorcerse en mis brazos, hasta apretar su trasero, que me había llamado la atención desde el primer día. Laura se movió sobre mí por reflejo y mi verga se endureció de inmediato. El deseo de tenerla volvió con fuerza. Profundicé el beso, lamiendo y mordiendo sus labios deliciosos, al tiempo que deslizaba la otra mano por debajo de su camiseta, tocando su piel suave, buscando sus pechos. Deslicé mis dedos dentro de su sujetador, rodeando la forma de media copa que protegía su pecho, lo suficientemente lleno como para que entrara mi mano, pero no demasiado grande. Seguí besándola con tanta intensidad que esperaba que no le importara mi mano acariciando su pecho. Su pezón se endureció bajo mi toque, y lo apreté con más fuerza, arrancándole un gemido. Cuanto más la tocaba, más quería hacer algo más que simplemente acariciarla.

Solté su trasero para levantar su blusa y bajar el sostén. Incluso con la poca luz que entraba por la ventana del coche desde los postes de la calle, pude ver sus senos saltando ante mis ojos. Me incliné y me llevé uno a la boca, chupando el pezón sin ningún pudor. Estaba completamente excitado, deseando arrancarle la ropa y penetrarla de una vez.

—Harrison, para —dijo, apartando su cuerpo hacia atrás y haciendo sonar la bocina antes de moverse al asiento del copiloto.

Respiré hondo para no enojarme. Era desesperante estar tan cerca y al mismo tiempo tan lejos.

—Voy a llevarte a casa —dije, agarrando el volante con fuerza, esperando calmar mi frustración.

—Harrison. —Puso la mano sobre la mía, obligándome a mirarla—, en el auto no.

—¿Qué quieres decir con eso? —De pronto noté una posible rendija en su frase, e imaginé que tal vez estaba escuchando más de lo que realmente había dicho.

—No quiero que sea en el auto. Quiero que sea en una cama...

—Laura, eso significa que...?

—¿Tengo tu corazón, Harrison? —Puso la mano sobre mi pecho, y yo deseaba que pudiera sentir lo fuerte que latía en ese momento.

—Sí. —Reí entre la desesperación y la certeza abrumadora—. Claro que lo tienes.

—Entonces está bien, pero no en el auto. Al menos no la primera vez.

—De acuerdo. —Tomé su rostro de nuevo y la besé con ternura, conteniéndome un poco.



Treinta y ocho

Después de que Harrison me dijo que yo tenía su corazón, finalmente accedí a terminar con su espera, aunque sabía que eso no garantizaba que él fuera a casarse conmigo. El resto de la semana fue extraño. No en el mal sentido, pero sí raro, porque me pasé esos días esperando que hiciera algo, que me raptara y me llevara a una cabaña abandonada. Pero Harrison no hizo nada. Fue mucho más respetuoso que antes, no metió las manos debajo de mi ropa ni me apretó el trasero. Por un momento llegué a pensar que, al haber cedido, él había perdido el interés, pero pronto descarté esa idea porque seguía yendo a buscarme al bar y tratándome con cariño.

El día de la fiesta finalmente llegó y yo estaba muy nerviosa, porque no sabía qué podía pasar, qué tipo de gente habría allí, ni si les caería bien. Además, sería la primera vez que usaría las cosas que Harrison había comprado para mí. No tenía sentido vestir algo tan caro solo para ir a trabajar.

Elegí un vestido negro discreto, con escote que dejaba los hombros al descubierto y un corte entallado que se ajustaba a las curvas de mi cuerpo. Recordaba haber visto a la princesa Diana usando uno así, y desde que Harrison había entrado en mi vida, era como si me hubiera llevado directamente al más improbable cuento de hadas. Escogí unas sandalias plateadas y el juego de joyas con brillantes.

—¡Guau!

Giré la cabeza y vi a Valeria entrando en la habitación, viéndome casi lista.

—Pareces una princesa —dijo, sonriendo mientras acomodaba mi cabello para que cayera en ondas alrededor de mi rostro.

—Creo que así me siento —dije, y mis mejillas se sonrojaron.

—Te lo mereces.

—No lo sé, pero estoy muy feliz de estar viviendo esto.

—¡Claro que lo mereces! Solo falta el labial, y ponerte una gran sonrisa.

—Gracias. —La sonrisa surgió naturalmente.

Mi amiga fue al cuarto de su tía y volvió con un labial rojo para que me lo pusiera.

—Valeria —dije mientras le tomaba las manos, ya lista para salir.

—¿Qué pasa? ¿Por qué estás tan tensa?

—Harrison me dijo que tengo su corazón.

—¡Eso es muy bueno! Me alegra por ti, pero... ¿qué fue lo que pasó para que tengas esa cara?

—Acepté...

—¿Crees que estás lista? —Su rostro reflejaba una mezcla de sorpresa y curiosidad.

—No lo sé. Tal vez solo lo sabré en el momento. Pero mi cuerpo lo desea desesperadamente cada vez que él me toca de

forma provocadora. Lo deseo, lo deseo mucho, aunque me dé miedo.

—Todo va a salir bien —me aseguró, apretando mis manos.

—Gracias.

—Tu novio ya llegó, niña —dijo doña Paola, asomándose en el cuarto—. Estás preciosa.

—Gracias.

Valeria me dio un abrazo y me despedí de su tía antes de salir a la calle, donde Harrison ya me estaba esperando. Al verme, sonrió, y fue inevitable no fijarme bien en él. Aunque siempre usara traje, incluso en días de calor insoportable, esa noche llevaba uno diferente: completamente negro, con una camisa blanca debajo y moño. Un esmoquin como los que yo solo había visto en televisión. Su cabello oscuro estaba perfectamente peinado hacia atrás, sin un solo pelo fuera de lugar, y sus ojos azules brillaban.

—Estás hermosa —dijo, besando el dorso de mi mano.

—Tú también.

—Ese vestido te queda perfecto.

—Es precioso —respondí, acariciando la tela.

—Hoy va a ser difícil no sentir celos.

—¿Por qué?

—No van a quitarte los ojos de encima.

Me cubrí el rostro con la mano, avergonzada.

Subimos al auto y fuimos rumbo al hotel cinco estrellas que estaba siendo inaugurado frente a la playa, en *South Beach*. Iba nerviosa, inquieta en el asiento, moviéndome de un lado al otro. No sabía cómo comportarme en ese tipo de eventos y temía hacer quedar mal a Harrison.

—¿Qué pasa, Laura? —preguntó, apoyando la mano sobre mi muslo cuando estacionó frente al hotel.

—Tengo miedo de no saber cómo actuar y decepcionarte.

—Sé tú misma. Me enamoraste siendo como eres, y estoy seguro de que también vas a encantar a los demás. No te preocupes, solo compórtate con naturalidad.

Sentía mariposas en el estómago, pero sabía que, si Harrison seguía conmigo, eso significaría tener que enfrentar muchas situaciones como aquella. Caminamos tomados del brazo hacia el interior del hotel. Cada vez que lo miraba y lo veía sonriéndome, todo se volvía un poco más fácil.

El vestíbulo del hotel era deslumbrante. El gran salón, lleno de lámparas de cristal y luces en las paredes, estaba repleto de personas tan bien vestidas como nosotros.

Harrison me llevó con un hombre rodeado por un pequeño grupo de personas. En cuanto él notó nuestra presencia, se separó de los demás y abrazó a Harrison.

—¡Frederick!

—¡Harrison Clark! Qué gusto verte por aquí.

—Laura, él es Frederick Jones. Fuimos compañeros en la escuela.

—Mucho gusto —dije, extendiéndole la mano. Él la tomó y besó el dorso.

—¡Encantado! ¿Y quién es esta bella dama?

—Mi novia —dijo Harrison, pasando su brazo por mi cintura.

—¿Novia? Pensé que jamás dirías esa palabra, pero es preciosa.

—Gracias.

Era difícil no sentirme intimidada con la forma en que me miraba. Harrison tenía razón: me estaban devorando con la mirada.

Me presentó a varias personas más durante la fiesta, y todos fueron muy amables conmigo. Nunca sabría si eran sinceros o no, pero al menos parecía que les agradaba conocerme. Todos eran desconocidos para mí, hasta que apareció el amigo que había visto con él en el bar. Era el hombre rubio de ojos verdes, acompañado

por dos mujeres, una en cada brazo. Harrison lo vio y negó con la cabeza.

—Chicas, él es mi mejor amigo y la futura señora Clark —dijo en un tono burlón que no me cayó nada bien.

—¡Hola! —saludaron ellas, casi frotándole los escotes en la cara a Harrison.

¿Sentí celos? Absolutamente. Quise apartarlo de ellas, pero no podía hacerlo sin delatar lo que estaba sintiendo.

—Hola, David. Hola, chicas —respondió Harrison con cortesía, aunque pude notar que estaba incómodo.

Alguien anunció que el show estaba por comenzar y fuimos hacia el restaurante del hotel. Me alegré de tener una excusa para salir de esa situación tan tensa.

Cuando vi a la banda que se preparaba en el pequeño escenario al fondo del restaurante, sentí que iba a enloquecer. Pensé que estaba soñando y me di pequeños pellizcos.

—¿¡Bon Jovi!?

—¿Te gustan? —preguntó Harrison, riéndose de mi emoción.

—¡Muchísimo! —Me moví de un lado a otro cuando comenzó a sonar *Livin' on a Prayer*—. ¿Y a quién no?

—Sí, son buenos, pero a mí me gusta un poco más Guns N' Roses. A veces escucho a Michael Jackson.

—¿Michael Jackson? Nunca imaginé que lo escucharas.

—¿Por qué no? —Encogió los hombros.

—Claro que puedes. ¡Ohhh Livin' on a Prayer! —Cantaba junto con ellos. ¿Quién diría que una fiesta que me intimidaba tanto terminaría con un show de una de mis bandas favoritas?

Harrison se estaba divirtiendo con toda mi emoción.

—Voy a conseguirte un vinilo autografiado —me dijo cerca del oído, justo cuando la música se volvió demasiado alta como para escucharlo bien.

—¿En serio? —Mis ojos brillaban de emoción.

—¿Alguna vez he dejado de cumplir una promesa?

Negué con la cabeza.

Harrison se alejó de mí y fue a hablar con ese tal Frederick, que simplemente asintió. Imaginé que le había pedido el disco para mí.

—Gracias, Harrison. —Le di un beso corto cuando volvió.

—Me encanta ver esa sonrisa tuya. —Acarició mi rostro, y yo cerré los ojos, disfrutando de su caricia.

Escondí la cabeza en su pecho, avergonzada.

Vimos todo el show y yo estaba deslumbrada. Cuando la banda terminó, Harrison y Frederick fueron a hablar con ellos y él regresó con un vinilo autografiado para mí.

—No sé cómo agradecerte. —Abrazaba el disco con fuerza.

—¿Qué te parece dormir conmigo esta noche? —Acarició mi rostro y acomodó un mechón de mi cabello detrás de la oreja.

—¿Aquí? —Tragué saliva.

—Sí. La suite presidencial es mucho más cómoda que mis autos, te lo aseguro.

—Está bien. —No sabía si sonreír o esconder la cara de vergüenza. Ya no podía decirle que no, aunque no estuviéramos casados, sentía que no me arrepentiría de tomar esa decisión.

Harrison me dio otro beso corto y me llevó con él. Regresamos al vestíbulo del hotel y subimos en un ascensor hasta el último piso. En cuanto se abrieron las puertas de metal, caminamos por un pasillo luminoso lleno de candelabros, hasta llegar a la última puerta. Sacó una llave del bolsillo, y me pregunté si ya se había estado preparando para esto con anticipación.

Abrió la puerta y esperó a que yo entrara primero. Me contuve para no soltar un "wow" al ver lo que había preparado para nuestra primera noche juntos. Estábamos en una pequeña sala con dos

divanes clásicos colocados a cada lado de una mesa de centro de vidrio. Sobre la mesa, un ramo de rosas blancas y rojas rodeado de velas. Un sendero de pétalos de rosas rojas llevaba hasta una puerta blanca con detalles dorados, que imaginé que conducía al dormitorio.

—Harrison, no sé qué decir.

—Te lo mereces. —Me dio un beso lleno de cariño antes de levantarme y llevarme a la habitación, que también estaba llena de velas. Sobre la cama había un corazón de pétalos rojos con una *H* en pétalos blancos.

—¿Tu corazón?

—Para ti. —Me puso sobre su corazón sin molestarse en romperlo.

Estaba ansiosa, temblando y, al mismo tiempo, derritiéndome por completo por él. Mirando alrededor de esa habitación, así decorada, entendí por qué Harrison había esperado tanto después de que accedí a tener sexo con él. Quería que mi primera vez fuera perfecta.

Me besó, arrimando su cuerpo cálido y pesado contra el mío, y yo le correspondí con la misma intensidad. Sumergiéndome en la envolvente sensación de la presión de sus manos deslizándose por mi cuerpo, rodeando mis muslos y subiendo por el interior de mi vestido.

Harrison provocaba pequeños incendios dondequiera que me tocaba. Mi corazón latía con fuerza y tenía miedo, pero al tocarme, mi tensión y mi aprensión se disiparon. Me envolvía en una neblina que me hizo olvidar todo lo que nos rodeaba: el miedo y el hecho de que era mi primera vez.

Me rozó con su barba incipiente y cerré los ojos, apretando las pupilas, sumergiéndome en las oleadas de frío y calor que se unieron, haciéndome perder el control de mi propio cuerpo. Me atrajo hacia él, arqueando mi espalda solo para poder bajarme la cremallera del vestido, y luego me recostó contra las almohadas.

Su boca regresó a mi cuello, dejando besos y chupetones que lentamente me agotaron la cordura. Sin duda, ese era el camino más delicioso hacia la locura.

Bajó el tirante de mi vestido hasta dejarme el pecho al descubierto. Pensé que lo agarraría enseguida, pero me besó el hombro, rozando mi piel con los dientes, dejando pequeños besos, trazando un camino de perdición hasta mi pecho. Cuando por fin lamió mi pezón, este se endureció al instante.

Froté mis piernas contra sus caderas, sintiendo el deseo latir intensamente entre ellas. Quería a Harrison allí...

Con la mano, expuso mi otro pecho y lo tocó, presionando el pezón con el pulgar. Gemí suavemente, explorando y absorbiendo cada nueva sensación que me provocaba. Mis manos recorrieron sus hombros e, instintivamente, comencé a desabrocharle el blazer, quitándoselo. Harrison terminó de quitarse la prenda y la colocó en la mesita de noche.

En cuanto me besó de nuevo, su mano se deslizó por mi vientre y se posó entre mis piernas. Me arqueé contra él y le mordí el labio inferior mientras sus dedos se deslizaban dentro de mis bragas y recorrían mi sexo hasta encontrar mi clítoris. Gemí contra su boca, dominada por las deliciosas pulsaciones que emanaban de esa zona. Con la otra mano, continuó apretándome el pecho, y comprendí por qué Harrison deseaba tanto hacerlo; se sentía tan bien...

Dejó de estimularme y me quitó las bragas, deslizándolas por mis muslos hasta que me cubrieron los dedos de los pies. Intenté cerrar las piernas, protegiendo instintivamente esa zona sensible, pero no pude, pues él las sujetaba, agachándose y doblándose sobre mí. No entendí qué pretendía hacer hasta que su lengua recorrió los labios de mi sexo.

—¡Harrison! —Mi protesta fue ahogada por un gemido frenético.

Me tomó en su boca, hundiendo sus labios y boca de una manera que no me pareció apropiada, pero igualmente era deliciosa, y Harrison parecía saberlo muy bien. Metió un dedo dentro y sentí que mis músculos se contraían ante la intrusión. Esta vez, a diferencia de la vez en el helicóptero, no sentí dolor.

No apartó la boca, lamiéndome, chupándome y llevándome al cielo sin levantarme de la cama. Me retorcí, enroscando los dedos en las sábanas y gimiendo. Pronto la tensión explotó, y experimenté una sensación similar a la de la primera vez, solo que más intensa. Mis gemidos histéricos sirvieron de señal a Harrison. Levantó la cabeza, rompiendo el beso íntimo, pero no retiró el dedo, simplemente insertó otro. Me estiré en la cama con una ligera molestia, pero Harrison siguió moviendo el dedo para que pudiera adaptarme. Pronto sus dedos se movieron fácilmente dentro de mí, y volví a frotarme las piernas. Un tercer dedo se unió a los otros dos, y el dolor era un poco más incómodo, tardando un poco más en aflojar, pero pronto volví a frotarme contra su mano, rogándole en silencio que continuara.

Harrison retrocedió y se quitó la camisa, los pantalones y los zapatos, dejando la ropa interior para el final. Pude ver su bulto bajo la tela.

—¿Lista?

—No sé.

—Prometo ir muy despacio. —Se quitó la ropa interior y lo miré completamente desnudo bajo la luz de las velas colocadas por toda la habitación.

Harrison me quitó el vestido, dejándome solo con mis sandalias, y me besó de nuevo. Esta vez sus besos fueron aún más feroces; sentí que mis labios acabarían uniéndose a los suyos por la presión, el hambre... Ya me dolían por las mordidas de Harrison, pero no quería que se apartara.

Él sostuvo mis muslos, hundiendo sus dedos en mi piel y manteniéndolos separados mientras se acomodaba.

—Estoy enamorado de ti —me susurró al oído, un segundo antes de abrazar sus hombros al sentir el dolor.

De repente, toda la embriagadora oleada de placer fue dejada de lado por una sensación de estar siendo destrozada lentamente por él.

—¡Me duele! —Intenté apartarlo, pero Harrison seguía encima de mí.

—Tranquila. —Me besó la cara y el cuello—. Solo un poquito más. —Me sacudió, haciéndome gemir, y sentí su miembro penetrarme por completo.

Harrison permaneció inmóvil, con las caderas pegadas a mí, pero empezó a besarme y acariciarme de nuevo, probablemente para acostumbrarme a su presencia. Sus caricias y besos, que iban desde la ternura hasta el deseo, me recordaron rápidamente las sensaciones de mi cuerpo y todo mi deseo por él, disipando el dolor.

Moví mi cuerpo contra el suyo, y Harrison empezó a moverse encima de mí. Podía ver cómo sus ojos se ponían en blanco con cada embestida.

—Abrázame —ordenó, envolviendo mis piernas alrededor de su cintura.

Obedecí, rodeándolo con mis brazos y piernas. Su cuerpo se apretaba contra el mío, rozándose con cada movimiento, lo que me ayudaba a aliviar el dolor. Pronto fue solo una molestia menor.

Harrison me sujetó la cara con ambas manos y me obligó a mirarlo mientras nuestros cuerpos se convertían en un nudo. Para entonces, ya no había vergüenza, solo una conexión muy profunda.

Él gimió mientras dejaba de moverse, justo antes de que sintiera algo cálido deslizándose dentro de mí.



Treinta y nueve

Estaba exhausto sobre ella y sentía su respiración agitada en mi cuello. Laura por fin había cedido, y el sexo con ella había sido completamente distinto a todo lo que había vivido. Sentía un calor en el pecho y unas ganas de abrazarla como nunca antes había sentido.

Me aparté después de recuperar el aliento y noté sangre en mi miembro. Laura había dejado de ser virgen, y lo había hecho para entregarse a mí. Acaricié su rostro y le di un beso suave.

—¿Cómo te sientes? ¿Ya pasó el dolor?

—Sí. Solo sigue ardiendo un poco.

—¿Vamos a bañarnos?

—Creo que no puedo ponerme de pie —dijo, mientras tomaba una almohada de la cama y se cubría el rostro.

—Puedes quedarte acostada por ahora. Voy a llenar la bañera para los dos.

—Gracias.

Fui al baño, encendí la luz y abrí la llave del agua caliente. Me sentía extraño, porque todavía no entendía con claridad lo que me estaba pasando por dentro.

Mientras se llenaba la bañera, fui a buscar una botella de champaña y algunas fresas, que coloqué junto con dos copas sobre una mesita al lado de la tina. Volví a la cama y observé a Laura desnuda durante unos segundos antes de tomarla en brazos. Aún me sorprendía lo hermosa que me parecía con cada día que pasaba.

Laura se acurrucó en mi regazo, con ternura, y yo suspiré.

—¿Está caliente?

Estiró el pie y rozó el agua con la punta del dedo.

—Me parece perfecta —respondió con una sonrisa.

La coloqué dentro de la bañera y me metí detrás de ella, sentándome para seguir abrazándola con firmeza.

—Quisiera que este momento dure para siempre. —Apoyó la cabeza en mi hombro.

—Eso será difícil, pero puedo prometerte muchos momentos como este.

Ella se dio vuelta y me besó, llenando mi rostro de espuma al apoyar las manos en mis mejillas. Comprendía su deseo de que ese momento no terminara nunca, porque era exactamente lo mismo que yo sentía.

Tomé una fresa y la deslicé por sus labios hasta que Laura la mordió.

—Estás hermosa —susurré, mordisqueando su oreja antes de besarle el cuello, provocando que se estremeciera entre mis brazos.

—Gracias, Harrison. Esta noche fue mágica.

Estaba de espaldas a mí y no podía ver sus ojos, pero imaginé que brillaban.

—Todavía no se ha terminado —dije mientras recorría su cuerpo con suavidad, envolviéndola con ternura y deseo.

Lentamente deslicé mi mano desde su pecho, bajando por su vientre, hasta estar entre sus piernas. Laura se retorcía contra mí y arqueaba su cuerpo, tirándose hacia atrás hasta que el mío la detuvo. Recorrí con el dedo índice los labios de su sexo hasta encontrar el clímax de su placer. Presioné ligeramente y disfruté de los suaves gemidos que emitía, cerca de mi oído. Aumenté la velocidad, intentando mantener la presión, aunque el agua que nos rodeaba lo dificultaba un poco. Cuanto más movía el dedo sobre su clítoris, más se retorcía Laura en mis brazos. Mantuve la presión, en un movimiento incesante, y pronto sus gemidos agudos y jadeantes delataron su orgasmo.

—¿Llegaste? —pregunté en voz baja, mordiendo su oreja.

Ella asintió, temblando, con una mezcla de pudor y satisfacción.

—¿Quieres una fresa?

—Sí —respondió, todavía con la voz entrecortada.

Le ofrecí una más y la llevé a su boca.

—¿Cuándo vamos a volver a casa?

Fruncí el ceño. No era la pregunta que quería escuchar justo entonces.

—Ya es tarde. Quédate esta noche conmigo. Mañana te llevo.

—No sé si...

—Vamos, Laura, basta —la interrumpí con suavidad—. ¿Qué podría pasar que no haya pasado ya? —Deslicé mis manos sobre su cuerpo, haciéndola recordar todo lo que habíamos compartido—. Solo vamos a dormir un rato. Mañana te llevaré a casa.

—Está bien —aceptó, y una sonrisa se dibujó en mis labios mientras la abrazaba aún más fuerte contra mi pecho.



Desperté con el peso de la cabeza de Laura sobre mi pecho y su mano descansando en mi rostro. Dormía profundamente, bien aferrada a mí. Poco a poco, ella había cambiado algo dentro de mí, y solo lo entendí en ese instante, aunque ya era demasiado tarde. Mi corazón latía distinto cada vez que estaba cerca de ella.

Laura abrió lentamente los ojos color miel, tal vez tratando de acostumbrarse a la luz del sol que entraba por la ventana.

—Buenos días —le dije, besándole la frente.

—Buenos días —respondió, estirándose antes de acurrucarse aún más en mi pecho desnudo.

—¿Dormiste bien? —Me giré en la cama, quedando encima de ella, acomodando mi cuerpo sobre sus curvas y presionando sus senos con mi pecho.

—Sí —dijo, colocando las manos en mi pecho, tratando de empujarme para que me quitara de encima, aunque no tenía fuerzas para lograrlo—. ¡Harrison!

—¿Qué? —Acerqué mi boca a la suya.

—¡Levántate!

—No —murmuré mientras mordía su labio inferior.

—¿Qué es lo que quieres?

—A ti. —Deslicé la mano por el lateral de su cuerpo suave y cálido hasta tomarle las nalgas.

—Ay, no vas a...

—Claro que sí. —Volví a besarla, tomándola con la boca. Cuanto más tiempo mantenía mis labios sobre los suyos, menos quería separarlos.

Ella respondió a mi beso, y pude sentir cómo su cuerpo se relajaba entre mis brazos. Había deseado tanto tener sexo con ella, que ahora que por fin lo había conseguido, no sabía cómo detenerme. Era domingo, y si fuera por mí, no saldríamos nunca de esa cama.

Rocé mi pene duro contra la entrada de su sexo, sintiendo su calor y humedad, mientras mi cuerpo latía con ansiedad. Continué besándola, recorriendo su cuerpo y sus senos con la mano, presionando y jugando con sus pezones hasta que me posicioné para penetrarla.

—Abrázame con las piernas —susurré con tono autoritario.

Sin protestar, obedeció mi orden, rodeando mi cintura con sus piernas justo en el momento en que la penetré. Gemimos al unísono cuando nos hicimos uno solo. No me moví al principio, solo me dejé envolver por su calor y por la forma en que su cuerpo apretaba el mío con una presión deliciosa. Nunca había tenido sexo sin condón, ni con una virgen, y la fricción era una locura. Laura era única.

—¿Te duele? —pregunté, preocupado de que solo yo estuviera sintiendo placer.

—No. Se siente rico —confesó, escondiendo el rostro en mi hombro.

—Mírame, Laura.

—Me da vergüenza.

—Solo estamos tú y yo. No tienes que avergonzarte conmigo, nunca.

—Sigue —pidió, aferrándose a mis hombros y rodeando mi cuello con los brazos.

Su deseo era una orden. Apoyé una mano en la almohada y la otra en su cintura antes de empezar a moverme con más intensidad, buscando lo más profundo de su interior. El roce de nuestras pieles, su aroma a almendras y su calor me enloquecían aún más. Mi deseo era quedarme con esa mujer para siempre. La forma en que ella se movía contra mí, cómo cerraba los ojos y los giraba hacia atrás, incrementaba mi placer. Me giré en la cama y la dejé encima de mí.

—¡Harrison! —dijo, apoyando ambas manos en mi pecho para equilibrarse.

—Muévete. —Le guiñé un ojo con picardía.

—Yo-yo no...

—No es difícil. —Sostuve su cintura, clavando los dedos en ese trasero que tanto me volvía loco.

Un poco tímida, comenzó a moverse despacio, de arriba abajo, pero pronto el propio deseo la hizo aumentar la velocidad. Verla encima de mí, con esa mezcla de placer y vergüenza en el rostro, y sus senos rebotando frente a mis ojos, era un espectáculo aparte.

Cuando vi que podía moverse sola, quité una mano de su cintura y toqué su clítoris. Ella echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos. Escucharla gemir de placer, susurrando mi nombre, era una de las mejores cosas del mundo.

Al notar que estaba a punto de acabar, intensifiqué el ritmo sobre su clítoris. Cuando exploté dentro de ella, los gemidos de Laura me confirmaron que se unió a mí unos segundos después.

Laura se desplomó sobre mi pecho, que subía y bajaba con mi respiración agitada.

—¿Es normal sentirse tan agotada?

—Sí. —Le acaricié el cabello y le di un beso corto—. También es normal tener un hambre terrible.

—Tengo hambre, pero no desayunamos.

—Te comí a ti de desayuno —bromeé, y ella me dio un golpecito en el pecho.

—Tonto.

—Voy a pedir algo para comer. Mientras nos damos una ducha, lo van preparando. —Tomé el teléfono y llamé a la recepción.

Laura seguía recostada sobre mi pecho mientras yo acariciaba su rostro y hablaba con alguien del hotel.



Cuarenta

Ya no soy virgen. La realidad me golpeó como una flecha cuando Harrison me dejó en casa el domingo por la tarde. Me había entregado por completo a ese hombre, en cuerpo y alma, pero no me arrepentía. Estar con Harrison era como vivir un cuento de hadas del que no quería despertar nunca.

—¡Niña! —Doña Paola apareció en la sala apenas escuchó el ruido de la puerta al abrirse—. Desapareciste, me dejaste preocupada. ¿Estabas con ese hombre?

—¿Harrison? Sí. —No sabía si ponerme tensa o sonreír, pero por dentro seguía flotando por la noche mágica que me había regalado. Dolió, sí, pero él me quitó la virginidad de la forma más romántica posible.

—¿Pasaste la noche con él?

—¡Tía! —Valeria apareció justo detrás de ella y me tomó del brazo—. Ese es un tema personal de Laura, no tiene por qué estar dando explicaciones.

Suspiré aliviada por la intervención de mi mejor amiga. No sabía cómo empezar a contar lo que había pasado y, sin duda, me habría muerto de vergüenza si tenía que decir en voz alta que ya no era casta. Harrison tenía mi cuerpo y también mi corazón. Pero yo también tenía el suyo.

—¿Tienes hambre? La tía Paola hizo *pabellón criollo*.

—¿Qué es eso? —Fruncí el ceño. No sabía nada sobre comida venezolana.

—Es un plato de arroz, frijoles negros y carne deshebrada en salsa.

—Suena rico, pero ya almorcé con Harrison.

—Ustedes dos... —Valeria me llevó a un rincón de la cocina. Aunque había intentado contener a Paola, también estaba muerta de curiosidad.

—Sí —me desahogué, necesitaba contárselo a alguien.

—¡Ay, Virgen Santa! ¿Él te presionó para algo?

—No. Fue hermoso, fue romántico y me dio justo lo que yo le pedí. Su corazón... —suspiré, enamorada.

—No quiero sonar negativa, pero ¿no crees que pudo haberte dicho eso solo para conseguir lo que quería?

Esa pregunta me hizo tragar saliva, pero también me puso a pensar.

—No se ha vuelto menos cariñoso desde que pasó.

—¡Eso es buenísimo! —Valeria sonrió—. Estoy cruzando los dedos por ustedes.

—¡Gracias! —La abracé.



Estaba en las nubes cuando me acosté esa noche. Me había mudado a Estados Unidos en busca de una nueva vida, pero jamás habría imaginado que terminaría involucrada con un hombre como él. Nuestras realidades eran tan distintas, que, de no haber sido por aquel golpe del destino, nunca nos habríamos conocido.

Me giré en la cama y abracé la almohada, suspirando mientras recordaba lo bien que se sentía estar recostada sobre su pecho. ¿Será que algún día podría dormir todas las noches en los brazos de Harrison? Era demasiado pronto para pensar en eso.



Cuarenta y uno

—¿Harrison?

Me detuve en el pasillo al escuchar la voz de mi madre.

—¿Qué pasa?

—Esta noche voy a hacer una reunión aquí con unas amigas y quería que vinieras —dijo, con los brazos cruzados detrás del cuerpo.

—¿Y por qué iría? —Fruncí el ceño—. Son tus amigas, no las mías.

—Quiero que conozcas a una chica.

—Mamá, no pierdas el tiempo arreglándome una cita —bufé—. Ya tengo a alguien. Estoy más feliz que nunca con Laura.

—¿Esa inmigrante analfabeta? —gruñó—. Puedes divertirte con ella, Harrison, igual que lo hacía tu padre con las empleadas, pero necesitas a una mujer con clase y de buena familia a tu lado. ¿Te imaginas lo que la gente va a decir?

—A nadie le tiene que importar. Quien elige a la mujer indicada para mí, soy yo.

—Harrison, querido, ¡eso es una locura!

—¡Locura es lo que estás haciendo tú!

Laura era la única mujer que había deseado de verdad en todos estos años. Me completaba y me hacía feliz de una forma intensa e inexplicable. Con ella en mis brazos, había empezado a entender lo que significaba hacer el amor.

Le di la espalda a mi madre y caminé unos pasos hacia el garaje.

—¡Harrison! —gritó furiosa—. ¡Te estoy hablando!

—No pierdas tu tiempo metiéndote en mi vida, mamá.

—No puedes hacer esto.

—Puedo hacer lo que se me dé la gana. —La dejé hablando sola y seguí rumbo al garaje. No iba a permitir que los comentarios de mi madre me hicieran llegar tarde a la concesionaria.



Entré al restaurante alrededor del mediodía y seguí al maître hasta la mesa donde David ya estaba sentado. Mi mejor amigo bajó el menú y sonrió al verme.

—Por fin logré verte unos minutos. Ni siquiera contestas mis llamadas desde la fiesta del sábado. Tuve que agendar una cita contigo llamando a Helena.

—Para eso están las secretarias —respondí, encogiéndome de hombros mientras tiraba de una silla para sentarme frente a él.

—¿Qué pasó que desapareciste el fin de semana?

—Estuve ocupado. —No pude ocultar la felicidad que se reflejaba en mi cara como si tuviera un reflector encima.

—¡Por fin te acostaste con la chica de la limpieza!

—¡Cállate! —Golpeé la mesa, a punto de soltarle un puñetazo por ese escándalo. No necesitaba que todo el restaurante se enterara de mi vida íntima con mi novia.

—Perdón.

—Habla más bajo.

—¿Entonces pasó?

Asentí, sonriendo sin poder evitarlo.

—Al fin. Ya me estaba imaginando que esa mujer te iba a poner en voto de castidad eterno.

—No seas dramático. —Tomé el menú para ver qué iba a almorzar.

—Dime una cosa, ¿de verdad era virgen?

—Sí. —No quise extenderme en el tema; ese detalle no tenía la menor importancia, y menos para David.

—¡Al menos eso! Ahora sí ya está, ¿no? Me imagino que ya terminaste esa historia de noviazgo y pasaste a otra cosa.

—¿Cómo que terminé? —Fruncí el ceño, sin entender.

—Obvio que ya dejaste a la chica de la limpieza. Ah, vi el cambio de look que le hiciste. Hasta parece otra mujer, una con clase.

—Ella tiene clase, sin importar lo que use —respondí entre dientes.

—No puedo creer que te estés enojando por esto. Es solo una mujer, Harrison —el tono burlón que usaba me sacaba cada vez más de quicio.

—No es "solo una mujer", es mi mujer. Así que más respeto.

—¿Qué? —Se quedó con la boca abierta—. ¿Estás hablando en serio? ¿No terminaste esa historia después de acostarte con ella? El Harrison que yo conozco no diría algo así.

—Tal vez cambié un poco. —Le pasé el menú a la mesera y pedí mi comida.

—No me vas a decir que estás enamorado de ella.

—Lo estoy —respondí, con una certeza que hasta a mí me sorprendió.

—Te volviste loco. —David negó con la cabeza.

—Creo que nunca estuve tan en mis cabales. La quiero y voy a seguir con ella. Lo que pasó el sábado no se va a quedar solo en esa noche.

—Solo falta que me digas que te vas a casar con ella.

—Con un poco más de tiempo...

—¡Ah, cállate! Esa mujer te hechizó.

Me reí de la cara que puso. Hechizo o no, después de la muerte de Harold, Laura me había hecho querer tener a alguien cerca otra vez.



Cuarenta y dos

—Hasta mañana, señor Félix. —Salí prácticamente corriendo del bar en cuanto terminó mi turno.

No había visto a Harrison desde el día anterior, cuando me dejó en casa. Estaba ansiosa y angustiada por lo que había pasado. Una pequeña parte de mí temía no volver a verlo y que los temores de doña Paola y Valeria se volvieran realidad: que Harrison me dejara después de haber conseguido lo que quería. Sin embargo, nada me alegró más que verlo allí, parado al lado del auto. Estaba mirando el cielo estrellado y sonrió al darse cuenta de que me acercaba.

—¡Laura!

—¡Harrison! —Me lancé a sus brazos, que me envolvieron mientras él olía mi cabello—. Te extrañé.

—Yo también. Estuve contando las horas para verte.

Lo abracé más fuerte y sentí un calor delicioso en el pecho al escucharlo decir eso.

Harrison se separó de mí y abrió el auto para sacar del asiento del copiloto un ramo de rosas.

—Es para ti, amor.

¿Amor? ¿De verdad me había llamado así? Me quedé un rato pasmada, alternando la mirada entre el ramo y sus ojos azules bajo la luz de los faroles de la calle.

—Estás haciéndome vivir un sueño.

—Si depende de mí, no vas a despertar nunca. —Acarició mi rostro antes de atraerme para besarme, haciéndome girar y presionándome contra el lateral helado del auto.

—¡Harrison! —Le golpeé los hombros cuando el beso empezó a calentarse demasiado y sus manos resbalaron por mi cuerpo.

—¿Qué pasa, Laura?

—¡En la calle no!

—Pensé que después de ayer...

—Sí, pero en la calle no. —Mis mejillas se encendieron al recordar a ese hombre desnudo moviéndose sobre mí.

—Okay. —Me dio un beso corto y dulce—. Necesito buscar unos informes en la concesionaria que tengo que revisar para una reunión temprano mañana. ¿Vienes conmigo?

—¿A la concesionaria?

—Está a unos diez minutos de aquí. No es muy lejos.

—Claro, vamos. —Me parecía una buena idea conocer el lugar donde trabajaba y, además, cualquier excusa para pasar más tiempo con Harrison me venía bien.

Subí al auto con el ramo en brazos y él manejó en silencio hasta la concesionaria. Mantuve el rostro cerca de las flores, disfrutando su perfume mientras miraba por la ventana. Aún de noche, había muchos turistas circulando por la zona.

Harrison estacionó frente a la concesionaria, sacó una llave del bolsillo, abrió una pequeña puerta lateral y me hizo una seña para

que lo siguiera. Dejé el ramo en el asiento del copiloto, cerré la puerta y fui tras él.

Apenas pisé el hall, activó un interruptor y las luces se encendieron, revelando varios autos exhibidos, de diferentes colores y modelos. No sabía nada de autos, así que me resultaba difícil reconocerlos. Aquel lugar era como una de esas tiendas de lujo a las que Harrison me había llevado en el centro comercial, así que entendí por qué no se sentía intimidado en ambientes tan refinados.

Miré a un costado y noté que ya no estaba. Me había dejado sola en medio de ese enorme salón. Giré la cabeza varias veces, pero no lo vi.

—¿Harrison?

Había desaparecido y me había dejado sola. Me puse tensa, aunque traté de no desesperarme. Imaginé que volvería en cualquier momento.

—¿Hola? —Sentí sus manos agarrarme de los hombros y di un salto por el susto.

—¿Quieres matarme del susto? —Me llevé la mano al pecho, donde el corazón me latía con fuerza.

—Claro que no, lo siento. —Me giró para mirarme de frente.

—¿Estabas buscando los documentos?

—No, fui a apagar las cámaras.

—¿Para qué apagaste las cámaras? —Fruncí el ceño, sin entender.

—Para esto. —Me levantó en brazos y me sentó sobre el capó de uno de los autos.

La superficie metálica estaba fría. No sabía qué me erizaba más: su boca caliente en mi cuello o el contacto con la carrocería.

—¿Qué estás haciendo? —Le agarré la solapa del blazer, obligándolo a mirarme.

—El amor contigo. —Me mordió la oreja y me estremecí entera.

—Estamos en medio del salón, en tu concesionaria.

—Exacto. Mi concesionaria. El lugar es mío, no hay nadie y apagué las cámaras. No corremos ningún riesgo.

—Este no es el lugar más adecuado...

—Di que sí. —Rozó sus labios con los míos, encendiendo mi cuerpo en llamas de deseo. Después de haber cedido una vez, parecía imposible mantener a ese hombre lejos de mí. Para ser sincera, también quería repetirlo.

Asentí con la cabeza y Harrison sujetó mi nuca con firmeza, profundizando el beso. Sus labios sabían mejor que la miel, un néctar suave que parecía volverme adicta. No podía imaginarme lejos de esa boca... Escuché el sonido del cierre de mi pantalón y no miré hacia abajo. Solo levanté las caderas y lo dejé quitármelo junto con la ropa interior. No podía creer que lo estaba dejando desnudarme ahí, en medio del salón, sobre un auto. Pero en ese momento, no podía pensar con claridad, ni quería.

Harrison metió las manos dentro de mi blusa y me apretó los pechos, pellizcando mis pezones con las yemas de los dedos mientras su boca descendía por mi garganta. Sus dientes dejaron marcas en mi piel que, afortunadamente, desaparecerían en minutos. Froté mi cuerpo contra el suyo, sintiendo un deseo abrumador. Apenas había perdido la virginidad, y ya sentía que no había nada que deseara más que hacer esto.

Harrison me recostó sobre el capó del coche y se montó encima de mí. Ni en sueños me imaginé que haríamos esto encima de un coche. Se quitó la camiseta y la colocó sobre el techo del coche antes de bajarse la cremallera del pantalón, sacar su miembro erecto de la ropa interior y meterlo dentro de mí. Gemí cuando me penetró con una embestida firme y lujuriosa. A diferencia de mi primera vez, no hubo dolor ni barrera. Lo recibí con facilidad, como si siempre hubiera estado dentro de mí.

Envolví a Harrison con mis brazos y piernas, sintiendo su cuerpo apretado contra el mío. Él seguía vestido, y yo llevaba camiseta y sujetador, con los pantalones y las bragas tirados en el suelo. Habría preferido que mi piel rozara la suya, ambos completamente desnudos, pero no hice ningún escándalo, simplemente me entregué al momento, al calor de su cuerpo, a nuestra deliciosa fricción, en contraste con el metal sobre el que yacía. Acerqué mi cuerpo al suyo, levantando las caderas, suplicando por más.

Pasé mis uñas por los hombros de Harrison, su nuca, y enterré mis dedos en su suave cabello. Harrison me hacía experimentar el calor del infierno y la suavidad del cielo sin moverme. Por urgente, desesperado y poco romántico que fuera este momento, el placer era mayor; había urgencia, una sensación palpitante y alucinante entre mis piernas, y ningún dolor. Era bueno... ¡demasiado bueno! El cuerpo de Harrison chocando contra el mío, la presión y el impacto en mi clítoris... Lo abracé, retorciendo mis dedos en su camisa, gimiendo salvajemente al llegar al clímax, mientras la tensión que crecía entre mis piernas explotaba.

Harrison sujetó mis muslos y continuó moviéndose a su propio ritmo hasta que su líquido caliente corrió dentro de mí.

Me besó cariñosamente hasta que recuperé la fuerza para levantarme.

—¿En el capó de un coche, Harrison? —Lo miré con furia, pero no pude evitarlo y terminé sonriendo. Era imposible resistirme a esos ojos azules.

—Tienes suerte de que no te haya sentado encima del coche en la calle.

—Estás loco.

—No tienes idea de cuánto me excitas. —La mirada depredadora que Harrison me dirigió me hizo tomar en serio lo que acababa de decir.

Sacó un pañuelo del bolsillo de su blazer y me limpió con él. Luego se inclinó y me dio un beso en los labios. Me sentí incómoda, todavía aturdida por lo que acababa de decir.

—Ahora te dejo ir a casa.

—¿Me dejarás? —Inflé el pecho mientras saltaba del auto para agarrar mi ropa.

—A menos que quieras ir a casa conmigo.

—No voy a ir a tu casa.

—Qué lástima. —Hizo pucheros—. Entonces te dejo en tu casa. Se ajustó los pantalones, se subió la cremallera y agarró su blazer.

—¿Tomaste los documentos que viniste a buscar?

—¡Ah, sí! Casi lo olvido.

—¿Fue una trampa? —pregunté al ver en su mirada que no había ningún documento importante.

—No. —Él fingió no entender.

—¡Harrison! —Le di un golpe en el pecho y él me agarró la mano, acercándome a él.

—¿Qué culpa tengo yo de querer pasar tiempo con mi novia?

—Eres terrible.

—Estoy terriblemente enamorado y es tu culpa.

Suspiré, conmocionada y sorprendida por sus palabras. Harrison era un sueño al que quería aferrarme con uñas y dientes y no dejar que se me escapara.

Terminé de vestirme y me llevó a casa. Cada vez me costaba más despedirme de él.



Cuarenta y tres

Dos meses después...

Me lancé sobre Laura, que estaba distraída mirando el mar, y ella se asustó con mi movimiento repentino y me empujó el pecho con ambas manos.

—¡Harrison, bájate de encima mío! —Me dio unos golpecitos en el pecho.

—No. —Me reí sin moverme y le robé un beso—. Sabes que me encanta cuando te pones así, toda vergonzosa, me excita aún más —le susurré al oído.

—No podemos tener sexo aquí. Compórtate. —Me tiró un puñadito de arena—. Estamos en la playa.

—De mi casa. —Me encogí de hombros.

—Pero hay turistas pasando en barco por ahí. —Señaló hacia el horizonte, donde se veía una lancha.

—Inoportunos —bufé, saliendo de encima de ella y sentándome en la otra toalla—. ¿Me dejas ponerte protector solar?

—Conozco bien esas excusas tuyas. —Me miró de reojo.

—¿Qué excusas? —fingí no entender—. Solo estoy pensando en que no te quemes con este sol.

—¿Qué va a pensar la gente si ve a una señorita soltera tan en confianza con un hombre?

—¿Soltera? —me quedé boquiabierto y crucé los brazos—. ¿Cómo que soltera, señorita Vieira? Eres mi novia.

—Eso mismo, soy una señorita.

—¿Qué quieres decir con eso, Laura?

—Nada. —Se encogió de hombros, pero noté algo en el aire que no quiso decirme.

Entonces, una frase de David resonó en mi cabeza: *Solo falta que quieras casarte con ella*. Antes de Laura, nunca había conocido a una mujer que me hiciera pensar en casarme, pero esa brasileña llevaba apenas unos meses en mi vida y ya no podía imaginarme sin ella. Era la única con la que me había involucrado desde que empezamos a salir y, cada día que pasaba, estaba más seguro de que la quería a mi lado.

—Pásame el protector. —Se giró de espaldas y echó su cabello hacia un costado.

Tomé el frasco, puse un poco en mis manos y empecé a esparcirlo por su espalda, masajeando sus hombros. Estaba a punto de aprovechar para desatarle la parte de arriba del bikini, cuando la señora Johnson apareció con una bandeja, una jarra y dos vasos.

Laura se apartó de inmediato y perdí la oportunidad de tocar su piel suave.

—¿Qué pasa, señora Johnson? —le pregunté con fastidio. Acababa de descubrir algo que realmente odiaba: que me interrumpieran cuando estaba con Laura.

—Su madre quiere saber si desean un poco de limonada. Hace mucho calor.

La observé con desconfianza, pero no noté nada en su expresión que revelara otra intención. Era solo una sospecha mía, porque mi madre no era precisamente de preocuparse por si mi novia y yo teníamos calor.

—Gracias, señora Johnson. Puede dejarla ahí. —Señalé la toalla vacía extendida sobre la arena.

Ella obedeció y dejó la bandeja.

—¿No quieren entrar a almorzar? Ya está servido.

Miré a Laura y ella me devolvió una mirada pensativa. Sentí un "como tú quieras" en el aire. La verdad, tenía algo de hambre, y parecía que todos estaban dispuestos a interrumpir mis momentos con ella. Tal vez tendría más suerte adentro.

—Vamos en un rato.

—Sí, señor.

Apenas la señora Johnson salió de nuestra vista, atraje a Laura hacia mi regazo, aparté su cabello y besé su cuello.

—¡Para ya! —Se retorció, completamente erizada.

—¿Me das un beso antes de entrar?

—¿Solo un beso? —Se giró para mirarme.

Asentí, aunque no estaba nada seguro de poder cumplirlo.

Laura inclinó la cabeza hacia mí y le tomé el rostro, enterrando los dedos en su cabello ondulado antes de llevar su boca hasta la mía. En cuanto mi lengua entró en su boca, la sujeté por la cintura y la senté sobre mí. Estaba tan entregada al sabor de nuestro beso que no dijo nada. Me sumergí en él como si estuviera perdido en el desierto y ella fuera mi oasis. Y al pensarlo, me di cuenta de que así era exactamente como me sentía con Laura.

Cuando se apartó para tomar aire, ya no pude seguir sosteniéndola sobre mí.

—¿Entramos? —Sirvió un vaso de limonada y le dio un buen trago.

—Qué más da. —Me encogí de hombros, sacudiendo un poco de arena que se había pegado en mi bermuda.

Tomé un vaso para mí y seguí a Laura por la escalinata que llevaba a la zona de la piscina, hasta la entrada trasera de la casa. Me acordé de cuántas veces la señora Johnson se quejaba de que mi hermano y yo llenábamos la casa de arena cuando éramos chicos.

—Creo que mejor nos damos una ducha antes de almorzar —dijo Laura, pasándose las manos por los brazos. Imaginé que sentía el agua salada pegada a su piel.

—¿Juntos? —La miré con picardía.

—¡No! —Se mordió el labio.

—Qué aburrida. —Solté los hombros, frustrado. A veces ese pudor suyo me molestaba. Ya habíamos tenido sexo muchas veces desde aquella noche en el hotel, no tenía sentido seguir escondiéndolo de los demás. Nunca iba a entender por qué le importaba tanto lo que la gente pensara o dejara de pensar.

—¿Señora Johnson? —dije al entrar a la cocina, buscándola.

—Sí, señor —respondió, girando la cabeza para mirarme, aunque no se levantó de la silla donde estaba sentada.

—¿Hay toallas limpias en la habitación de huéspedes, la que está cerca de la mía?

—Sí, la señora de la limpieza las cambió ayer.

—Perfecto.

—¿Necesita algo más?

—No.

Volví junto a Laura y le puse la mano en la cintura para guiarla escaleras arriba, hacia el piso superior de la mansión.

—¿Qué pasa? —le pregunté al notar que estaba tensa, mordiéndose el labio y haciendo sonar los dedos.

—No sé. Es raro estar en esta casa sin ser la chica que limpia. Sin la señora Johnson dándome órdenes.

—Acostúmbrate a que aquí eres la señora, no la empleada. Estás conmigo. —Le acaricié la cara y Laura me abrazó.

Le devolví el abrazo fuerte y acaricié su cabello, que estaba algo áspero por la arena y el agua del mar.

—En la habitación de huéspedes, donde dejaste tus cosas, hay toallas limpias. Puedes ducharte y nos vemos abajo.

—Está bien. —Me sonrió antes de cerrar la puerta.



Después de darme una ducha, entré al comedor y mi madre ya estaba sentada en la mesa. Me sonrió al verme, pero noté que estaba fingiendo. Había algo que la preocupaba, y ella era pésima para disimularlo.

—¿La chica de la limpieza está comiendo en la cocina?

Apreté los dientes y la rabia me recorrió el cuerpo de golpe, como fuego sobre pasto seco.

—Laura va a almorzar con nosotros. Solo que aún no termina de bañarse.

—Hijo mío... —Mi madre iba a decir algo, pero se detuvo de inmediato al ver algo.

Me giré y vi que Laura se acercaba a nosotros.

—Hola, señora Clark.

—Alisson, puedes llamarme Alisson —dijo mi madre con una sonrisa tan forzada que parecía una mueca.

—Gracias, Alisson.

Le acerqué una silla y Laura se sentó a mi lado.

Almorzamos sin decir mucho y, al final de la tarde, la llevé de regreso a su casa. Desde la primera vez que traje a Laura aquí después de que empezamos a salir, noté que se ponía tensa en esta casa. Confieso que la actitud de mi madre, tratándola como si fuera una empleada, no ayudaba en lo absoluto. Quería cambiar esa sensación para Laura, porque esperaba que muy pronto esta también fuera su casa.



Volví a la mansión al anochecer y saqué las llaves y unos documentos del bolsillo, listo para subir a mi habitación, cuando mi madre apareció justo frente a mí, bloqueando mi camino hacia las escaleras.

—¿Dejaste a la latina en su casa?

—Sí, Laura ya está en casa —respondí con paciencia y tolerancia, aunque la sangre me hervía cada vez que mi madre se refería a Laura con ese desprecio.

—Dijiste que está trabajando en un bar, ¿cierto?

—Sí.

—¿No te parece un absurdo que tu novia trabaje en un bar?

—Es lo que ella quiere. Yo no le veo ningún problema.

—¿De verdad soy la única que se da cuenta de lo peligroso que es que estés yendo de madrugada a esos barrios? ¿No ves en la televisión las peleas entre pandillas que están ocurriendo?

—Te estás preocupando demasiado, mamá.

—Claro que me preocupo, eres el único hijo que me queda.

—Sobre el lugar donde vive Laura, tengo pensado cambiar eso pronto.

—¿Vas a alquilarle un departamento? ¡Era lo único que faltaba! —Bufó, rodando los ojos verdes con una expresión cargada de desprecio.

—No voy a alquilarle nada. Laura va a venir a vivir aquí. Tengo pensado pedirle matrimonio pronto. Y qué bien que saques el tema, quiero el anillo de compromiso de la familia para hacerle la propuesta.

—¿Qué? —Mi madre abrió los ojos como si acabara de escuchar una locura—. ¿Te volviste loco? No puedes convertir a esa mujer en una Clark. No tiene ninguna clase. Apuesto que si tu padre estuviera vivo, estaría completamente en contra de esa idea absurda.

—Estoy seguro de que si él y Harold estuvieran aquí, me apoyarían. Porque yo amo a Laura.

—No sabes lo que estás diciendo. —Negó con la cabeza, claramente indignada.

—Estoy más seguro con cada día que pasa.

—Me niego a darte una joya mía, y mucho menos mi anillo de compromiso, para que le propongas matrimonio a ella. Esa mujer nunca será una esposa adecuada para ti.

—Estás equivocada, mamá. No hay nadie más perfecta para eso que Laura —respondí entre dientes, irritado por su actitud—. Está bien si no quieres darme el anillo. Yo puedo comprar uno nuevo.

—Ah, tú no vas a casarte con ella, o yo...

—No me obligues a elegir, mamá. Porque va a ser ella. Siempre va a ser ella.

Dejé a mi madre pataleando en la sala y subí a mi habitación. No iba a renunciar a la única mujer que me había hecho sentir que todo podía ser diferente, y mucho menos por el capricho de mi

madre. Si no le gustaban los orígenes de Laura, ese no era mi problema.

Con anillo de la familia o sin él, le iba a pedir matrimonio igual.



Cuarenta y cuatro

El miedo de que Harrison me abandonara fue desapareciendo con el tiempo, y veía cómo nuestra relación se volvía cada vez más fuerte. Llevábamos algunos meses juntos y, al mirarlo a los ojos, podía notar cuánto sentía por mí. Sin embargo, no todo era perfecto. La pasión que Harrison sentía por mí no parecía suficiente para su madre, que, aunque lo disimulaba a veces, claramente no me quería. Siempre que iba a su casa, se notaba el desprecio con el que me trataba. Esperaba que con el tiempo pudiera llegar a aceptarme, porque yo amaba a Harrison y no pensaba renunciar a él.

Bajé del autobús a unas cuadras del bar donde trabajaba. A lo lejos se podía ver el atardecer, el cielo tocando el mar y tiñéndose de naranja. Me acordé de la primera vez que Harrison me llevó a volar en helicóptero y vimos el sol ponerse desde el cielo.

A pocos pasos del bar vi a tres hombres vestidos de negro que se giraron hacia mí apenas me acerqué. En sus chalecos decía "policía", y me puse pálida al instante. Desde que había llegado a

Estados Unidos no me había topado con ningún agente, al menos no tan cerca, y no tenía idea de cómo actuar en esa situación.

Pasa junto a ellos como si nada, me repetí en la cabeza. No había motivo para levantar sospechas. Podían estar ahí por mil razones que no tuvieran nada que ver conmigo. Apreté mi bolso contra el cuerpo y caminé lo más tranquila que pude frente a ellos rumbo al bar. Probablemente no lo logré, porque uno de ellos se acercó y se me paró enfrente.

—Espere un momento, señorita.

Me puse pálida y me invadió el pánico. Era mucho peor manteniendo la calma de lo que había imaginado.

—¿Puede mostrarme sus documentos, por favor?

—¿Documentos? —Tragué saliva con dificultad.

—Sí. Pasaporte, identificación o tarjeta de residencia. Recibimos una denuncia de que usted está en el país de forma ilegal.

Abrí el bolso y fingí buscar algo, aunque no había nada. Lo único que tenía era el pasaporte, sin visa ni ningún permiso. Pensé que si lo entregaba, podría empeorar todo.

—Lo-lo olvidé en casa.

—Vamos a necesitar que nos acompañe —dijo, mientras me sujetaba del brazo con fuerza, casi haciéndome daño.

—¡No puedo irme! Necesito trabajar.

Ignoraron mis protestas y prácticamente me arrastraron hasta el fondo de una patrulla, donde me empujaron hacia adentro. El pánico me asfixiaba, apenas podía respirar. Sabía que algo así podía pasar, era ilegal, pero eso no hacía que fuera más fácil. Al caer en manos de la policía, no tenía idea de qué podría pasarme.



Bajé del auto frente a la comisaría de inmigración y sentí que el corazón se me iba a salir por la boca. Tenía el estómago revuelto, no tenía idea de lo que iba a pasar ni de cómo iba a salir de ahí.

—Quédate aquí. —Me senté en un banco, mirando a un lado y al otro.

No pasó mucho tiempo hasta que un agente se acercó y me llevó a una sala. Cuando entré, me sentí la persona más pequeña e indefensa del mundo. Me pidieron los documentos, pero no sabía qué decir. Terminé mostrando mi pasaporte, pero lo único que tenía era el sello de entrada de las Bahamas, donde había bajado del avión. Me preguntaron cómo había llegado, qué estaba haciendo, pero no dije nada, ni siquiera mencioné dónde vivía, porque no podía poner en riesgo a Paola ni a Valeria, que también estaban en el país de forma ilegal.

—Vas a ser llevada a un centro de detención mientras tu caso es procesado por la justicia.

—¿Estoy detenida? —pregunté con la voz temblorosa, con las lágrimas atoradas en la garganta por el miedo y la desesperación.

El agente no respondió, pero no hacía falta. La respuesta era evidente. "Centro de detención" era solo una forma más amable de decir cárcel.

Me trasladaron a otro lugar y el miedo me dijo que lo mejor era no resistirme. Al llegar, me entregaron una bolsa para que pusiera todas mis pertenencias, todo lo que llevaba conmigo, junto con un uniforme azul. Dejé todo dentro de esa bolsa y una especie de guardiana me llevó a un gran galpón.

No estaba precisamente tranquila, pero fue un alivio ver que el lugar era amplio, con muchas camas, y sin celdas, salvo por el baño en una esquina. No había puertas. Las demás mujeres que estaban ahí me miraron mientras me guiaban hacia una de las camas vacías.

—¿Cuánto tiempo voy a estar aquí? —le pregunté a la guardiana.

—Eso solo lo puede decir tu abogado. Si no tienes dinero para pagar uno, se te asignará un defensor público.

Respondió solo eso, me dio la espalda y se fue antes de que pudiera hacerle otra pregunta.



Cuarenta y cinco

Miré mi reloj de pulsera. Doce y diez. Tarde… Me pareció raro, porque Laura siempre salía del trabajo lo antes posible y corría a mis brazos. No era común que se demorara tanto, pero esperé diez minutos más, quince… Nada. Aquello era, como mínimo, muy extraño. No había razón para que Laura se retrasara tanto sin avisarme. Ya llevaba casi media hora esperándola y no había ninguna señal suya.

Vi al dueño del bar cerrando y caminando hacia un auto, así que corrí hacia él. No era posible que Laura se hubiera quedado encerrada sola en ese lugar.

—Hola. —Le toqué el hombro, obligándolo a darse vuelta.

—Señor Clark, ¿puedo ayudarlo en algo? —Me observó con atención, tratando de entender el apuro reflejado en mis ojos.

—¿Dónde está Laura? La estoy esperando desde la hora en que suele salir, pero aún no aparece.

—Pensé que estaba con usted. —Frunció el ceño, confundido, y esa misma expresión se reflejó en mi rostro.

—Ella no está conmigo.

—La joven no vino a trabajar hoy. Supuse que estaría con usted. Solo me pareció raro que no me avisaran. Siempre que falta, usted suele compensarme de algún modo.

—Laura no estuvo conmigo. —Saber que no había ido al trabajo me alarmó aún más. Siempre fue una mujer muy responsable con su trabajo y sus compromisos, jamás faltaría sin avisar.

—Tal vez se enfermó.

—Voy a ir a su casa a ver qué pasó. Gracias.

—Avíseme si sabe algo.

—Está bien. —Regresé al auto lo más rápido que pude y manejé sin respetar los límites de velocidad. Por suerte, era de madrugada y casi no había autos en la calle.

Estacioné frente a la casa y corrí hasta la puerta, golpeando con fuerza y desesperación. Sentía que, si seguía así, iba a echarla abajo.

—¡Laura! —grité, sin importarme despertar a los vecinos.

Alguien abrió la puerta por fin, y casi me caigo dentro de la pequeña sala. La mujer que la luz de la luna reveló no era la brasileña que yo esperaba ver. Era una amiga de Laura, la chica venezolana que había entrado ilegalmente al país con ella.

—Valeria, ¿dónde está Laura?

—¿No está contigo?

¿Por qué todo el mundo me hacía esa pregunta? Si estuviera conmigo, no estaría desesperado buscándola.

—El dueño del bar dijo que no se presentó a trabajar hoy.

—Qué raro… —La latina se mordió el labio inferior, pensativa —. Salió de aquí a la misma hora de siempre y no comentó que haría

nada diferente. No tiene más amigos aquí, aparte de mí, y la única persona con quien suele salir y quedarse hasta tarde eres tú.

—¿Me estás diciendo que no sabes dónde está? —grité. No debía hacerlo, esa mujer parecía tan sorprendida y asustada como yo, pero me fue imposible controlar el tono, dominado por el miedo.

—No lo sé. —Bajó la cabeza—. ¿Estás seguro de que no quedaron en verse en otro lugar y se te olvidó?

—Jamás olvidaría algo así.

—Lo siento, no sé qué pudo pasar. ¿Discutieron? Tal vez se enojó y decidió regresar en autobús.

—¡No discutimos, Valeria! Amo a esa mujer, ¿por qué pelearía con ella?

Valeria abrió los ojos ante mi confesión. Nunca antes lo había dicho, ni siquiera a mí mismo, mucho menos a Laura. Me negaba a aceptar que había desaparecido sin haberla oído decir que también me amaba.

—Además, aunque hubiera querido volver sin mí, habría ido a trabajar, pero el dueño del bar dice que no apareció. —Respiré hondo una y otra vez, intentando calmarme, pero parecía imposible. Cada minuto sin noticias de Laura aumentaba mi desesperación.

—Necesito ir a un teléfono público. —Valeria se pasó las manos por el cabello. Estaba despeinado y supuse que yo la había despertado con tanto escándalo.

—Tengo un celular, puedes usarlo. Está en el auto. —Me di vuelta y corrí hasta el coche, sacando el teléfono del compartimento. Era demasiado grande para llevarlo en el bolsillo.

—Gracias. —Valeria marcó un número y yo me quedé esperando.

Estaba consumido por una mezcla de miedo y ansiedad. No tener noticias de Laura me provocaba uno de los sentimientos más terribles y desgarradores que había experimentado. Me vino a la

mente lo que pasó con mi hermano, y me apuré en espantar esos pensamientos. No podía perderla también.

Valeria terminó la llamada y me devolvió el celular.

—Mi tía dice que Laura salió a trabajar alrededor de las cuatro de la tarde, como siempre. No mencionó nada fuera de lo común.

—¡Voy a llamar a la policía!

—¡No puedes! —Valeria me sujetó la mano antes de que marcara el número de emergencias—. Laura está ilegal aquí. No tiene papeles.

—¿Y entonces qué se supone que haga? —Era casi imposible no derrumbarme frente a tanta angustia. No podía perder a las dos personas más importantes de mi vida en tan poco tiempo.

—Tú eres un hombre con recursos. Vas a encontrarla.

—Ella no puede haber… —Las lágrimas nunca habían pesado tanto en mis ojos.

—Tranquilo, Harrison. —Valeria me acarició los hombros—. Tengo fe en Nuestra Señora de que Laura está bien. No pensemos lo peor.

—Voy a buscarla. —Me alejé tambaleante hacia el coche.

—Avísame si sabes algo.

—Lo haré.

Volví al auto y recorrí el camino entre la casa de Laura y el bar una y otra vez, sin señales de ella. Durante el trayecto, llamé a un abogado de confianza y le pedí que contactara a los mejores investigadores privados del país. Le di carta blanca para usar todos los recursos necesarios para encontrar a Laura lo más pronto posible.



Cuarenta y seis

Dormí en el centro de detención, escuchando en silencio las historias de las muchas mujeres que estaban allí. Varias de ellas tenían relatos parecidos al mío: habían salido de sus países en busca de una vida mejor y terminaron siendo detenidas por la policía de inmigración. Muchas llevaban meses esperando el avance de sus procesos para saber cuándo serían deportadas a sus países de origen.

No sabía qué iba a pasar conmigo. No tenía dinero para pagar un abogado, ni podía contactar a Valeria o a Paola a través de la policía, porque temía que ellas acabaran en la misma situación que yo. Tampoco tenía el número de Harrison. Nunca había necesitado llamarlo y, hasta ese momento, no me había preocupado por eso. Él era el único que podía sacarme de allí, pero dadas las circunstancias, lo único que podía hacer era rezar por un milagro.

Caminé junto con las demás mujeres hasta el comedor y esperé a que me sirvieran el almuerzo en la bandeja. Era una pasta, carne y frijoles enlatados, acompañados por un jugo en polvo de

aspecto bastante extraño. De todos modos, la comida era lo que menos me importaba.

—Hola —me saludó una mujer oriental con una sonrisa cuando me senté frente a ella en una de las mesas largas del comedor.

—Hola. —Le devolví una sonrisa forzada mientras probaba el jugo. Hice una mueca de inmediato; sabía horrible.

—¿Eres nueva aquí?

Asentí mientras comía un poco de la comida. El sabor no era mucho mejor que el del jugo.

—Llegué ayer.

—¿De dónde eres?

—De Brasil. ¿Y tú?

—Soy de China.

—¿Hace cuánto estás aquí?

—Cuatro meses. La semana que viene me van a trasladar a otro estado para la deportación. Creo que el gobierno alquiló un avión para los ciudadanos chinos.

—¿Ese es el tiempo que puede tardar? —Un escalofrío me recorrió el cuerpo al pensar que podría quedarme presa varios meses.

—Dependerá de tu caso.

Estaba por hacerle otra pregunta cuando una de las funcionarias del centro de detención se acercó a mí. No sabía si había una forma específica de llamarla, pero para mí era una carcelera.

—¿Señorita Vieira?

—Sí.

—Acompáñeme, por favor.

Tragué saliva, y no por esa comida horrible. No saber lo que podía pasar hacía que mi mente imaginara el peor escenario posible.

¿Y si me llevaban a una cárcel de verdad?

—Tiene una visita. —Me condujo hasta una sala.

—¿Una visita? —Una chispa de esperanza calentó mi pecho, que latía desbocado por la desesperación, y logré esbozar una leve sonrisa.

Rogué para que fuera Harrison, diciéndome que me sacaría de allí. Pero cuando entré en la sala de visitas, compuesta por media docena de mesas y sillas, vi a un hombre sentado en una de ellas. Llevaba un traje gris y el cabello entrecano. Nunca lo había visto antes, su rostro no me resultaba familiar.

—¿Señorita Vieira? —preguntó, poniéndose de pie en cuanto me vio.

—Sí, soy yo. ¿Quién es usted?

—Mi nombre es Charles Smith. Formo parte de un equipo de abogados que representa a la familia Clark, y estoy aquí para encargarme de su caso.

Escuchar el apellido de Harrison me quitó el peso del mundo de encima. Sentí que todo iba a estar bien.

—¿Cuánto tiempo voy a estar aquí? —Me senté en una de las sillas grises frente a él, siguiendo la indicación de la carcelera de mantener las manos sobre la mesa.

—Muy poco. Estoy haciendo todo lo posible para que mañana mismo vuelvas a casa.

—¡Gracias! —Quise abrazarlo, pero me contuve.



Cuarenta y siete

Estaba desesperado, jadeando y con dificultad para respirar. La presión en mi pecho debía pesar una tonelada. Una noche sin noticias de Laura era más de lo que podía soportar. Llegué a casa como un zombi, sintiéndome una basura. Tenía los ojos hundidos, la garganta seca, pero no sentía ni hambre ni sed.

Había enfrentado muchas situaciones a lo largo de la vida, pero en ninguna me había sentido tan impotente. No quería pensar en lo peor, estaba haciendo todo lo posible por evitarlo, pero el investigador privado me dijo que debía prepararme para afrontar esa posibilidad.

Me detuve en la cochera y llamé a Helena, pidiéndole que cancelara todos mis compromisos. No tenía cabeza para trabajar ese día; iba a terminar descargando mi mal humor con algún proveedor o cliente, y eso no le convenía ni a la concesionaria ni a mí.

—Harrison, ¿qué pasó, hijo? —Mi madre vino hacia mí en cuanto entré a la sala caminando sin rumbo—. ¿Dónde pasaste la noche? ¿Estabas con la sirvienta?

Me sentía tan triste, tan angustiado, que no tuve fuerzas ni para gritarle. Las lágrimas que me venían amenazando desde la noche anterior cayeron de golpe. Estaba temblando, y simplemente me dejé caer en uno de los sillones de la sala.

—¿Qué pasó?

—Laura desapareció.

—Ay, debe haberse ido a dar una vuelta. No es nada grave. ¿Por qué no la llamas?

—No tiene teléfono. —Me sentí un imbécil por no haberle dado uno. Laura era lo suficientemente terca como para quejarse, pero en momentos como ese habría sido muy útil.

—Ya va a aparecer.

—No fue a trabajar ayer ni volvió a la casa donde vive. Su amiga me dijo que me llamaría si tenía noticias, pero hasta ahora no hay nada.

—Ay, Harrison, deja de preocuparte, es solo una mujer —dijo mi madre, con un tono burlón que, en otro momento, me habría hecho lanzarme contra ella, pero estaba demasiado destruido.

—¡No es solo una mujer! ¡Aceptalo, mamá!

—Vas a encontrar a otra mejor.

Me levanté de la sala y subí a mi cuarto. Mi madre venía detrás, pero cerré la puerta en su cara antes de que pudiera entrar también.

Me recosté en la cama, mirando el techo blanco. Cuanto más tiempo pasaba sin noticias, peor me sentía. Llamé al investigador y me dijo que estaba haciendo todo lo posible, pero que no había ningún rastro de ella. No era posible que una mujer desapareciera así, como si se la hubiera tragado la tierra.

A primeras horas de la tarde salí en el auto. Recorrí cada rincón y cada barrio de Miami buscando a Laura, con la esperanza de encontrarla caminando por la calle, pero, como era de esperarse, eso no pasó.



—Tienes que comer algo, hijo —dijo mi madre al entrar en mi cuarto con una bandeja, justo cuando yo estaba prácticamente desplomado sobre el escritorio con el celular en la mano.

—No tengo hambre —bufé.

—Harrison, cariño, no puedes dejarte caer así por una mujer.

—Mamá, si vuelves a hablar así, te juro que...

—¡Está bien! Solo me preocupa tu bienestar. Te conozco lo suficiente, hijo, para saber que en unas semanas, tal vez en unos días, vas a conocer a una mujer más interesante y ni siquiera vas a acordarte de que esa empleada doméstica existió.

—¡Cállate! —Arrojé el vaso de jugo contra la pared, aunque en realidad lo que quería era lanzárselo a la cabeza.

¿Cómo podía decirme esas cosas, incluso viendo lo mal que me sentía?

—Harrison, hijo...

—¡Sal de aquí! —Le señalé la puerta.

—No puedes tratarme así.

—Sí puedo, mientras sigas comportándote de esta forma. Yo amo a Laura, tienes que aceptarlo.

Mi madre solo negó con la cabeza y salió del cuarto.

Esperé a que cerrara la puerta antes de tomar el teléfono y volver a llamar al investigador privado.

—¿Alguna novedad sobre ella?

—Aún no, señor —respondió con un tono tenso—. Hoy estuve en el barrio donde vivía, hablé con algunos vecinos, pero nadie vio nada raro. Mañana voy a revisar la zona donde trabajaba. Alguien tiene que haber visto algo.

—Nadie puede desaparecer así. —Me froté las sienes.

—Seguiré investigando, y en cuanto tenga alguna información importante, me pondré en contacto.

—Gracias, Paul.

Colgó, y me quedé mirando a la nada.

Me levanté de la silla y fui hasta un cajón de mi armario. Saqué una pequeña caja de terciopelo y, al abrirla, vi el anillo de diamante en forma de corazón, rodeado de brillantes, que había comprado para pedirle matrimonio a Laura. Me dolía aún más saber que había desaparecido sin que pudiera decirle que la amaba y que quería pasar el resto de mi vida con ella.

Mi celular sonó y corrí a contestar.

—Hola, ¿Paul?

—¿Quién es Paul? —Escuché una voz familiar del otro lado de la línea, pero no era la que quería oír.

—Un investigador, David. ¿Qué quieres?

—Desde que te enamoraste de esa brasileña desapareciste. Ya ni aceptas mis invitaciones para salir.

—David, no es un buen momento. —Intenté mantener la calma. No quería perder el control con otra persona, no estaba bien.

—¿Qué pasó?

—Laura desapareció.

—¡Mierda! ¿Cómo que desapareció?

—No tengo noticias de ella desde ayer.

—¿Fuiste a su casa? Capaz se resfrió y está en cama. Tal vez no pudo avisarte.

—¿Qué crees que fue lo primero que hice? —bufé—. No hay señales de ella por ningún lado. Es como si se hubiera desvanecido sin dejar rastro.

—Capaz está tratando de esconderse de ti otra vez.

—David, no me hagas querer estrangularte —le solté entre dientes, con rabia contenida.

—¿Puedo hacer algo? La última vez fui bastante útil para encontrarla.

—No creo que tu vasto conocimiento de los bares de la ciudad sirva de mucho ahora.

—Imagino que cualquier ayuda es bienvenida en este momento —dijo, cambiando el tono de voz, dejando atrás el sarcasmo para volverse más serio.

—Sí, gracias.

—¿De verdad te enamoraste de esa mujer, no?

—Sí. Estoy loco por ella. No puedo perderla. Ya fue suficiente con que me arrancaran a Harold de esa forma... —Y sin darme cuenta, otra vez estaba llorando.

—Tranquilo, hermano. Vas a encontrarla.

—Necesito hacerlo...



Cuarenta y ocho

Aunque seguía en ese centro de detención, logré dormir un poco más tranquila después de hablar con el abogado. Estaba ansiosa por volver a los brazos de Harrison y dejar atrás esa pesadilla.

—¿Señorita Vieira?

Estaba sentada en la cama, rezando, pidiendo que todo saliera bien cuando la guardia se acercó a mí.

—Te vas ahora.

Me levanté de la cama con una sonrisa y me acomodé el uniforme, imaginando que Harrison debía estar esperándome en algún lugar allá afuera.

Me llevaron hacia la salida y me devolvieron mis cosas. Pude volver a ponerme la ropa que llevaba antes y recibí mis pocos objetos personales de vuelta.

Sentía náuseas y un poco de dolor de cabeza, pero traté de ignorarlo. Solo pensaba en que pronto estaría otra vez en los brazos

de Harrison. Sin embargo, al salir del centro de detención, había otras personas esperándome. Abracé mi bolso contra el pecho cuando me empujaron en dirección a una pequeña furgoneta.

—Señorita Vieira, venga con nosotros.

—Debe haber algún error. El abogado de los Clark me dijo que hoy volvería a casa. Seguro vendrá a buscarme, probablemente junto con mi novio.

—No hay ningún error —respondió el hombre que sostenía la puerta de la furgoneta—. Vas a volver a casa, a Brasil. El abogado compró tu pasaje para que no tuvieras que permanecer detenida mientras se resolvía tu caso.

—¿Deportada? —Tragué saliva—. ¿Pero voy a poder volver?

—No, no podrás.

—¿Dónde está Harrison? Quiero verlo.

—No sé quién es Harrison, señorita. Nosotros solo somos una agencia encargada de las deportaciones. Suba a la furgoneta, por favor, o tendremos que usar métodos más estrictos.

No podía creer que Harrison hubiera aceptado algo así, y mucho menos que ni siquiera se hubiera molestado en venir a verme antes de que me mandaran de vuelta a Brasil.

—Señorita, por favor.

Sin opciones, terminé subiendo a la furgoneta.

Me llevaron al aeropuerto y esperé poco más de una hora antes de que me subieran a un avión rumbo a San Pablo. Al llegar, tomaría otro vuelo hacia Belo Horizonte.

Dentro del avión, sentada al lado de una mujer que hablaba un idioma que no lograba identificar, miraba por la ventana y veía cómo Miami quedaba atrás. Y junto con esa imagen, sabía que estaba dejando todo lo que había construido en los últimos meses. No solo mis pertenencias, ya que me subieron al avión con lo puesto, sino también las relaciones que había formado: la amistad con Valeria, doña Paola, que había sido como una madre para mí, y

el amor intenso e inolvidable que viví con Harrison. Probablemente, nunca entendería por qué dejó que me deportaran sin hacer nada.

—¿Estás bien, querida? —La mujer a mi lado se volvió hacia mí y me habló en inglés—. Te ves muy pálida.

—Estoy bien —respondí. Estaba segura de que ese malestar era la tristeza manifestándose en mi cuerpo.



Cuarenta y nueve

Pasó una semana sin ninguna noticia, y hasta el investigador que había contratado empezaba a creer que Laura podría estar muerta. Había dejado la concesionaria y todos mis compromisos de lado, no podía concentrarme en nada que no fuera esa búsqueda que cada día parecía más inútil. En el fondo, solo tenía una certeza: no podía aceptar perderla así. No iba a rendirme mientras me quedara aunque fuera una mínima chispa de esperanza.

Salí de mi cuarto frotándome los ojos hinchados y fui a la cocina a tomar un poco de agua. Sentía la garganta más seca que nunca, incluso comer se me hacía difícil.

—Harrison, necesitas afeitarte e ir a trabajar.

Ignoré a mi madre, abrí la heladera, agarré una botella de agua y subí a mi habitación. Ella vino detrás de mí, pero se detuvo cuando cerré la puerta.

—¡Hijo! —Golpeó varias veces, pero fingí no oírla—. No puedes venirte abajo por una mujer.

Ya había perdido a Harold. No podía permitir que me arrebataran también a Laura.

Sonó mi teléfono y corrí a atender, aunque sabía que podía no ser nada importante o que quizá era alguien de la concesionaria preguntando cómo proceder con algún asunto, ya que mi ausencia había sido inesperada.

—¿Harrison?

—Hola, David —dije el nombre de mi mejor amigo sin ningún entusiasmo. No esperaba su llamada, ni tenía ánimo para sus bromas.

—Dime una cosa, ¿tu noviecita era ilegal, verdad?

—¿Por qué lo preguntas? —Me puse a la defensiva, lo último que me faltaba era que se sumara a mi madre para hablar mal de Laura.

—Creo que sé lo que pasó con ella.

—¿Cómo que sabes? —Contuve la respiración, tenso.

—Te dije que tengo contactos en todos los bares de Miami, y es verdad.

—Claro, si los visitas todos. Pero deja de dar vueltas y dime de una vez.

Me masajeé las sienes con la mano libre mientras esperaba lo que fuera que mi mejor amigo tuviera para decir. No podía creer que él hubiera conseguido algo que ni siquiera un investigador privado había logrado. Pero dadas las circunstancias, cualquier ayuda era más que bienvenida.

—Un amigo de un amigo contó que un tipo que trabaja en un bar a unas dos cuadras de donde trabaja Laura la vio siendo detenida por policías de inmigración. Se la llevaron. Si era ilegal, ese tipo de cosas pueden pasar, ¿no?

Quise abrazar a David. Lo habría hecho si no estuviera tan lejos. En ocasiones como esa, hacía cosas que me recordaban por qué seguíamos siendo mejores amigos.

¿Cómo no se me había ocurrido antes? Había pasado tanto tiempo imaginando las posibilidades más rebuscadas, que no consideré lo más obvio: inmigración.

—¡Gracias, David!

—De nada. Si hay algo peor que imaginarte casado, es verte en esta depresión horrible. Ve a inmigración y averigua qué pasó con tu chica.

—¡Gracias! —Corté la llamada y corrí al baño a darme una ducha y vestirme como se debía.



Cincuenta

Exhausta y con apenas la ropa que llevaba puesta, llegué al aeropuerto y cambié los pocos dólares que tenía en la cartera por reales para poder llamar a mi tío. Por suerte, aún me acordaba del número de la casa de memoria. Sin embargo, antes de encontrar un teléfono público, corrí al baño y vomité todo lo que había comido en el avión desde San Pablo. Era la segunda vez que vomitaba en menos de veinticuatro horas y empezaba a sospechar que había contraído algún virus o bacteria durante el tiempo que estuve detenida.

Había un teléfono cerca del baño y puse monedas para llamar a mi tío. Definitivamente, esa no era la forma en la que quería regresar a Brasil. Había dejado absolutamente todo atrás y llegaba en peores condiciones que cuando me fui.

—¡Hola! —Escuché su voz grave del otro lado de la línea y me di cuenta de que era real: estaba de vuelta.

—Ti-tío, yo... —Ni siquiera era capaz de hablar con claridad para contarle lo que había pasado.

—¿Qué pasó, Laurita? ¿Estás con algún problema?

—Sí. —Sentía como si tuviera una piedra atorada en la garganta.

—¿Qué te pasó?

—Me deportaron. Estoy en el aeropuerto.

—¿En Estados Unidos?

—No, aquí en Belo Horizonte. No sé cómo llegar a tu casa.

—Voy a buscarte. Espérame en la entrada, voy a tardar un poco más de una hora en llegar.

—Muchas gracias, tío. —Apenas alcancé a agradecerle antes de que la llamada se cortara por falta de saldo.

Me senté en un banquito en la entrada del aeropuerto y esperé por casi dos horas, mirando la lluvia fina que caía sobre el asfalto. Estaba avergonzada, imaginando la decepción que seguramente le causaba a mi tío al regresar así, expulsada de un país al que nunca pertenecí.

Detuvo el auto gris frente a mí y tocó bocina para que subiera. Abrí la puerta del acompañante y me senté a su lado, sin ánimo de mirarlo directamente.

—Muchas gracias por venir a buscarme, tío.

—¿Qué pasó, niña?

—La policía me detuvo y me mandó de vuelta —resumí de la forma más simple que pude, porque no quería pensar en eso.

—¿Pero estabas haciendo algo malo?

—No, solo iba a trabajar.

—Ay, niña. Te dije que esa idea de irte sola a vivir a otro país era una locura. Deberías haberte quedado aquí, trabajar, quizás incluso estudiar una carrera en vez de estar en el campo. Mi madre estaba loca por llenarte la cabeza con esas ideas. —Negaba con la cabeza mientras conducía de regreso a casa—. Menos mal que

guardé el dinerito que ibas a usar para pagarle a esos tipos. Ahora ve si aprendes, Laura, ya eres una mujer hecha y derecha.

Me quedé en silencio, escuchándolo todo. No podía contradecirlo, mi tío tenía razón, por más que me costara admitirlo. No me quedaba nada. Tendría que empezar desde cero, pero ya me habían declarado persona non grata en Estados Unidos por haber entrado ilegalmente. No podría volver. Valeria, doña Paola, Harrison... Probablemente nunca volvería a verlos.

Con la lluvia cada vez más fuerte y el tránsito pesado, mi tío tardó más de dos horas en ir del aeropuerto a su casa en la ciudad. Él y su esposa tenían una pequeña ferretería al lado de la casa, y eso fue lo que me salvó, porque si trabajara en alguna empresa, no habría podido salir a buscarme.

—¿Dónde están tus cosas, Laura? —preguntó su esposa cuando puse un pie en la alfombra de entrada. Tenía gotas de lluvia escurriendo por el cuerpo; el corto trayecto entre el auto y la casa había bastado para empaparme.

—No tengo nada, tía. Solo mi bolso de mano.

—¿Pero no compraste nada allá? Recuerdo que llevaste una valijita.

—Cuando la policía me agarró no tuve tiempo de traer nada.

—Ay, qué lástima —dijo con una sonrisa forzada.

—Está bien.

—Imagino que tienes hambre.

—No mucha. Solo quiero darme una ducha.

—Voy a buscarte una toalla limpia y ver si hay algo de ropa que dejó Gloria, quizá te quede.

—Gracias, tía.

—Quédate aquí. Yo vuelvo a la tienda —dijo mi tío, acariciándome el hombro antes de alejarse.

Esperaba poder resolver mi vida pronto y no ser una carga para ellos por mucho tiempo.



A la mañana siguiente, me desperté con el mismo malestar y corrí al baño para vomitar otra vez. No solía enfermarme de esa manera y empezaba a preocuparme. Tal vez había llegado el momento de ir al centro de salud a averiguar qué me estaba pasando antes de salir a buscar trabajo.

—¿Qué te pasa, Laura? —María, la esposa de mi tío, se detuvo en el umbral con los brazos cruzados y se quedó observándome mientras me enjuagaba la boca en el lavamanos.

—Nada, tía. Solo estoy un poco mareada y con náuseas, pero seguro se me pasa pronto. Iré a la clínica más tarde a ver qué me pasa.

—¿Hace cuánto estás así? —Vi cómo cambiaba el peso de un pie al otro y adoptaba una postura más tensa.

—¿Un par de días? Pero no hay de qué preocuparse, ya me voy a poner bien. Debe ser solo una virosis.

—Eso no parece una virosis. —Frunció el ceño, y yo me puse tensa.

—¿Cree saber qué es, tía?

—¿Te estuviste acostando con algún hombre allá, Laura?

Tragué saliva al notar cómo me miraba, llena de juicio. ¿A qué se refería con esa pregunta?

—¿Por qué me pregunta eso, tía?

—¿Te acostaste o no, Laura?

Me asustó la pregunta. Pensé que ya me estaba juzgando por la forma en que había regresado a Brasil, y si llegaba a saber que

había perdido la virginidad con alguien, mi imagen ante la poca familia que me quedaba podía empeorar aún más.

—¿Laura? —insistió, hasta que entendí que no tenía escapatoria y tenía que decir la verdad.

—Sí, tuve un novio. O tengo... No lo sé. No volví a hablar con él desde que me detuvo migración.

—Ya no bastaba con haber ido allá para perderlo todo, encima vuelves embarazada. Quiero ver cómo vas a cuidar a ese niño.

—¿Embarazada? —Tragué en seco.

—¿Náuseas y mareo? Yo tuve dos hijos, sé perfectamente cómo es eso.

Iba alternando la mirada entre ella y el suelo, sin saber qué contestar. No había estado pendiente de mi menstruación el mes anterior, y era muy probable que estuviera atrasada. Además, después de haberme entregado a Harrison por primera vez, no perdía la oportunidad de estar dentro de mí. Confieso que a mí también me gustaba mucho, ya había perdido la cuenta de cuántas veces habíamos tenido sexo.

—Es posible.

—¿Es posible? ¡Santo Dios! Quiero ver cómo vas a conseguir trabajo estando embarazada. —Se llevó las manos a la cabeza—. Ve a la farmacia y compra un test.

Tenía miedo, pero terminé cumpliendo con su orden disfrazada de sugerencia.

Positivo...

Solté la prueba en el lavamanos con las manos temblando.

Estaba embarazada de Harrison.



Cincuenta y uno

—¿¡QUÉ CARAJOS HICISTE?! —Entré a la casa completamente fuera de mí y me detuve frente a mi madre.

Ella estaba sentada en el sofá, limándose las uñas, y no se dio cuenta de mi entrada repentina hasta que ya estaba frente a ella, resoplando como un toro. Cerré los puños con fuerza, clavándome las uñas en la piel, conteniéndome para no cruzar el límite de cordura que me impedía golpearla.

—¿Qué pasa, querido? —preguntó, haciéndose la desentendida, lo que solo encendió más mi rabia—. Qué bueno que te cambiaste la ropa y te afeitaste. Ya empezaba a preocuparme.

—¿Ya empezabas a preocuparte? —Puse los ojos en blanco y solté una risa amarga, una risa que solo servía para evitar que las ganas de romperle la cara siguieran creciendo—. ¿Cómo tienes el descaro de decir algo así si sabes perfectamente que terminé así por tu culpa?

—No es culpa mía, es culpa de esa mujer, pero estoy contenta de que por fin te hayas librado de ella.

—¿Cómo te atreves? —Negué con la cabeza—. Estar o no con Laura era decisión mía, y tú no tenías ningún derecho a meterte.

—No sé de qué estás hablando, hijo. Sé tanto sobre el paradero de esa mujer como tú.

—¿Cómo puedes mirarme a la cara y mentirme así? Yo estuve sufriendo, y tú preferiste verme destrozado antes que contarme lo que realmente pasó con Laura. ¿Cómo fuiste capaz de dejarme pensar que la mujer que amo podría estar muerta?

—No seas exagerado. Tú no la amas, estás embobado. Un poco más de tiempo lejos y ni te vas a acordar de ella.

Golpeé el florero de porcelana que estaba sobre la mesa del living, y cayó al suelo, haciéndose trizas.

—¡Cállate! —grité, y mi voz retumbó por toda la mansión—. No hagas que te odie más de lo que ya te odio ahora. Pensé que no podías caer más bajo, mamá, pero lo confirmé cuando vi que el abogado que llevaba el caso de Laura era Charles Smith. Hablas tanto de papá, pero sé muy bien que tuviste una aventura con ese hombre, y supongo que todavía la tienes, ya que lo pusiste a él a cargo de deportar a mi novia lo más rápido posible. No dudo que fuiste tú quien hizo la denuncia para que migración fuera tras ella. Fuiste tú quien compró el pasaje para que Laura fuera expulsada sin siquiera esperar el proceso oficial.

—Mientras más rápido estuviera esa mujer lejos de ti, mejor.

Negaba con la cabeza, casi sin poder creerlo.

—Estaba pensando en casarme con ella.

—¡Es una locura!

—Voy a ir a buscarla a Brasil y voy a traerla de vuelta como señora Clark.

—¡Harrison, no puedes hacer eso!

—No solo puedo, lo voy a hacer.

—Si vas detrás de esa mujer en Brasil, yo me voy de esta casa. Es ella o yo.

—Ya te lo dije una vez, mamá. No me pongas a elegir, porque siempre va a ser ella. Prefiero que te vayas tú, así me ahorro el trabajo de echarte, o te dejo quedarte con esta casa y me compro otra.

—No puedes hacerme eso. No voy a quedarme sola en esta mansión.

—Tú no podías haber hecho lo que hiciste, mamá. No tenías ningún derecho a lastimarnos así, ni a Laura ni a mí.

—No puedo creer que mi propio hijo no me quiera cerca.

—Te lo ganaste.

—Me voy a vivir con Charles —dijo, inflando el pecho como si tuviera toda la razón del mundo—. Algún día vas a entender que lo que hice fue por tu bien, y te vas a arrepentir de todo esto. No va a pasar mucho tiempo antes de que me supliques que vuelva.

—Si alguien aquí va a arrepentirse, no voy a ser yo. —Le di la espalda.



Solo dejé de golpear la puerta cuando Valeria la abrió.

—¿Harrison? —Abrió los ojos con sorpresa al verme—. ¿Tienes alguna noticia de Laura? —Se hizo a un lado para que pudiera entrar.

—Sí. La deportaron a Brasil por inmigración.

—¡Dios mío! ¡Pobrecita! Al menos dime que está bien.

—Eso espero. —Después de todo, lo único que me importaba era saber que estaba bien y a salvo.

—¿Cómo lo descubriste?

—Un amigo me dijo que alguien contó haberla visto siendo llevada por agentes cerca del bar donde trabajaba. Después fui a

inmigración y revisé todos los casos hasta que encontré su nombre. A Laura la mandaron de regreso a Brasil hace unos tres días.

—¿Tan rápido? Me habían dicho que uno puede pasar meses detenida mientras se resuelve el proceso.

—Mi madre se encargó de acelerar todo. Puso a un abogado que autorizó la deportación y pagó el pasaje de vuelta.

—¡Pobre Laura! —Sollozó Valeria—. Dejó todas sus cosas, ni siquiera tuvo tiempo de venir a buscarlas. Y lo peor es que, al ser deportada, ya no podrá volver legalmente. Entrar como lo hicimos es demasiado arriesgado. Tenemos que encontrar la forma de enviarle sus cosas.

—Guarda todo, Valeria. Laura va a volver.

—¿Cómo?

—Cuando se case conmigo, el consulado podrá emitir un perdón y podré traerla de vuelta.

—¿Harías eso por ella? —Valeria esbozó una sonrisa.

—No es un favor, Valeria. Ya pensaba casarme con ella desde antes. Tal vez si le hubiese hecho la propuesta antes, nada de esto habría pasado. —Bajé la cabeza, sintiéndome culpable por todo lo que Laura pudo haber sufrido cuando fue detenida por inmigración.

—Lo importante es que ahora vas a corregir las cosas, Harrison.

—Sí. —Le sonreí.

—Si viniste hasta acá, imagino que puedo ayudarte en algo.

—Quiero saber si tienes una dirección o cualquier información que pueda ayudarme a encontrarla en Brasil. Ese país es tan grande como Estados Unidos, podría tardar meses si no tengo ni una pista.

—¡Espera! Creo que sé dónde guardaba las cartas que intercambiaba con su tío. Supongo que ahí debe estar la dirección. Y si ella no está con él, seguramente él sabrá dónde encontrarla. Recuerdo que Laura me contó que era el único pariente cercano que le quedaba.

—Perfecto. Necesito una de esas cartas. —Seguí a Valeria hasta el diminuto cuarto donde ella dormía con Laura. Era la primera vez que entraba en esa casa y no imaginaba que el interior pudiera ser aún más humilde que el exterior. En el cuarto, los vestidos caros que le había regalado a Laura colgaban en perchas sujetas a una cuerda y estaban cubiertos con bolsas plásticas. El resto de sus pertenencias estaba guardado en una cómoda o en cajas.

—¡La encontré! —dijo Valeria, tomando una cajita y dándomela—. Aquí están las cartas que Laura intercambió con su tío. Espero que eso sea suficiente para que la encuentres.

—Gracias. —Tomé las cartas y salí de la casa.

—¡Avísame cualquier cosa!

—Lo haré. —Asentí antes de subir a mi auto.



Cincuenta y dos

Desperté con la voz de la esposa de mi tío hablando con él. Por el tono que usaba, entendí que no tenía ningún interés en esconder su opinión sobre mí.

—¡Embarazada, Joaquín! Está embarazada. Embarazada, sin trabajo y sin familia. ¿Qué crees que va a ser de esta muchacha?

—Nosotros somos su familia, María.

—No es porque sea hija de tu hermana fallecida que tienes que hacerte responsable de ella. Debe tener casi treinta años, no es una niña. Me encantaría ver cómo reaccionarías si nuestra Gloria llegara embarazada y sin marido.

—Va a arreglar su vida, solo necesita un poco de tiempo.

—¿En serio? No puede quedarse aquí para siempre, tú bien sabes que las cosas no están fáciles. No tenemos cómo hacernos cargo de ella y del bebé.

Sentí que se me formaba un nudo en la garganta, impidiéndome respirar. Me levanté de la cama y salí del antiguo

cuarto de mi prima, donde había estado durmiendo los últimos días, y caminé hacia la sala donde estaban ellos.

—No se preocupen. Voy a buscar dónde vivir y me voy a ir.

—No tienes que apurarte, Laurita —dijo mi tío con calma—. Esta vez, piensa bien antes de hacer cualquier cosa para que no vuelvas a pasar por lo mismo.

Estaba por decir algo, pero el sonido del teléfono interrumpió el momento. Mi tía dejó de mirarme con desprecio y fue a contestar. Tener teléfono, así como hacer llamadas, era costoso, por eso cada vez que sonaba, todos pensaban que debía ser algo importante.

—¿Qué? No entiendo nada. ¿Puede repetir? ¿Laura? ¿Qué pasa con Laura? —Alejó el teléfono del oído y volvió a mirarme—. Hay un hombre diciendo tu nombre, pero no entiendo ni una palabra más. No debe ser en nuestro idioma.

—¿Puedo? —Extendí la mano para tomar el teléfono.

Ella asintió y me acerqué un poco más por el cable.

—¿Hola?

—¡Laura, por fin!

—¿Harrison? —No podía creer que fuera su voz.

—Sí, mi amor, soy yo. ¿Cómo estás? Estos días sin saber nada de ti me volvieron loco.

—¿Sin saber nada? —Me confundí. Pensaba que había sido él quien me había mandado de regreso a Brasil—. ¿El abogado no te dijo nada? Me aseguró que representaba a los Clark.

—¡No, Laura! Ese abogado lo envió mi madre. Ella fue la que planeó todo para que te deportaran, yo no sabía nada. Pasé varios días sin tener noticias tuyas. Fueron los peores días de mi vida. Cuando descubrí que te habían deportado, supe que todo había sido una jugada de mi madre. Jamás habría permitido que te mandaran lejos.

—¿En serio? —Suspiré. Desde que volví a Brasil, había pensado que nunca más volvería a verlo ni a oír su voz, que mi

cuento de hadas había terminado. Estar hablando con Harrison, aunque fuera por teléfono, me reconfortaba profundamente.

—Tú tienes mi corazón, Laura, y sin él no puedo vivir.

Se me llenaron los ojos de lágrimas y mis tíos se acercaron para tratar de entender lo que estaba pasando, ya que no comprendían nada de mi conversación en inglés.

—Saber que al menos estás bien me tranquiliza mucho.

—¿Cómo conseguiste este número?

—Valeria me dio las cartas que tú intercambiaste con tu tío. Con la dirección, llamé a la central telefónica y pedí que lo buscaran en la guía.

—¿Cómo está Valeria?

—Preocupada por ti, igual que yo, pero está bien.

—¡Qué alivio!

—Voy a traerte de vuelta, y pronto vas a poder verla otra vez.

—Harrison, no puedo intentar cruzar con los coyotes ahora. —Me puse tensa al recordar que estaba embarazada—. Además, fui deportada. Imagino que ahora será mucho más difícil pasar desapercibida para el gobierno, ya que tengo prohibido regresar al país.

—No, Laura, no vas a entrar de forma ilegal. Mis abogados, los que de verdad me inspiran confianza, están resolviendo todo. En cuanto nos casemos, conseguirán que el gobierno emita un perdón para ti. Vas a regresar de manera legal, como mi esposa.

—¿Esposa? —Me paralicé por una mezcla de sorpresa y asombro. Era obvio que yo deseaba eso, y dada la situación en la que me encontraba, era lo más lógico, pero aun así, no dejaba de parecer un sueño. Me dio miedo pellizcarme y descubrir que seguía en la cama de mi prima, y que su voz en el teléfono, prometiéndome que todo saldría bien, no era más que una ilusión.

—Quería proponerte matrimonio de una manera más romántica, de una forma que nunca olvidaras, pero mi madre me

robó ese derecho.

—Créeme, jamás lo voy a olvidar —dije, riendo con nerviosismo.

—Cómo me gustaría poder abrazarte y besarte ahora mismo. Voy a hacer todo lo posible para tenerte entre mis brazos lo antes posible.

—Estoy deseando que llegue ese momento. —Cerré los ojos, recordando cómo se sentía tener sus brazos rodeándome—. Harrison, tengo que contarte algo.

—¿Qué pasa? —Noté que su voz se volvió tensa—. ¿Te ocurrió algo?

—Sí, ocurrió algo.

—Laura, voy a ir a Brasil lo más pronto que pueda para buscarte. Solo necesito resolver unas cosas legales para que sea posible.

—Está bien, puedo esperar.

—¿Qué fue lo que pasó?

—Yo-yo... Estoy embarazada.

—¿En serio?

—Sí. Lo descubrí hace un par de días.

Él soltó una maldición, y no supe si era porque estaba feliz o molesto.

—¿Harrison?

—No tienes idea de cuánto odio a mi madre ahora mismo. Laura, lo siento muchísimo por todo esto.

—Solo ven a buscarnos a mí y a nuestro hijo, y todo va a estar bien. —No quería seguir pensando en lo horrible que había sido estar presa y ser deportada. Solo quería enfocarme en que pronto volvería a estar en los brazos de Harrison.

—Voy para allá en cuanto pueda, amor. Si necesitas cualquier cosa, solo dímelo. Te voy a mandar dinero para que no tengas que

preocuparte por nada hasta que yo llegue. También voy a enviarte los documentos y un poder notarial para que puedas iniciar el trámite de nuestro matrimonio en el registro civil lo más pronto posible.

—¡Está bien! Voy a hacer todo lo que me digas.

—¿Laura?

—Sí.

—Te amo.

—Yo también te amo —respondí, con una sonrisa de oreja a oreja.

—Estoy muy feliz de saber que voy a ser papá.

—Qué bueno, porque tenía un poco de miedo de tener que enfrentar todo esto sola.

—Nunca voy a dejarte sola.

—Gracias.

—Necesito encontrarme con un abogado, luego te llamo para darte novedades, ¿sí?

—Sí. Me alegra tanto que hayas llamado.

—Ya no podía pasar ni un día más sin saber de ti. Cuídate, amor. Nos vemos pronto.

Cortó la llamada y yo me quedé suspirando mientras volvía a colocar el teléfono en su sitio.

—¿Quién era? —preguntó mi tía con un tono casi intimidante.

—Mi prometido —respondí, con una felicidad que no me cabía en el cuerpo.

—¿Prometido? —Abrió los ojos de par en par, impactada por lo que acababa de decir.

Yo también estaba impactada. Jamás hubiera imaginado que esa llamada cambiaría mi vida por completo.

—¿Cómo que prometido, Laura? —preguntó mi tío, frunciendo el ceño. Si para mí había sido una sorpresa, para ellos también.

—El novio que tuve en Miami. Era él quien me llamó. Harrison no sabía que me habían deportado. Va a venir para casarse conmigo y llevarme de regreso a Estados Unidos.

—¡Alabado sea Dios! —Mi tía levantó las manos al cielo—. Ese niño no va a nacer sin padre.

—¿Estás segura de que es tan simple? —preguntó mi tío con desconfianza.

—Me imagino que no será fácil, tío. Pero Harrison es un hombre con recursos. Confío en que lo logrará.

—Espero que no termines decepcionada.

—No digas eso, Joaquín. Todo va a salir bien.



Al final del día, Harrison volvió a llamarme. Había hecho una transferencia internacional para mí, y tenía que ir a una casa de cambio a retirar el dinero. No discutí con él al respecto. Recordé lo que me había dicho cuando me compró ropa nueva: el dinero era parte de lo que él era. Al aceptar casarme con él, debía tener presente que toda mi vida iba a cambiar.

—Tío —lo llamé al entrar en la casa, ya de noche, después de volver de la casa de cambio—, el dinero que había perdido y que usted guardó, puede quedárselo.

—¿No lo vas a necesitar, niña? —Dejó el vaso de café sobre la mesa y me miró.

—No. Creo que ustedes lo necesitan más que yo. Es mi parte de la casa de la abuela.

—El matrimonio no es fácil y trae muchos gastos. Van a necesitar una casa, cosas para el bebé.

—Harrison ya tiene todo eso allá en Miami.

—¿Acaso es rico? —preguntó mi tía, con curiosidad.

—Se podría decir que sí.

Noté que estaba a punto de hacerme preguntas que no tenía ganas de contestar, así que me fui al antiguo cuarto de mi prima, donde había estado durmiendo. Después de todo lo que había vivido, no quería que mi tía me acusara de estar tratando de atrapar a un hombre con un embarazo.



Cincuenta y tres

Quince días después de haber contactado a Laura en Brasil por primera vez, estaba desembarcando en la ciudad donde vivía con su tío, acompañado por Simón, el abogado que se encargaba del caso de Laura y que tramitaría su visa después de nuestro matrimonio.

Salí por la puerta de llegadas y la vi parada detrás de la barrera. En cuanto nuestros ojos se encontraron, Laura abrió una sonrisa enorme que me recordó por qué estaba haciendo todo aquello. Estaba completamente enamorado de esa mujer.

—¡Laura! —Solté el carrito con mis maletas y abrí los brazos.

Ella corrió hacia mí y se lanzó directo a mi abrazo. La apreté contra mi pecho con todas mis fuerzas. Sentía como si hubiera pasado una eternidad lejos de ella, y de hecho, más de un mes había sido demasiado tiempo para mí. Solo me separé de ella para besarla, sin importar si podía enojarse por hacerlo frente a tanta gente. Estaba desesperado por probar otra vez sus labios suaves, por saborear su boca, por sentir el calor de su lengua. En vez de

apartarse, Laura me devolvió el beso con la misma intensidad. Tenía tantas ganas como yo.

Cuando nos separamos, me arrodillé frente a ella y besé su vientre, acariciando el fruto de nuestro amor que crecía ahí. Saber que estaba embarazada estando tan lejos uno del otro había intensificado mi angustia. La idea de perderme ni un solo segundo de ese momento me partía el alma.

—Papá ya llegó —susurré, haciendo que Laura sonriera aún más.

—¡Levántate! —Me golpeó los hombros—. Todos nos están mirando.

—¡Que miren! No me importa.

—¡Levántate ya!

—Todavía no terminé. —Saqué del bolsillo de mi saco la cajita con el anillo de compromiso, que ya debería haber estado en su dedo desde hace tiempo, y la abrí frente a ella, todavía arrodillado—. Un poco tarde, pero... ¿quieres ser mi esposa, Laura?

—Sí, mil veces sí.

Tomé el anillo, se lo puse en el dedo, besé su mano y me levanté. Las personas que nos miraban en el aeropuerto comenzaron a aplaudir y a lanzar gritos de celebración.

—Harrison, él es mi tío Joaquín —me dijo, llevándome hasta un hombre que hasta entonces solo había estado observando.

—Mucho gusto. —Le extendí la mano. Había aprendido una que otra palabra en portugués durante la última semana, pero no lo suficiente como para mantener una conversación larga. Esperaba poder arreglármelas en español.

—El gusto es mío —dijo él, estrechándome la mano con una sonrisa.

—Vino conmigo. No quería que me quedara sola en el aeropuerto esperándote.

—Hizo bien.

—Estaba desesperada por verte.

—Yo también. —Le acaricié el rostro.

—Alquilé una habitación de hotel en la ciudad, ven a quedarte conmigo.

Ella me miró antes de esconder la cara en mi pecho, avergonzada.

—Voy a avisarles a mis tíos. Incluso habían preparado un cuarto para ti en su casa.

—Lo siento, Laura, pero no voy a quedarme en su casa —le respondí con la mayor amabilidad posible. No era por despreciar el lugar, pero con todo el dinero que tenía, sí que era exigente con la comodidad.

—Está bien —respondió con una sonrisa forzada.

—Ven al hotel conmigo. Pasamos demasiado tiempo separados. —Le acaricié la cara.

Ella alternó la mirada entre mí y su tío, probablemente anticipando algún tipo de juicio, pero después de lo que había hecho mi madre, no quería a ningún pariente interfiriendo en nuestra relación.

—Mira, podemos cenar con ellos más tarde. ¿Qué te parece?

—Voy a avisarle a mi tío. —Le dijo algo al hombre que no entendí, pero por la forma en que me miró, intuí que no le había caído bien la noticia. De todos modos, no me importó.

—Dijo que puede llevarnos al hotel.

Dejé que Simón fuera en taxi y me fui con Laura y su tío, aún sabiendo que el coche del hombre sería muy inferior a cualquier vehículo al que yo estuviera acostumbrado. Era lo mínimo que podía hacer para caerle bien, ya que era el único familiar vivo de Laura.

Llegamos al hotel y, después de agradecerle al tío de Laura por el viaje, hice el check-in.



Cincuenta y cuatro

Después de haber pasado tanto tiempo lejos de Harrison y llegar a pensar que nunca volvería a verlo, estar entre sus brazos era la mejor sensación del mundo. Con su brazo rodeando mi cintura, fuimos juntos hasta el ascensor que llevaba al cuarto del hotel.

Durante mi breve estadía en la ciudad, ni siquiera había pasado por la puerta de ese lugar, y estar ahí me recordó el hotel donde me había entregado a Harrison por primera vez, lleno de lujo y sofisticación.

Harrison abrió la puerta y me atrajo hacia adentro. Encendió la luz y vi que sus maletas ya estaban en el cuarto. Si apenas había podido contenerse en el aeropuerto, una vez a solas, Harrison me atacó como un depredador. Cada parte de mi cuerpo se estremeció; estaba desesperada por eso.

Me sentó sobre la mesa redonda de madera en el centro de la habitación, recorriendo mi cuerpo con sus manos firmes y calientes. Moría por sentir de nuevo cómo me apretaba, me besaba y me hacía

sentir increíble. Noté el cosquilleo de su barba en mi cuello antes de que me mordiera.

—Moría por volver a probar tu boca —susurró mientras mordía mi labio inferior, provocando una ráfaga de electricidad por todo mi cuerpo.

Harrison pasó la mano por mi nuca y soltó la cinta que sujetaba mi cabello, dejándolo caer en ondas salvajes alrededor de mi rostro.

Tiré de su cara hacia la mía y volví a besarlo con tanta ansiedad que rozaba la desesperación. Mis labios ya estaban hinchados y adoloridos de tanto besarlo, pero no quería que se detuviera. Harrison subió la base de mi camiseta y levanté los brazos, deteniendo el beso solo por los segundos que tardó en quitarme la prenda.

—Moría por tocar tu piel —dijo, besando la parte alta de mis senos, expuesta por el sostén, antes de desabrocharlo por la espalda y quitármelo.

Se quedó mirando mis senos, y yo sonreí al ver el hambre con la que me observaba. Ya no me avergonzaba de estar desnuda frente a él.

—Eres hermosa —murmuró antes de lamer uno de mis pezones, haciéndome estremecer por completo—. Tan hermosa.

Enrosqué las piernas alrededor de su cintura y lo atraje hacia mí, quitándole el saco y tirándolo al suelo. Cuando volvió a besarme, ya estaba desabrochándole la camisa, y enseguida la prenda se sumó al montón en el piso. Mordisqueó mi oreja mientras apretaba mis senos, retorciendo los pezones entre sus dedos, y su aliento caliente incendiaba mis venas. Ya me estaba frotando contra él, alzando la cadera. La ansiedad entre mis piernas crecía de forma incontrolable. Era como si el tiempo separados solo hubiera hecho que lo deseara más.

Harrison bajó las manos por los costados de mi cuerpo, deslizándolas desde mis senos hasta mis nalgas, donde enterró los

dedos con fuerza casi dolorosa, haciéndome gemir contra sus labios. Me apretó un poco más antes de abrir el cierre de mi pantalón y quitármelo. Luego hice lo mismo con el suyo.

Ya desnudos, me levantó en brazos y caminó conmigo por la habitación hasta llegar a la cama. Se echó sobre mí y siguió besándome con ferocidad, mostrando todo el hambre y el deseo acumulado durante nuestra separación.

—Te prometo que esta noche lo haremos con calma —dijo, mientras sujetaba mi cintura y me penetraba de un solo golpe firme.

Gemí, apretando mis piernas alrededor de su cintura, haciéndolo llegar aún más profundo. Fui tomada por una espiral de sensaciones que me atravesaron como un rayo. Se inclinó para volver a besarme y comenzó a moverse con embestidas firmes, constantes, que poco a poco me despegaban de la cordura. Su piel rozando la mía, su pene moviéndose dentro de mí y sus manos recorriendo mi cuerpo sin ningún pudor me llevaban al puro éxtasis.

Con la punta de los dedos acaricié sus hombros y su cuello, sintiendo las gotas de sudor que se formaban en medio del esfuerzo frenético de moverse sobre mí. Lo hice girar sobre la cama hasta quedar encima de él, apoyando las manos en su pecho. Me eché el cabello hacia atrás mientras me movía contra su pelvis, aumentando la intensidad con la que me invadía.

Harrison tiró de mi nuca y atrajo mi rostro hacia el suyo. Apoyé la frente en la suya, mirándolo a los ojos, hasta lo más profundo de ese azul donde solo nosotros sabíamos lo que había. Harrison me conectaba con una parte de mí que ni siquiera sabía que existía.

Tomé su cara entre mis manos y mordí su labio inferior, haciendo que hundiera aún más los dedos en mi cintura. Gemí contra sus labios cuando retomamos el beso. Lo montaba sin reservas, disfrutando de lo delicioso que era entregarme así a Harrison.

Cada vez más profundo, cada vez más fuerte, con cada embestida me alejaba de cualquier resto de autocontrol, dejándome llevar por esa necesidad salvaje que rugía dentro de mí, sedienta de placer.

Harrison impulsó su cuerpo hacia adelante y se sentó en la cama, abrazándome para fundirnos aún más, intensificando la fricción deliciosa de nuestros cuerpos. Sus manos recorrían mi espalda de arriba abajo, mientras su boca buscaba la mía, haciendo que todo fuera aún más perfecto.

Nuestros alientos se mezclaban mientras nos movíamos al unísono, uno contra el otro. Harrison metió la mano entre nuestros cuerpos y buscó mi clítoris. Apreté sus hombros y gemí, echando la cabeza hacia atrás, cuando el placer se volvió más intenso. Sus dedos no pararon, llevándome hasta el límite, hasta que la tensión explotó. Inclinó la cabeza y atrapó uno de mis pezones con la boca, succionándolo mientras yo me retorcía y me estremecía en sus brazos, alcanzada por el orgasmo.

—Ah, Harrison —susurré, apoyando mi frente en la suya, jadeando mientras trataba de recuperar el aire que se me había escapado de los pulmones—. Eso fue tan...

—Tranquila, esto no ha terminado. Es mi turno. —Me alzó y salió de mí, solo para echarme boca abajo sobre la cama y colocar una almohada bajo mis caderas.

Harrison se acostó sobre mí, presionando su cuerpo contra el mío, y volvió a penetrarme. Su boca bajaba desde mi oreja hasta el cuello y subía de nuevo, erizándome la piel y encendiéndome, mientras su cuerpo se estrellaba contra mis nalgas, provocando sonidos húmedos como palmadas. Con una mano firme en mi cintura, tomaba impulso para entrar profundo. Descargó su semen dentro de mí y se movió un poco más hasta detenerse por completo.

Se quedó sobre mí, acariciándome, hasta recuperar las fuerzas para cargarme en brazos y llevarme a la ducha.



Harrison alquiló un auto y fuimos a cenar con mi tío. Me venía bien volver a esa casa, porque necesitaba recoger mis cosas, ya que me había ido al hotel sin llevar nada.

Entramos al pequeño dúplex y Harrison observó todo sin decir una sola palabra. Me di cuenta de que estaba evitando hacer cualquier tipo de juicio, porque la realidad de alguien que había nacido rico era completamente distinta a la mía.

—Buenas noches —saludó a mi tío y a su esposa, esforzándose por hablar en portugués.

—¿Harrison, cierto? —Mi tío le extendió la mano.

—Sí.

—Bienvenido a mi casa.

—Gracias.

—Es un placer recibir al prometido de Laurita. Siempre supe que iba a encontrar a un hombre como tú —dijo mi tía. Sonreí al ver que Harrison me miró sin entender, y le traduje por partes.

Dejé a mi tío con Harrison en la sala y fui arrastrada por María a la cocina, con la excusa de que necesitaba ayuda, aunque sospechaba que no era esa la verdadera razón. Se apoyó en el fregadero y me observó.

—Es guapo.

—Gracias.

—Y rico también, por lo que contó Joaquín. Hotel cinco estrellas, auto importado...

—Sí. —No le di mayor importancia a lo que estaba diciendo. Eso porque no había visto ninguno de los autos que él manejaba en Miami, ni los que vendía.—¿En qué necesitas ayuda? —Me acerqué a la estufa.

—Te vas a casar con un hombre rico y ya estás presumiendo.

—Cállate, María —exclamó mi tío, y las dos nos sobresaltamos al verlo entrar en la cocina—. Deja que la chica sea feliz.

—Gracias, tío. —Le sonreí.

—Vamos a llevar las ollas a la mesa para comer —dijo haciendo un gesto con la boca, pero ya no agregó nada más, por miedo a que su marido se enojara con ella.

Asentí y la ayudé a llevar la comida a la pequeña mesa del comedor. Harrison no estaba familiarizado con el arroz y los frijoles brasileños, así que para él terminó siendo una experiencia gastronómica.



Cincuenta y cinco

Dos días después de mi llegada a Brasil, fuimos al registro civil a la hora acordada para casarnos según la ley brasileña. El abogado que había gestionado todo desde Brasil ya había resuelto los trámites, y lo único que nos quedaba era firmar los papeles. La ceremonia no duraría más de unos minutos, aún así, Laura estaba preciosa con un sencillo vestido blanco de encaje y el cabello recogido en un moño decorado.

—Sé que este no es el matrimonio con el que soñabas —le dije, sosteniéndole las manos justo antes de que nos colocáramos frente al juez de paz.

—Estás aquí, Harrison, vamos a estar juntos. Sin importar cómo sea nuestra boda, ya es un sueño.

—Me hubiera gustado hacer más. —Acaricié sus manos entre las mías.

—Estoy segura de que lo harás todos los días del resto de nuestra vida —me respondió con una sonrisa.

El juez de paz nos llamó por nuestros nombres y caminamos hacia él. Dijo algunas cosas que no llegué a entender, luego firmamos unos papeles y sus tíos firmaron como testigos. En menos de diez minutos, ya teníamos en mano el acta de matrimonio y se la entregué al abogado. Él la presentaría en el consulado estadounidense para solicitar el perdón por la deportación de Laura.



Después de la boda, pasamos un tiempo en Río de Janeiro, lo que Laura llamó nuestra luna de miel, aunque en realidad estábamos esperando que avanzara su proceso en el consulado para poder llevármela conmigo de vuelta a Estados Unidos. Por más que mi dinero acelerara mucho las cosas, seguía siendo un trámite lento.

Fuimos a un hospital local para su primera consulta de control prenatal. Imaginábamos que ya tendría unos dos o tres meses de embarazo, contando desde la última vez que habíamos tenido sexo antes de que la deportaran.

Con el tiempo en Brasil, ya me estaba acostumbrando al portugués. Aún no era fluido, pero ya entendía buena parte de lo que se decía.

—¡Laura Cristina Vieira Clark! —llamó la doctora, y mi esposa y yo caminamos hacia el consultorio.

Laura tenía una infinidad de preguntas sobre el embarazo, mientras que mi única preocupación era saber si ella y el bebé estaban bien. El susto y toda la angustia que causó la deportación ya habían sido suficientes para toda una vida.

—¿Cómo están los futuros papás? —La doctora se acomodó detrás de su escritorio y nos miró a los dos, alternando la vista entre Laura y yo.

—¡Ansiosos! —Laura sonrió y puso una mano sobre su vientre.

—Me imagino.

—¿Es el primer hijo del matrimonio?

—Sí —dije, extendiendo la mano para acariciar el vientre de Laura.

—¿Cómo te has sentido? —le preguntó a ella.

—Mareos, dolor de cabeza, náuseas y a veces se me antojan cosas rarísimas. Como col rizada con dulce de leche. —Laura se rió, y la doctora también. —Fuera de eso, estoy bien.

—Eso es común en el primer trimestre del embarazo. De hecho, suelen ser los primeros síntomas. ¿Llegaste a hacerte alguna ecografía?

—No, solo el análisis de sangre.

—Entonces vamos a hacer una, ¿te parece?, para ver cómo está ese bebé.

Laura me miró y asentí con una sonrisa mientras tomaba su mano.

Nos llevaron a una sala con el equipo y Laura se recostó sobre la camilla, con la blusa levantada para que el aparato pudiera hacer la lectura de su abdomen.

Le acaricié el rostro mientras me quedaba a su lado, simplemente observando. Laura había transformado por completo mi vida. En menos de un año, había pasado de ser un hombre solitario a estar completamente enamorado y a punto de convertirme en padre.

—¿Tienen antecedentes de gemelos en la familia?

—Yo sí —respondí, sin entender bien la pregunta—. Tengo un hermano gemelo. ¿Por qué?

—Porque tienen dos bebés en camino.

—¿Gemelos? —Los ojos de Laura se iluminaron, y por su expresión no supe si era de emoción o de miedo.

—Sí. Como comparten la misma placenta, puedo asegurar que serán idénticos.

—¿Se puede saber si serán niños o niñas?

—Todavía es muy pronto para saberlo. En unos tres o cuatro meses más de gestación, quizá.

—¡Gemelos, Harrison!

—Sí, ¡dos! —Sonreí, la besé y apoyé mi frente contra la suya.

Me acordé de mi hermano y de cuánto lo extrañaba. Esperaba que nuestros hijos pudieran tener un vínculo tan fuerte como el que tenía con Harold. Ese lazo tan profundo probablemente se había formado desde que crecíamos juntos en el vientre.



Cincuenta y seis

Meses después de mi deportación, por fin estaba de regreso en Estados Unidos. Gracias a Harrison, pude entrar al aeropuerto con la cabeza en alto y sin miedo a ser deportada. Tenía en mi pasaporte una visa de esposa, y eso me permitía quedarme en el país hasta que me entregaran la tarjeta verde. Sin necesidad de un cruce peligroso esta vez y disfrutando de la comodidad de un vuelo en primera clase, llegué al aeropuerto y tomamos un taxi rumbo a su casa.

En mi vientre, los signos del embarazo eran muy evidentes. Los dos bebés allí dentro estaban creciendo bastante rápido. Harrison sostuvo mi mano mientras íbamos sentados en el asiento trasero del taxi, y yo lo acerqué para besarlo.

—Muero por llegar a mi habitación —susurró en mi oído, y me puse completamente roja de solo pensar que el conductor podría haberlo escuchado.

—¿Vas a decirme que no te gusta? —Puso su mano sobre mi muslo.

—No dije eso —respondí, escondiendo el rostro en su pecho, sabiendo muy bien cuánto disfrutaba él avergonzándome.

El taxi se detuvo frente a la mansión, y Harrison bajó primero, extendiéndome la mano para que lo acompañara. A diferencia de la primera vez que fui a esa casa, esta vez entré por la puerta principal y fui recibida por la señora Johnson y los demás empleados. Se inclinaron ligeramente al verme tomada del brazo de Harrison.

—Bienvenida, señora Clark —dijo la señora Johnson con una sonrisa, y cuando sus palabras resonaron en mi cabeza, fue ahí cuando me cayó la ficha.

Ya no era una empleada en esa casa. Ahora, era la señora.

—Ven —dijo Harrison, tirando suavemente de mi mano, y subimos al piso de la mansión donde estaban los dormitorios.

Noté que me estaba llevando a una habitación que no solía ser la suya, pero en cuanto entré, vi algunas de mis cosas, las que habían quedado en la casa de doña Paola.

—Esta habitación solía ser de mi madre —dijo él. Me acordé de cuando limpiaba ahí.

—¿Dónde está ella?

—Se fue a vivir con su amante... o esposo, no lo sé con certeza, y sinceramente, tampoco me importa. Tal vez nunca pueda perdonarla por lo que nos hizo.

—Pero ahora estoy aquí, Harrison. Todo salió bien.

—Pudo no haber salido, Laura. Pero no vamos a hablar de eso —dijo, y noté que el tema lo molestaba, así que era mejor dejarlo pasar.

Harrison se acercó a mí y puso ambas manos sobre mi vientre.

—¿Me prometes algo?

—Lo que sea.

—Nunca te pongas en contra de la felicidad de nuestros hijos.

—Siempre voy a luchar por ellos —le respondí, acariciando su mano sobre mi panza.

Harrison me tomó del rostro y me atrajo hacia él en medio de un beso tierno.

—Esta es la habitación de la casa pensada para una pareja. Tiene dos baños y dos vestidores. Mandé cambiar la cama y las cortinas, pero puedes redecorarla como quieras.

—¿Dos baños no es demasiado? En realidad, ya me parece mucho tener un baño por habitación.

—Con el tiempo te vas a acostumbrar a la comodidad, Laura —dijo mientras me rodeaba con sus brazos y me hacía recostarme en la cama.

En el fondo, tal vez todavía me resistía un poco a adaptarme a todo eso, porque aún sentía que estaba viviendo un cuento de hadas.



—¡Laura! —Valeria vino corriendo en cuanto Harrison estacionó el auto frente a la casa de Paola.

—¡Amiga! —Le devolví el abrazo, aunque mi vientre se interpusiera entre las dos.

—Te extrañé mucho.

—Yo también. ¿Cómo están ustedes?

—Estamos bien —respondió, mientras pasaba su brazo por mis hombros y me guiaba hacia el interior de la casa, donde enseguida percibí el aroma del té de manzanilla que Paola solía preparar.

—Estás realmente embarazada —dijo, señalando mi panza.

—¿Pensaste que estaba bromeando cuando lo conté en la carta? —Reí al sentarme junto a ella en el sofá, mientras Harrison se quedó de pie en la puerta, observando el interior.

—No. No sé... creo que simplemente no lo había procesado bien.

—Son gemelos —dije, acariciándome el vientre—. Creo que son dos varones, pero todavía no lo sabemos con certeza.

—Ay, Laura, estoy tan feliz de que hayas vuelto —dijo Valeria, abrazándome de nuevo justo en el momento en que su tía apareció en la sala.

Paola dejó el té sobre una mesita y se unió al abrazo.

—Me alegra muchísimo verlas juntas otra vez. Si necesitan algo, lo que sea...

—Laura, no te preocupes —me interrumpió Valeria—. No porque ahora seas rica vas a tener que debernos algo.

—Ustedes dos son como una familia para mí.

—Y vamos a seguir siéndolo, aunque ya no vivas con nosotras —dijo Paola, besándome en la parte alta de la cabeza—. Pero hay algo que sí puedes hacer por nosotras.

—¿Qué cosa?

—Dejarnos ser las madrinas de los bebés.

—Va a ser un enorme placer —respondí con una sonrisa, feliz de estar cerca de ellas otra vez.



EPÍLOGO

Cuatro años después…

—¡Papá! —Dylan se bajó de mis piernas y corrió hacia la estantería del salón de música, donde había varios portarretratos con fotos de mi hermano.

—¿Qué pasa? —Tomé la mano de Dean y lo seguí hasta allí.

—¿Crees que algún día pueda ser como el tío Harold?

—¿Qué quieres decir? —le pregunté mientras le acariciaba el cabello negro y liso.

—Tocar instrumentos y cantar. ¡Parece divertido! ¿Tú me enseñarías?

—Papá no sabe hacerlo, pero puedo contratarte un profesor.

—Yo también quiero —dijo Dean, tirando de la pierna de mi pantalón.

—Está bien —respondí, sonriendo al mirarlos.

Observar a mis hijos, sobre todo a Dylan, me hacía recordar mucho a Harold. De alguna manera extraña, sentía que, aunque

fuera sin querer, mantenía viva la imagen de su tío o actuaba como si fuera él. Dean, en cambio, se parecía mucho más a mí.

—¿Qué están haciendo? —preguntó Laura al aparecer en la puerta del salón de música.

—¡Mamá! —En cuanto los niños la vieron, corrieron hacia ella.

—Hola, mis amores —dijo, agachándose para besar a cada uno en la mejilla.

—Quieren aprender a tocar instrumentos. Voy a buscarles un profesor.

—Los niños solo tienen cuatro años. ¿No crees que son muy pequeños para eso?

—No veo por qué sería un problema —respondí, encogiéndome de hombros mientras les revolvía el cabello a los dos.

—Tienes razón.

—¿Pasó algo? —pregunté al notar que estaba rara.

—Vamos a acostar a los niños y luego hablamos.

—¿Debería preocuparme? —Fruncí el ceño.

—No lo creo —respondió, alzando a Dylan en brazos—. Vamos a dormir, traviesos.

—No quiero dormir ahora, mamá —dijo Dean, cruzando los brazos y sacando pecho, con una autoridad sorprendente para un niño de solo cuatro años.

—Pero ya es hora —dije, colocando la mano en su espalda para guiarlo con cuidado hacia el cuarto donde dormían juntos.

Aunque en la mansión había más que suficientes habitaciones, Laura insistía en que durmieran juntos mientras fueran tan pequeños. A mí me parecía bien, incluso lo valoraba.

Los acostamos, uno en cada cama con forma de auto, que les encantaban, sobre todo porque ese era el trabajo de papá, y Laura y yo nos sentamos a los pies de cada uno. Les contamos un cuento

como todos los días, inventando algo juntos en el momento, y en cuanto se quedaron dormidos, nos fuimos a nuestro cuarto.

—¿Qué era eso que querías decirme? —La atraje hacia mis brazos en cuanto cerré la puerta.

—Algo que descubrí hoy —respondió, dándome la espalda y tomando una cajita que estaba sobre la cama.

—¿Qué cosa? —pregunté, empezando a ponerme ansioso.

—Toma —me dijo, entregándome la cajita.

—¿Es un regalo? —Entrecerré los ojos, examinándola.

—No exactamente.

—Laura, no me dejes con el misterio.

—Entonces ábrela.

Le quité la tapa a la caja. Dentro había una prueba de embarazo positiva y un par de zapatitos de bebé rosados.

—Los compré rosas porque estoy deseando que esta vez sea una niña.

—¡Oh, mi amor! —Le sujeté el rostro entre las manos y la besé, luego me arrodillé para besarle el vientre.

Pensar que íbamos a tener otro hijo o hija no hacía más que aumentar la felicidad que había compartido con ella en los últimos años. Jamás habría imaginado que aquella empleada que me despertó después de una noche de borrachera se convertiría en la mujer más importante de mi vida.

Sobre la autora

Jéssica Macedo tiene 28 años, es de Minas Gerais y figura con menos de 30 años en Forbes Brasil, la lista de los jóvenes más prometedores del país. Vive en Belo Horizonte con su marido, su hija y tres gatos. Escribe para niños y adultos, fantasía, aventura, romance y, sobre todo, literatura picante, todo un fenómeno editorial entre el público femenino.

Autora superventas de Amazon en Brasil y Europa, con sus libros disponibles en 6 idiomas. Jessica empezó a escribir a los nueve años y se convirtió en autora a los 14, con la publicación de su primer libro "El valle de las sombras". Con más de 200 obras publicadas, es escritora, editora, diseñadora y guionista. Ayudó a adaptar una de sus novelas "Eternamente Minha" a un largometraje estrenado en la plataforma Cinebrac. Hoy, Jéssica es el nombre principal de un equipo de autores, en su mayoría mujeres, que componen el catálogo del Grupo Editorial Portal, que fundó a partir de sus experiencias en otras editoriales.

Más información sobre otros libros del autor en las redes sociales.

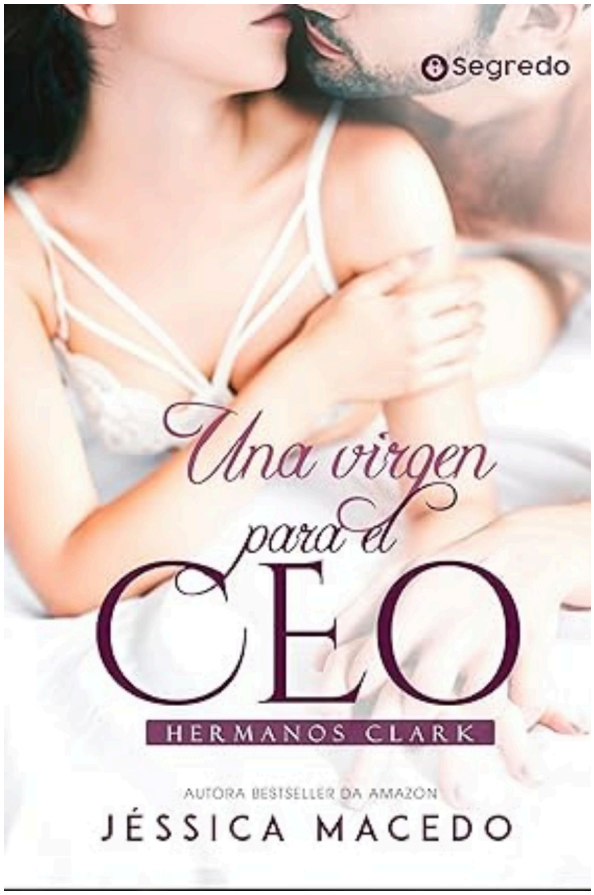
Facebook - http://www.facebook.com/autorajessicamacedo/

Instagram - www.instagram.com/autorajessicamacedo/

Página web del autor en Amazon - https://amzn.to/2MevtwY


Jéssica
Macedo
escritora

Otras obras



Enlace => https://amzn.eu/d/ashV7mE

Sinopsis:

Dean Clark nació rodeado de lujo y glamour en Miami. Convirtió la concesionaria de coches de alta gama que heredó de su padre en un auténtico imperio. Es un CEO millonario que consigue lo que quiere, cuando quiere, sobre todo si se trata de sexo. Su vida es una fiesta constante, pero su madre está decidida a convertirlo en un hombre de verdad.

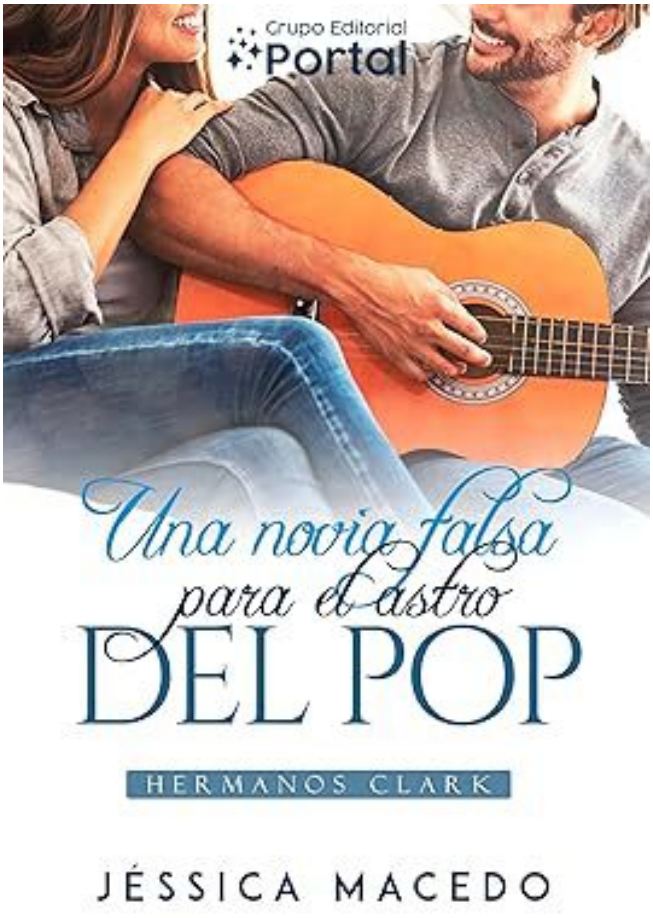
Angel Menezes es una joven tranquila y soñadora que vive con su madre en un barrio de inmigrantes. Trabaja como auxiliar en un hospital y sueña con poder pagar, algún día, la carrera de medicina. Su vida nunca fue fácil: perdió a su padre antes de nacer y su madre, una inmigrante venezolana, la crió sola. Afortunadamente, siempre contaron con el apoyo de una amiga brasileña de su madre, que tuvo otro destino al casarse con un millonario.

Laura cambió de vida, pero jamás se olvidó de su amiga y hace todo lo posible por ayudarla a ella y a su hija. Cree que Angel, una chica sencilla, virgen y once años menor, es la candidata ideal para su hijo arrogante y mujeriego. Pero lo

que está a punto de hacer es meter a una corderita inocente en la guarida de un lobo.

Dean ve en Angel un reto. Solo quiere a otra mujer en su cama y demostrar que esa virgindad no es real. Pero en su intento de seducción acabará ganándose un corazón que no está preparado para cuidar…

¿Conseguirá redimirse el canalla que hay en él... o solo romperá, una vez más, a una mujer?



Enlace => https://amzn.eu/d/1mLybez

Sinopsis:

Dylan Clark siempre ha tenido el mundo a sus pies. Dueño de una voz cautivadora y de un carisma único, es una estrella del pop de fama mundial con una legión de fans apasionadas. Guapo, sexy y millonario, cuenta con una lista interminable de conquistas. Sin embargo, su estilo de vida de mujeriego está amenazado por el compromiso de su hermano gemelo.

Caroline Evans es una mujer decidida y una profesional impecable. Recorre el mundo como parte del equipo de la superestrella del pop. Como productora, se encarga de que todo salga perfecto durante las giras, pero Dylan, con su forma de vivir y su personalidad egocéntrica, le saca de quicio y pone a prueba su paciencia.

Con la boda de su hermano Dean a la vuelta de la esquina, Dylan sabe que su madre intentará hacer lo mismo con él, pero no está dispuesto a renunciar a la

vida que lleva. Cree que la mejor solución es darle a su madre lo que quiere: un compromiso. Y la primera mujer que le viene a la mente es Caroline, porque nadie le conoce mejor que ella y es la candidata perfecta para convencer a su madre de la farsa.

¿Conseguirá el mujeriego librarse de un matrimonio… o caerá en su propia trampa?

.



Enlace => https://amzn.eu/d/56QWyh3

Sinopsis:

Debería haber sido el día más feliz para una pareja, pero él le rompió el corazón...

Ian Gray es el director general del hospital San Rose, una institución que su familia fundó hace años. Detrás de su apariencia impecable y distante, esconde una herida profunda que lo ha sumergido en un mar de amargura.

Priscilla Menezes tenía el corazón hecho pedazos por el hombre que alguna vez creyó que era el amor de su vida. La dejó plantada en el altar, sin darle una sola explicación, dejándola con un vacío inmenso. Días después, descubrió que estaba embarazada, pero él no quiso escucharla, ni siquiera cuando intentó contarle que iba a tener una hija, fruto de ese amor con el que una vez se ilusionó, pensando que sería eterno.

Nunca imaginó que volvería a ese hospital, ni mucho menos que se reencontraría con el hombre que la destrozó. Sin embargo, un accidente con su bebé la dejó sin opciones, aunque sabía que no estaba preparada para enfrentarlo de nuevo, ni para lidiar con el dolor de su rechazo.

Mira más libros míos

¡Ve aquí!

Redes sociales (del editor)

Sitio web del editor: https://grupoeditorialportal.com.br/
Instagram: https://www.instagram.com/grupoeditorialportal/
Facebook: https://www.facebook.com/grupoeditorialportal/
Shopee: https://shopee.com.br/grupoeditorialportal





---

[1] "Maître" es una abreviación del término francés "maître d'hôtel", que se usa en muchos países -incluidos los hispanohablantes- para referirse a la persona encargada de recibir a los clientes en un restaurante elegante. Su función principal es coordinar el salón, asignar las mesas y supervisar el servicio de los camareros.